

SANTA TERESA DE JESÚS CEPEDA Y AHUMADA (1515 - 1582)

*CAMINO DE PERFECCIÓN*

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

CAPÍTULO XXXI

CAPÍTULO XXXII

CAPÍTULO XXXIII

CAPÍTULO XXXIV

CAPÍTULO XXXV

CAPÍTULO XXXVI

CAPÍTULO XXXVII  
CAPÍTULO XXXVIII  
CAPÍTULO XXXIX  
CAPÍTULO XL  
CAPÍTULO XLI  
CAPÍTULO XLII

## CAMINO DE PERFECCIÓN

ARGUMENTO general deste libro

*Este libro trata de avisos y consejos que da la santa madre TERESA DE JESÚS a las hermanas religiosas, y hijas suyas, de los monasterios, que con el favor de nuestro Señor, y de la gloriosa Virgen Madre de Dios, Señora nuestra, ha fundado de la regla primera de nuestra Señora del Carmen. En especial le dirige a las hermanas del monasterio de san José de Ávila, que fue el primero, donde lo escribió a fines del año de MDLXIII o principios de LXIV.*

## PROTESTACIÓN

En todo lo que en él dijere, me sujeto a lo que tiene la santa Iglesia Romana; y si alguna cosa fuere contraria a esto, será por no lo entender. Y así los letrados que lo han de ver, pido por amor de nuestro Señor, que muy particularmente lo miren, y enmienden, si alguna falta en esto hubiere, y otras muchas que terná en otras cosas. Si algo hubiere bueno, sea para honra y gloria de Dios, y servicio de su sacratísima Madre, Patrona y Señora nuestra, cuyo hábito yo tengo, aunque harto indigna dél.

Teresa de Jesús.

*Aunque en todas las impresiones que hasta ahora se han hecho se pone esta protestación, no se halla en los originales de la santa.*

## PRÓLOGO

Sabiendo las hermanas de este monasterio de San José de Ávila, cómo tenía licencia del padre presentado fray Domingo Bañes, de la orden del glorioso santo Domingo (que al presente es mi confesor) para escribir algunas cosas de oración, en que parece podré atinar, por haber tratado con muchas personas espirituales, y santas, me han tanto importunado les diga algo della, que me he determinado a las obedecer. Viendo que el amor grande que me tienen, puede hacer más aceto lo imperfecto, por mal estilo que yo

les dijere, que algunos libros que están muy bien escritos, de quien sabía lo que escribió. Yo confío en sus oraciones, que podrá ser por ellas el Señor se sirva acierte a decir algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa conviene, y me lo dará para que se lo dé. Y si fuere mal acertado, el padre presentado que lo ha de ver primero, lo remediará, o lo quemará: y yo no habré perdido nada en obedecer a estas siervas de Dios, y verán lo que tengo de mí cuando su Majestad no me ayuda. Pienso poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio, (por serlo tanto, por ventura no hacen caso dellas) y otras cosas, como el Señor me diere a entender y se me fueren acordando; que como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto. Y creo es lo mejor no le llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esto. El Señor ponga en todo lo que hiciere sus manos, para que vaya conforme a su voluntad, pues son éstos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas, como yo soy. Sé que no falta el amor, y deseo en mí, para ayudar en lo que yo pudiere, para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Y este amor, junto con los años, y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes, y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada, y a cosa tan flaca como somos las mujeres, todo nos puede dañar; porque las sutilezas del demonio son muchas para las muy encerradas, que ven son menester armas nuevas para dañar. Y yo como ruin heme sabido mal defender, y ansí querría escarmentasen mis hermanas en mí. No diré cosas, que, o en mí, o por verlas en otras, no las tenga por experiencia. Pocos días ha me mandaron escribiese cierta relación de mi vida, a donde también traté algunas cosas de oración; podrá ser no quiera mi confesor le veáis por ahora, y por esto ponné aquí alguna cosa de lo que allí va dicho, y otras que también me parecerán necesarias. El Señor lo ponga por su mano, como lo he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria. Amén.

## CAPÍTULO I

### *De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio*

1. Al principio que se comenzó este monasterio a fundar, por las causas que en el libro que digo tengo escrito están dichas, con algunas grandezas del Señor, en que dio a entender se había mucho de servir en esta casa, no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada. En fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo. En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia, y el estrago que habían hecho los luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame, que mil vidas pusiera yo, para remedio de un alma, de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer, y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos, y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos) determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos, con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en

la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo; y que siendo tales, cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor; y que todas ocupadas en oración, por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores, y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tomar ahora a la cruz estos traidores, y que no hubiese a donde reclinar la cabeza.

3. ¡Oh, Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los que más os deben, los que os fatiguen? ¿A los que mejores obras hacéis?, ¿a los que escogéis para vuestros amigos?, ¿entre los que andáis, y os comunicáis por los sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado? Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues a vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura les hemos hecho mejores obras, para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial, que ya aquéllos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos; y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón, ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día. Oh, hermanas mías en Cristo, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí: éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones. No, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río, y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar supliquemos a Dios, de pedir a su Majestad rentas, y dineros, y algunas personas que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos ellos. Ellos buena intención tienen, y en fin se hace por ver su devoción, aunque tengo para mí que en estas cosas nunca me oye. Estase ardiendo el mundo: quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios: quieren poner su Iglesia por el suelo, y hemos de gastar tiempo en cosas, que por ventura si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo. No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto, que si no mirase a la flaqueza humana, que se consuela que las ayuden en todo (y es bien si fuésemos algo) que holgaría se entendiese, no son éstas las cosas que se han de suplicar a Dios en san José con tanto cuidado.

## CAPITULO II

*Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza*

1. No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer, yo os aseguro. Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, que moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro Esposo; él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo hemos visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto muriéredes de hambre, bienaventuradas las monjas de san José. Esto no se os olvide por amor del Señor, pues dejáis la renta, dejad el cuidado de la comida, si no todo va perdido. Los que quiere el

Señor que la tengan, tengan enhorabuena esos cuidados, que es mucha razón, pues es su llamamiento; mas nosotras, hermanas, es disbarate. Cuidado de rentas ajenas, me parece a mí sería estar pensando en lo que los otros gozan. Si que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado a quien los puede mover a todos, que es el Señor de las rentas, y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos, y la tierra, no le faltemos nosotras, que no hayáis miedo que falte: y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los santos, cuando los mataban para el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen truco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable.

2. Mirá, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para esto os lo dejo escrito, que mientras yo viviere os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia: cuando menos hay, más descuidada estoy. Y sabe el Señor, que a todo mi parecer, da más pena cuando mucho sobra, que cuando nos falta. No sé si lo hace como ya tengo visto, nos lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría, a manera de decir, y me parecería pedir limosna las ricas, y plega a Dios no sea así: que a donde hay estos cuidados demasiados, de que den, una vez, u otra se irán por la costumbre, podrían ir, y pedir lo que no han menester, por ventura a quien tiene más necesidad; y aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, nosotras perderíamos.

3. No plega a Dios, mis hijas, cuando esto hubiera de ser, más quisiera tuviérades renta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento, os pido por amor de Dios en limosna. Y la más chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame a su Majestad, y acuérdele a la mayor, con humildad le diga, que va errada; y valo tanto, que poco a poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será así, ni dejará a sus siervas: y para esto, aunque no sea para más, aproveche esto que me habéis mandado escribir, por despertador. Y crean mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito a entender los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo probaren lo entenderán, quizá no tanto como yo, porque no sólo no había sido pobre de espíritu, aunque lo tenía profesado, sino loca de espíritu. Ello es un bien, que todos los bienes del mundo encierra en sí: es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes dél otra vez, a quien no se le da nada dellos. ¿Qué se me da a mí de los reyes, y señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? Tengo para mí, que honras, y dineros casi siempre andan juntos; y que quien quiere honra, no aborrece dineros; y que quien los aborrece, se le da poco de honra.

4. Entiéndase bien esto, que me parece, que esto de honra siempre trae consigo algún interés de rentas, y dineros, porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre, antes aunque lo sea en sí, le tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honra consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por solo Dios digo) no ha menester contentar a nadie sino a él; y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia; porque hay tanto escrito desta virtud, que no lo sabré yo entender, cuanto más decir: y por no la agraviar en

loarla yo, no digo más en ella; sólo he dicho lo que he visto por experiencia. Y yo confieso, que he ido tan embebida, que no me he entendido hasta ahora. Mas pues está dicho, por amor del Señor, pues son nuestras armas la santa pobreza, y lo que al principio de la fundación de nuestra Orden tanto se estimaba, y guardaba en nuestros santos padres (que me ha dicho quien lo sabe, que de un día para otro no guardaban nada) ya que en tanta perfección exterior no se guarde, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida, grandísimo el premio: y cuando no hubiera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga imitar en algo a su Majestad.

5. Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas las maneras lo queramos guardar, en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mientras esto hicieren, no hayan miedo caya la religión desta casa, con el favor de Dios, que como decía santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. Destos decía ella, y de humildad quería cercar sus monasterios: y a buen seguro si se guarda de verdad, que esté la honestidad, y todo lo demás fortalecido, mucho mejor, que con muy suntuosos edificios. Desto se guarden por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo: y si con conciencia puedo decir, que el día que tal hicieren, se torne a caer la casa, que las mate a todas, yendo con buena conciencia, lo digo, y lo suplicaré a Dios. Muy mal parece, hijas mías, de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas. No lo permita Dios, sino pobre en todo, y chica. Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa, sino en el portal de Belén, a donde nació, y la cruz a donde murió. Casas eran éstas a donde se podía tener poca recreación. ¡Oh los que las hacen grandes! Ellos se entenderán, llevan otros intentos santos; mas trece pobrecitas, cualquier rincón les basta. Si (porque es menester por el mucho encerramiento) tuvieren campo (y aun ayuda a la oración, y devoción) con algunas ermitas para apartarse a orar, enhorabuena; mas edificios, y casa grande, ni curioso nada, Dios nos libre. Siempre os acordá, se ha de caer todo el día del Juicio, ¿qué sabemos si será presto? Pues hacer mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas no es bien, que los pobres verdaderos no han de hacer ruido: gente sin ruido ha de ser, para que los hayan lástima. Y cómo se holgarán, si ven alguno por la limosna que les ha hecho, librarse del infierno, que todo es posible; porque están muy obligadas a rogar por ellos muy continuamente, pues os dan de comer. Que también quiere el Señor, que aunque viene de su parte, que también le agradezcamos a las personas, por cuyo medio nos lo da: y desto no haya descuido. No sé lo que había comenzado a decir, que me he divertido, creo lo ha querido el Señor, porque nunca pensé escribir lo que aquí he dicho. Su Majestad nos tenga siempre de su mano, para que no se caya dello. Amén.

### CAPITULO III

*Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia: acaba con una exclamación*

1. Tornando a lo principal, para lo que el Señor nos juntó en esta casa (y por lo que yo mucho deseo seamos algo, para que contentemos a su Majestad) digo, que viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego destos herejes, que va tan adelante, hame parecido es menester, como cuando los enemigos en tiempo de guerra

han corrido toda la tierra, y viéndose el Señor della apretado, se recoge a una ciudad, que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas, que con muchos soldados, si eran cobardes pudieron; y muchas veces se gana desta manera vitoria; al menos aunque no se gane, no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber, que baste a que se rindan: a morir sí, mas no a quedar vencidos. Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es, que en este castillo que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios: y a los capitanes deste castillo, o ciudad, los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores, y teólogos. Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección, y llamamiento, que es muy necesario, que ya como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar. Y pues ni en lo uno, ni en lo otro valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales, que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras, y buena vida, y trabajado para ayudar ahora al Señor. Podrá ser digáis, ¿que para qué encarezco tanto esto, y digo hemos de ayudar a los que son mejores que nosotras? Yo os lo diré; porque aún no creo entendéis bien lo mucho que debéis al Señor en traeros a donde tan quitadas estáis de negocios, y ocasiones, y tratos. Es grandísima merced ésta, lo que no están los que digo, ni es bien que estén en estos tiempos, menos que en otros, porque han de ser los que esfuercen la gente flaca, y pongan ánimo a los pequeños. Buenos quedarían los soldados sin capitanes. Han de vivir entre los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior.

2. ¿Pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse como he dicho, a la conversación del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo, y estar como quien está en destierro, y en fin no ser hombres, sino ángeles? Porque a no ser esto así, ni merecen nombre de capitanes, ni permita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán, que provecho: porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar: y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los pies, y estar desasidos de las cosas que se acaban, y asidos a las eternas, por mucho que lo quieran encubrir, han de dar señal. Pues con quién lo han, sino con el mundo, no hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfección dejen de entender. Cosas buenas muchas se les pasarán por alto, y aun por ventura no las ternán por tales, mas mala, o imperfecta, no hayan miedo.

3. Ahora yo me espanto quien les muestra la perfección, no para guardarla (que desto ninguna obligación les parece tienen, harto les parece hacen si guardan razonablemente los mandamientos) sino para condenar; y a las veces lo que es virtud, les parece regalo. Ansí que no penséis es menester poco favor de Dios, para esta gran batalla a donde se meten, sino grandísimo. Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales, que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy muchos letrados, y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho, y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que más hará uno perfecto, que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea (que como digo, no

es pequeña) los tenga el Señor de su mano, para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón, a donde también pretendí se guardase esta regla de nuestra Señora, y Emperadora, con la perfección que se comenzó. No os parezca inútil ser continua esta petición, porque hay algunas personas, que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma: ¿y qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena, porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración; y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del Juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma, cuánto más el provecho de muchas, y la honra del Señor? De penas que se acaban no hagáis caso dellas, cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros. Siempre os informará lo que es más perfecto, pues como os rogaré mucho, y daré las causas, siempre habéis de tratar con letrados. Ansí que os pido por amor del Señor, pidáis a su Majestad nos oya en esto. Yo, aunque miserable, lo pido a su Majestad, pues es para gloria suya, y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos.

4. Parece atrevimiento, pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo, y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con ello. Pues no sois vos, Criador mío, desagradecido, para que piense yo dejaréis de hacer lo que os suplican: ni aborrecistes, Señor, cuando andábades en el mundo las mujeres, antes las favorecistes siempre con mucha piedad. Cuando os pidiéremos honras, no nos oyáis, o rentas, o dineros, o cosa que sepa a mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habéis de oír, Padre eterno, a quien perdería mil honras, y mil vidas por vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo, y sus merecimientos. ¡Oh Padre eterno! Mira que no son de olvidar tantos azotes, e injurias, y tan gravísimos tormentos. Pues Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo, y por más contentaros a vos, que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco, como hoy día tienen esos herejes el santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas, deshaciendo las iglesias? Si le faltara algo por hacer para contentaros, mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre eterno, que no tuvo a donde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos, por vernos flacos, y saber que es menester, que los que han de trabajar, se sustenten de tal manjar, se las quiten? ¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que tornamos a pecar lo ha de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío, apláquese ya vuestra Majestad, no miréis a los pecados nuestros, sino a que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo, y a los merecimientos suyos, y de su Madre gloriosa, y de tantos santos, y mártires, como han muerto por vos. ¡Ay dolor, Señor mío, y quién se ha atrevido a hacer esta petición en nombre de todos! ¡Qué mala tercera, hijas mías, para ser oídas, y que echase por vosotras la petición! ¿Si ha de indignar más a este soberano juez verme tan atrevida? Y con razón, y justicia. Mas mirá, Señor, que ya sois Dios de misericordia, habedla desta pecadorcilla, gusanillo, que ansí se os atreve. Mirá, Dios mío, mis deseos, y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras, por quien vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y

favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor, dad ya luz a estas tinieblas.

5. Pídoos yo, hermanas mías, por amor del Señor, encomendéis a su Majestad esta pobrecilla, y le supliquéis la dé humildad, como cosa que tenéis obligación. No os encargo particularmente los reyes, y prelados de la Iglesia, en especial nuestro obispo, veo a las de ahora tan cuidadosas dello, que así me parece no es menester. Mas vengan las que vinieren, que teniendo santo prelado, lo serán las súbditas, y como cosa tan importante la poned siempre delante del Señor. Y cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas, y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis, ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor.

#### CAPITULO IV

*En que persuade la guarda de la Regla, y de tres cosas importantes, para la vida espiritual. Declara la primera destas tres cosas, que es amor del prójimo, y lo que dañan amistades particulares*

1. Ya hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar: ¿qué tales habremos de ser, para que en los ojos de Dios, y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho; y ayuda mucho tener altos pensamientos, para que nos esforcemos a que lo sean las obras, pues con que procuremos guardar cumplidamente nuestra regla, y constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento, y a lo que estamos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho.

2. Dice en la primera regla nuestra, que oremos sin cesar: con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo más importante, no se dejarán de cumplir los ayunos, disciplinas, y silencio que manda la Orden. Porque ya sabéis, que para ser la oración verdadera, se ha de ayudar con esto, que regalo, y oración no se compadecen. En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa, y lo dicho hasta ahora, para en pago de lo que dijere, os pido yo cumpláis, y leáis muchas veces de muy buena gana. Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias, que con ellas sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor; y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas. El Señor me dé el favor para ello, y me enseñe lo que tengo de decir, porque sea para su gloria. Amén.

3. No penséis, amigas, y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos las que nuestros santos padres ordenaron, y guardaron, que por este camino merecieron este nombre: yerro sería buscar otro, ni deprenderle de nadie. Solas tres me extenderé en declarar, que son de la mesma constitución, porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas, para tener la paz, que tanto nos encomendó el Señor interior, y exteriormente. La una, es amor unas con otras. La otra, desasimiento de todo lo criado. La otra, verdadera humildad, que aunque la

digo a la postre, es la principal, y las abraza todas. Cuanto a la primera, que es amaros mucho unas a otras, va muy mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman, y recia ha de ser cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo, como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás, sino que por más, o por menos, nunca acabamos de guardarle con perfección.

4. Parece que lo demasiado entre nosotras, no puede ser malo, y trae tanto mal, y tantas imperfecciones consigo, que no creo lo creerán, sino los quien ha sido testigo de vista. Aquí hace el demonio muchos enredos, que en conciencias que tratan groseramente de contentar a Dios, se sienten poco, y les parece virtud; y las que tratan de perfección lo entienden mucho, porque poco a poco quita la fuerza a la voluntad, para que del todo se emplee en amar a Dios. Y en mujeres creo debe ser esto aún más que en hombres, y hace daños para la comunidad muy notorios; porque de aquí viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas veces, más para decirle lo que la quiere, y otras cosas impertinentes, que lo que ama a Dios. Porque estas amistades grandes, pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar a Dios, antes creo las hace comenzar el demonio, para comenzar bandos en las religiones; que cuando es para servir a su Majestad, luego se parece, que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones. Y destas amistades querría yo muchas, donde hay gran convento, que en esta casa, que no son más de trece (ni lo han de ser) aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar; y guárdense de estas particularidades, por amor del Señor, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningún provecho en ello veo; y si son deudos, muy peor: es pestilencia. Y créanme, hermanas, que aunque os parezca, que éste es extremo, en él está gran perfección, y gran paz, y se quitan muchas ocasiones a las que no están muy fuertes: sino que si la voluntad se inclinare más a una, que a otra (que no podrá ser menos, que es natural, y muchas veces nos lleva a amar lo más ruin, si tiene más gracias de naturaleza) que nos vayamos mucho a la mano, a no nos dejar enseñorear de aquella afición.

5. Amemos las virtudes, y lo bueno interior, y siempre con estudio trayamos cuidado de apartarnos de hacer caso desto exterior. No consintamos, ¡oh hermanas!, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre; miren, que sin entender cómo, se hallarán asidas, que no se puedan valer. ¡Oh válame Dios! Las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento; y porque son tan menudas, que sólo las que lo ven lo entenderán, y creerán, no hay para qué las decir aquí. Y porque no se entiendan tantas flaquezas de mujeres, y no deprendan las que no lo saben, no las quiero decir por menudo. Más cierto a mí me espantan algunas veces verlas, que yo por la bondad de Dios en este caso, jamás me así mucho, mas como digo, vilo muchas veces, y en los más monasterios temo que pasa, porque en algunos lo he visto, y sé que para mucha religión, y perfección es malísima cosa en todas; y en las preladas sería pestilencia, esto ya se ha dicho. Mas en atajar estas parcialidades es menester gran cuidado desde el principio que se comienza la amistad, y esto más con industria, y amor, que con rigor. Para remedio desto es gran cosa no estar juntas, sino las horas señaladas, ni hablarse conforme a la costumbre que ahora llevamos, que es no estar juntas, como manda la regla, sino cada una apartada en su celda. Líbrense en san José de tener casa de labor, porque aunque es loable costumbre, con más facilidad se guarda el silencio cada una por sí. Y

acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración, y pues éste ha de ser el cimiento desta casa, es menester traer estudio en aficionarnos a lo que a esto más nos ayuda.

6. Tornando al amarnos unas a otras, parece cosa impertinente encomendarlo; porque ¿qué gente hay tan bruta, que tratándose siempre, y estando en compañía, y no habiendo de tener otras conversaciones, ni otros tratos, ni recreaciones con personas de fuera de casa, y creyendo las ama Dios, y ellas a él (pues por su Majestad lo dejan todo) que no cobre amor? En especial, que la virtud siempre convida a ser amada, y ésta con el favor de Dios (espero yo en su Majestad) siempre la habrá en las desta casa. Ansí que en esto no hay que encomendar mucho, a mi parecer, en cómo ha de ser este amarse, y qué cosa es amor virtuoso el que yo deseo haya aquí, y en qué veremos tenemos esta grandísima virtud (que es bien grande, pues nuestro Señor tanto nos la encomendó, y tan encargadamente a sus Apóstoles) desto querría yo ahora decir un poquito, conforme a mi rudeza. Y si en otros libros tan menudamente lo halláredes, no toméis nada de mí, que por ventura no sé lo que digo.

7. De dos maneras de amor es lo que trato, una es puro espiritual, porque ninguna cosa parece toca a la sensualidad, ni la ternura de nuestra naturaleza, de manera que quite su puridad. Otra es espiritual, y que junto con ella nuestra sensualidad, y flaqueza, y es buen amor, y que parece lícito, como el de los deudos, y amigos. Deste ya queda algo dicho. Del que es espiritual, sin que entrevenga pasión ninguna, quiero ahora hablar; porque en habiéndola va todo desconcertado este concierto, si con templanza, y discreción tratamos el amor que tengo dicho, va todo meritorio; porque lo que nos parece sensualidad se torna en virtud, sino que va entremetido, que a veces no hay quien lo entienda, en especial si es con algún confesor: que personas que tratan oración, si le ven santo, y las entiende la manera de proceder, tórnase mucho amor. Y aquí da el demonio gran batería de escrúpulos, que desasosiega el alma harto, que esto pretende él; en especial si el confesor la trae a más perfección, apriétala tanto, que le viene a dejar, y no la deja con uno, ni con otro.

8. Lo que en esto pueden hacer es, procurar no ocupar el pensamiento en si quieren, o no quieren, o no quieren, sino si quieren quieran, porque pues cobramos amor a quien nos hace algunos bienes al cuerpo, quien siempre procura, y trabaja de hacerlos al alma, ¿porqué no le hemos de querer? Antes tengo por gran principio de aprovechar mucho, tener amor al confesor, si es santo, y espiritual, y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosa muy grandes en servicio de Dios. Si no es tal como he dicho, aquí está el peligro, y puede hacer grandísimo daño entender el que le tienen voluntad, y en casas muy encerradas, mucho más que en otras. Y porque con dificultad se entenderá cuál es tan bueno, es menester gran cuidado, y aviso. Porque decir, que no entienda él que hay voluntad, y que no se lo digan, esto sería lo mejor; mas aprieta el demonio de arte, y no da ese lugar, porque todo cuanto tuviere que confesar le parecerá es aquello, y que está obligada a confesarlo. Por esto querría yo creyesen no es nada, ni hiciesen caso de ello. Lleven este aviso, si en el confesor entendieren que todas sus pláticas son para aprovechar su alma, y no le vieren, ni entendieren otra vanidad (que luego se entiende a quien no se quiere hacer boba) y le entendieron temeroso de Dios, por ninguna tentación que ellas tengan mucha afición se fatiguen, sino desprécienla, y aparten la vista della, que

de qué el demonio se canse, se les quitará. Mas si en el confesor se entendiere va encaminado a alguna vanidad, todo lo tengan por sospechoso, y en ninguna manera, aunque sean pláticas buenas las que tengan con él, sino con brevedad confesarse, y concluir. Y lo mejor sería decir a la prelada, que no se halla bien su alma con él, y mudarle: esto es lo más acertado, si se puede hacer sin tocarle en la honra. En caso semejante, y otros que podría el demonio en cosas dificultosas enredar, y no se sabe qué consejo tomar, lo más acertado será procurar hablar a alguna persona que tenga letras (que habiendo necesidad, dase libertad para ello) y confesarse con él, y hacer lo que le dijere en el caso. Porque ya que no se pueda dejar de dar algún medio, podríase errar mucho. ¿Y cuántos yerros pasan en el mundo, por no hacer las cosas con consejo, en especial en lo que toca a dañar a nadie? Dejar de dar algún medio, no se sufre, porque cuando el demonio comienza por aquí, no es por poco, si no se ataja con brevedad. Y así lo que tengo dicho de procurar hablar con otro confesor, es lo más acertado, si hay disposición (y espero en el Señor sí habrá) y poner lo que pudieren en no tratar con él, aunque sientan la muerte. Miren que va mucho en esto, que es cosa peligrosa, y un infierno, y daño para todas. Y digo que no aguarden a entender mucho mal, sino que al principio le atajen por todas las vías que pudieren, y entendieren, con buena conciencia lo pueden hacer. Mas espero yo en el Señor no permitirá, que personas que han de tratar siempre en oración, puedan tener voluntad, sino a quien sea muy siervo de Dios, que esto es muy cierto, o lo es que no tienen oración, ni perfección, conforme a lo que aquí se pretende; porque si no ven que entiende su lenguaje, y es aficionado a hablar en Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, o será muy simple, o no querrá desasosegarse, y desasosegar las siervas de Dios. Ya que he comenzado a hablar en esto, que como he dicho, es todo, o el mayor daño que el demonio puede hacer a monasterios encerrados, y muy tardío en entenderse, y así se puede ir estragando la perfección sin saber por dónde; porque si éste quiere dar lugar a vanidad, por tenerla él, lo hace todo poco aun para las otras. Dios nos libre, por quien su Majestad es, de cosas semejantes. A todas las monjas bastan a turbar, porque sus conciencias les dice al contrario de lo que el confesor, y si las aprietan en que tengan uno solo, no saben qué hacer, ni cómo se sosegar: porque quien lo había de quietar, y remediar, es quien hace el daño. Hartas aflicciones destas debe haber en algunas partes, háceme gran lástima; y así no os espantéis ponga mucho en daros a entender este peligro.

## CAPITULO V

*Prosigue en los confesores, dice lo que importa sean letrados*

1. No dé el Señor a probar a nadie en esta casa el trabajo que queda dicho, por quien su Majestad es, de verse alma, y cuerpo apretadas. ¡Oh que si la prelada está bien con el confesor, que ni a él della, ni a ella dél, no osan decir nada! Aquí verná la tentación de dejar de confesar pecados muy graves, por miedo las cuitadas de no estar en desasosiego. ¡Oh váleme Dios!, qué daño puede hacer aquí el demonio, y qué caro les cuesta el negro apretamiento, y honra, que porque no tratan más de un confesor, piensan granjean gran cosa de religión, y honra del monasterio, y ordena por esta vía el demonio coger las almas, como no puede por otra. Si las tristes piden otro, luego parece va perdido el

concierto de la religión; o que si no es de la Orden, aunque sea un santo, aun en tratar con él, les parece hacen afrenta a toda la Orden. Alabad mucho hijas a Dios por esta libertad que ahora tenéis, que aunque no ha de ser para con muchos, podéis tratar con algunos, aunque no sean los ordinarios confesores que os den luz para todo. Y esta misma libertad santa, pido yo por amor del Señor a la que estuviere por mayor, procure siempre con el obispo, o provincial, que sin los confesores ordinarios, procure algunas veces tratar ella, y todas, y comunicar sus almas con personas que tengan letras; en especial si los confesores no las tienen, por buenos que sean. Dios las libre, por espíritu que uno les parezca tenga (y en hecho de verdad le tenga) regirse en todo por él, si no es letrado. Son gran cosa letras para dar en todo luz. Será posible hallar lo uno, y lo otro junto en algunas personas: y mientras más merced el Señor os hiciere en la oración, es menester más ir bien fundadas sus obras, y oración.

2. Ya sabéis, que la primera piedra ha de ser buena conciencia, y con todas vuestras fuerzas libraros, aun de pecados veniales, y seguir lo más perfecto. Parecerá que esto cualquier confesor lo sabe, y es engaño. A mí me acaeció tratar con uno cosas de conciencia, que había oído todo el curso de teología, y me hizo harto daño en cosas que me decía no eran nada; y sé que no pretendía engañarme, ni tenía, para qué, sino que no supo más; y con otros dos, o tres sin éste me acaeció. Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección, es todo nuestro bien: sobre éste asienta bien la oración, sin este cimiento fuerte todo el edificio va falso: ansí que gente de espíritu, y letras han menester tratar. Si el confesor no pudieren lo tenga todo, a tiempo procurar otros; y si por ventura las ponen precepto, no se confiesen con otros, sin confesión traten su alma con personas semejantes a lo que he dicho. Atrévome más a decir, que aunque el confesor lo tenga todo, algunas veces se haga lo que digo, porque ya puede ser él engañe, y es bien no se engañen todas por él, procurando siempre no se haga cosa contra la obediencia, que medios hay para todo, y vale mucho un alma, para que procuren por todas maneras su bien, cuanto más las de muchas.

3. Todo esto que he dicho toca a la prelada, y ansí la torno a pedir, que pues aquí no se pretende tener otra consolación, sino la del alma, procure en esto su consolación, que hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y no por fuerza los sabrá todos un confesor; que yo aseguro no les falten personas santas que quieran tratarlas, y consolar sus almas, si ellas son las que han de ser, aunque seáis pobres; que el que las sustenta los cuerpos, despertará, y porná voluntad a quien con ella dé luz a sus almas, y remédiese este mal, que es el que más yo temo; que cuando el demonio tentase al confesor en engañarle en alguna doctrina, como vea trata otros, irase a la mano, y mirará mejor en todo lo que hace. Quitada esta entrada al demonio, yo espero en Dios no la terná en esta casa: y ansí pido por amor del Señor al obispo, o prelado que fuere que deje a las hermanas esta libertad, y que cuando las personas fueran tales, que tengan letras, y bondad (que luego se entiende en lugar tan chico como éste) no las quite, que algunas veces se confiesen con ellos, aunque haya confesores, que para muchas cosas sé que conviene, y que el daño que puede haber es ninguno, en comparación del grande, y disimulado, y casi sin remedio que hay en lo otro. Que esto tienen los monasterios, que el bien cáese presto, si con gran cuidado no se guarda, y el mal si una vez se comienza, es dificultosísimo de quitarse, y muy presto la costumbre se hace hábito de cosas imperfectas.

4. Esto que aquí he dicho, téngolo visto, y entendido, y tratado con personas doctas, y santas, que han mirado lo que más convenía a esta casa, para que la perfección della fuese adelante. Y entre los peligros (que en todo los hay mientras vivimos) éste hallaremos ser el menor, y que nunca haya vicario que tenga mano de entrar, y mandar, y salir, ni confesor que tenga esta libertad, sino que éstos sean para celar el recogimiento, y honestidad de la casa, y aprovechamiento interior, y exterior, para decirlo al prelado cuando hubiere falta; mas no que sea el superior. Y esto es lo que se hace ahora, y no sólo por mi parecer, porque el obispo que ahora tenemos, debajo de cuya obediencia estamos (que por causas muchas que hubo no se dio la obediencia a la Orden) que es persona amiga de toda religión, y santidad, gran siervo de Dios (llámase don Álvaro de Mendoza, de gran nobleza de linaje, y muy aficionado a favorecer esta casa de todas maneras) hizo juntar personas de letras, y espíritu, y experiencia para este punto, y se vino a determinar esto después de harta oración de muchas personas, y mía, aunque miserable. Razón será, que los prelados que vinieren se lleguen a este parecer, pues por tan buenos está determinado, y con hartas oraciones pedido al Señor alumbrase lo mejor, y a lo que se entiende hasta ahora, cierto esto lo es. El Señor sea servido llevarlo siempre adelante, como más sea para su gloria. Amén.

## CAPITULO VI

### *Torna a la materia que comenzó del amor perfecto*

1. Harto me he divertido, mas importa tanto lo que queda dicho, que quien lo entendiere no me culpará. Tornemos ahora al amor que es bueno, y lícito que nos tengamos. Del que digo es puro espiritual, no sé si sé lo que me digo, al menos paréceme no es menester mucho hablar en él, porque le tienen pocas; a quien el Señor se le hubiere dado alábele mucho, porque debe ser de grandísima perfección. En fin, quiero tratar algo dél, por ventura hará algún provecho, que poniéndonos delante de los ojos la virtud, aficiónase a ella quien la desea, y pretende ganar. Plega a Dios yo sepa entenderle, cuantimás decirle, que ni creo sé cuál es espiritual, ni cuando se mezcla sensual, ni sé cómo me pongo a hablar en ello. Es como quien oye hablar desde lejos: que no entiende lo que dicen, así soy yo, que algunas veces no debo entender lo que digo, y quiere el Señor sea bien dicho: si otras fuere dislate, es lo más natural a mí no acertar en nada.

2. Paréceme ahora a mí, que cuando una persona allegándola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno, y lo otro soñado, y qué cosa es amar al Criador, o a la criatura, (esto visto por experiencia, que es otro negocio, que sólo pensarlo, y creerlo) y ver, y probar qué se gana con lo uno, y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador, y qué cosa es criatura; y otras muchas cosas que el Señor enseña con verdad, y claridad, a quien se quiere dar a ser enseñado dél en la oración, o a quien su Majestad quiere; que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí. Podrá ser hermanas, que os parezca impertinente tratar en esto, y que digáis que estas cosas que he dicho todas las sabéis. Plega al Señor sea así, que lo sepáis de la manera que hace al caso, imprimiéndolo en las entrañas. Pues si lo sabéis, veréis que no miento en decir, que a quien el Señor llega aquí, tiene este amor. Son estas personas (las que Dios llega a este estado) almas generosas, almas reales. No se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos

que sean, por muchas gracias que tengan, bien que aplace a la vista, y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no. Digo detenerse de manera, que por estas cosas les tengan amor, parecerles ya que aman cosa sin tomo, y que se ponen a querer sombra, correrse ían de sí mismos, y no ternían cara, sin gran afrenta suya, para decir a Dios que le aman.

3. Direisme: «esos tales no sabrán querer, ni pagar la voluntad que se les tuviere». Al menos dáseles poco de que se la tengan, y ya que de presto algunas veces el natural lleva a holgarse de ser amados, en tornando sobre sí, ven que es disbarate, si no son personas que han de aprovechar a su alma con doctrina, o con oración. Todas las otras voluntades les cansan, que entienden les hacen ningún provecho, y les podrían dañar: no porque las dejan de agradecer, y pagar con encomendarlos a Dios, tomándolo como cosa que echan cargo al Señor los que las aman, que entienden viene de allí. Porque en sí no les parece que hay que querer, y luego les parece las quieren, porque las quiere Dios, y dejan a su Majestad lo pague, y se lo suplican, y con esto quedan libres, y paréceles que no les toca. Y bien mirado, si no es con las personas que digo, que nos pueden hacer bien para ganar bienes perfectos, yo pienso algunas veces, cuán gran ceguedad se trae en este querer que nos quieran.

4. Ahora noten, que como en el amor, cuando de alguna persona le queremos, siempre pretendemos algún interese de provecho, y contento nuestro, y estas personas perfectas ya tienen debajo de los pies todos los bienes que en el mundo les pueden hacer, y los regalos, y los contentos, y están de suerte, que aunque ellas quieran, a manera de decir, no le pueden tener, que lo sea fuera de con Dios, y en tratar de Dios, no hallan qué provecho les pueda venir de ser amadas, y así no curan de serlo. Y como se les representa esta verdad, de sí mismos se ríen de la pena, que algún tiempo les ha dado, si era pagada, o no su voluntad: que aunque sea buena la voluntad, luego nos es muy natural querer ser pagada. Venida a cobrar esta paga, es en pajas, que todo es aire, y sin tomo, que se lo lleva el viento; porque cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es esto que nos queda? Ansí que si no es para provecho de su alma con las personas que tengo dichas, porque ven ser tal nuestro natural, que si no hay algún amor luego se cansa, no se les da más ser queridas, que no. Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben sino a Dios. Mucho más quieren, y con más verdadero amor, y más provechoso, y con más intensión; en fin es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar mucho más, que no a recibir, y aún con el mesmo Criador les acaece eso. Esto digo, que merece este nombre de amor, que estoras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre.

5. También os parecerá que si no aman por las cosas que ven, que ¿a qué se aficionan? Verdad es, que lo que ven aman, y a lo que oyen se aficionan; mas estas cosas que ven son estables. Luego éstos si aman, pasan por los cuerpos, y ponen los ojos en las almas, y miran si hay qué amar; y si no lo hay, y ven algún principio, o disposición, para que si cavan hallarán oro en esta mina; si la tienen amor no les duele el trabajo. Ninguna cosa se les pone delante, que de buena gana no la hiciesen por el bien de aquella alma, porque desean durar en amarla, y saben muy bien, que si no tiene bienes, y ama mucho a Dios, que es imposible. Y digo que es imposible, aunque más la obligue, y se muera queriéndola, y le haga todas las buenas obras que pueda, y tenga todas las gracias de naturaleza juntas, no terná fuerza la voluntad, ni la podrá hacer estar con asiento. Ya sabe, y tiene experiencia de lo que es todo; no le echarán dado falso. Ve que no son para

en uno, y que es imposible durar el quererle el uno al otro; porque es amor que se ha de acabar con la vida, si el otro no va guardando la ley de Dios, y entiende que no le ama, y que han de ir a diferentes partes. Y este amor, que sólo acá dura, alma destas, a quien el Señor ha infundido verdadera sabiduría, no le estima en más de lo que vale, ni en tanto; porque para los que gustan de gustar de cosas del mundo, deleites, honras, y riquezas, algo valdrá, si es rico, o tiene partes para dar pasatiempo, y recreación; mas quien todo esto aborrece, ya poco o nada se le dará de aquello. Ahora, pues aquí si tiene amor, es la pasión para hacer esta alma ame a Dios, para ser amada dél (porque como digo, sabe que no ha de durar en quererla de otra manera, y que es amor muy a su costa) no deja de poner todo lo que puede, porque se aproveche; perdería mil vidas por un pequeño bien suyo. ¡Oh precioso amor, que va imitando al capitán del amor Jesús nuestro bien!

## CAPITULO VII

*En que trata de la mesma materia de amor espiritual, y da algunos avisos para ganarle*

1. Es cosa extraña, ¡qué apasionado amor es éste! ¡Qué de lágrimas cuestas! ¡Qué de penitencias, y oración! ¡Qué cuidado de encomendar a todos los que piensa le ha de aprovechar con Dios, para que se le encomiende! ¡Qué deseo ordinario, un no traer contento, si no le ve aprovechar! Pues si le parece está mejorado, y le ve que torna algo atrás, no parece ha de tener placer en su vida; ni come, ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa, si alma que tanto quiere se ha de perder, y si se han de apartar para siempre (que la muerte de acá no la tiene en nada) que no quiere asirse a cosa que en un soplo se le va de entre las manos, sin poderla asir. Es, como he dicho, amor sin poco, ni mucho de interese propio: todo lo que desea, y quiere, es ver rica aquella alma de bienes del cielo. Ésta sí es voluntad, y no estos quererles de por acá desastrados, aun no digo los malos, que de esos Dios nos libre: en cosa que es infierno no hay que nos cansar en decir mal, que no se puede encarecer el menor mal dél. Éste no hay para qué tomarle nosotras hermanas en la boca, ni pensar le hay en el mundo, ni en burlas, ni en veras oírle, ni consentir que delante de vosotras se trate, ni cuente de semejantes voluntades. Para ninguna cosa es bueno, y podría dañar aun oírlo; sino destotros lícitos, como he dicho, que nos tenemos unas a otras, y se tienen los deudos, y amigos. Toda la voluntad es, que no se nos muera: si le duele la cabeza, parece nos duele el alma. Si los vemos con trabajos, no queda, como dicen, paciencia; todo desta manera. Estotra voluntad no es así, aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto, luego la razón mira si es bien para aquel alma, si se enriquece más en virtud, y cómo lo lleva, el rogar a Dios la dé paciencia, y merezca en los trabajos. Si ve que la tiene, ninguna pena siente, antes se alegra, y consuela, bien que lo pasaría de mejor gana, que vérselo pasar, si el mérito, y ganancia que hay en padecer pudiese todo dárselo, mas no para que se inquiete, ni desasosiegue.

2. Torno otra vez a decir, que se parece va imitando este amor al que nos tuvo el buen amador Jesús, y así aprovechan tanto, porque es abrazar todos los trabajos, y que los otros sin trabajar se aprovechasen dellos. Así ganan muy mucho los que tienen su amistad, y crean que o los dejarán de tratar con particular amistad; digo, o acabarán con nuestro Señor, que vayan por su camino, pues van a una tierra, como hizo santa Mónica con san Agustín. No les sufre el corazón tratar con ellos doblez, ni verles falta, si piensan

les ha de aprovechar. Y ninguna vez se les acuerda desto, con el deseo que tienen de verlos muy ricos, que no se lo digan. ¿Qué rodeos traen por esto con andar descuidados de todo el mundo? No pueden consigo acabar otra cosa, ni tratan de lisonja con ellos, ni de disimularles nada. O ellos se enmendarán, o se apartarán de la amistad, porque no podrán sufrirlo, ni es de sufrir; para el uno, y para el otro es continua guerra, con andar descuidados de todo el mundo, y no trayendo cuenta si sirven a Dios, o no, porque sólo consigo mismo la tienen, con sus amigos no hay poder hacer esto, ni se les encubre cosa; las motitas ven: digo, que traen bien pesada cruz. ¡Oh dichosas almas, que son amadas de las tales! ¡Dichoso el día, en que las conocieron!

3. ¡Oh Señor mío! ¿No me haríades merced, que hubiese muchos que así me amasen? Por cierto, Señor, de mejor gana lo procuraría, que ser amada de todos los reyes, y señores del mundo; y con razón, pues éstos nos procuran, por cuantas vías pueden, hacer tales, que señoreemos el mismo mundo, y que no estén sujetas todas las cosas dél. Cuando alguna persona semejante conociéredes, hermanas, con todas diligencias que pudiere la madre procure trate con vosotras. Querred cuanto quisiéredes a los tales, mientras fueren tales: pocos debe de haber, mas no deja el Señor de querer se entienda, cuando alguno hay que llegue a la perfección: luego os dirán, que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios, tratar con sus amigos: siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia; y que después del Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes, que siempre fui muy aficionada me encomendasen a Dios, y así lo procuraba. Mas tornemos a lo que íbamos.

4. Esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos nosotras. Aunque a los principios no sea tan perfecta, el Señor la irá perfeccionando. Comencemos en los medios, que aunque lleve algo de ternura, no dañará, como sea en general: es bueno, y necesario algunas veces mostrar ternura en la voluntad, y aun tenerla, y sentir algunos trabajos, y enfermedades de las hermanas, aunque sean pequeños. Que algunas veces acaece dar una cosa muy liviana tan gran pena, como a otra daría un gran trabajo, y a personas que tienen de natural apretado, darle han mucho pocas cosas; si vos le tenéis al contrario, no os dejéis de compadecer; y no se espanten, que el demonio por ventura puso allí todo su poder con más fuerza, que para vos sintiéseis las penas, y trabajos grandes. Y por ventura quiere nuestro Señor reservarnos destas penas, y las ternemos en otras cosas, y de las que para nosotras son graves, aunque de suyo lo sean, para la otra serán leves.

5. Así que estas cosas no juzguemos por nosotras, ni nos consideremos en el tiempo, que por ventura sin trabajo nuestro el Señor nos ha hecho más fuertes, si no considerémos en el tiempo que hemos estado más flacas. Mirad qué importa este aviso para sabernos condoler de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean, en especial a almas de las que quedan dichas: que ya éstas, como desean los trabajos, todo se les hace poco, y es muy necesario traer cuidado de mirarse cuando era flaca, y ver que si no lo es, no viene della; porque podría por aquí el demonio ir enfriando la caridad con los prójimos, y hacernos entender es perfección lo que es falta. En todo es menester cuidado, y andar despiertas, pues él no duerme, y en los que van en más perfección, más, porque son muy más disimuladas las tentaciones, que no se atreve a otra cosa, que no parece se entiende el daño, hasta que está ya hecho, si como digo, no se trae cuidado.

6. En fin, que es menester siempre velar, y orar, que no hay mejor remedio para descubrir estas cosas ocultas del demonio, y hacerle dar señal, que la oración. Procurar también holgaros con las hermanas cuando tienen recreación con necesidad della, y el rato que es de costumbre, aunque no sea a vuestro gusto; que yendo con consideración, todo es amor perfecto. Y es así, que queriendo tratar del que no es tanto, que no hallo camino en esta casa, para que parezca entre nosotras, será bien tenerle; porque si por bien es, como digo, todo se ha de volver a su principio, que es el amor que queda dicho. Pensé decir mucho destotro, y venido a adelgazar, no me parece se sufre aquí en el modo que llevamos, y por eso lo quiero dejar en lo dicho, que espero en Dios, aunque no sea con toda perfección, no habrá en esta casa disposición para que haya otra manera de amaros. Así que es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras, miren no sea con falta de discreción, que sea contra la obediencia. Aunque le parezca áspero dentro de sí, lo que mandare la prelada, no lo muestre, ni dé a entender a nadie, si no fuere a la misma priora, con humildad, que haréis mucho daño. Y sabé entender cuáles son las cosas que se han de sentir, y apiadar de las hermanas, y siempre sientan mucho cualquiera falta, si es notoria, que veáis en la hermana: y aquí se muestra, y ejercita bien el amor en saberla sufrir, y no se espantar della, que así harán las otras las que vos tuviéredes, que aun de las que no entendéis, deben ser muchas más, y encomendarla mucho a Dios, y procurar hacer vos con gran perfección la virtud contraria de la falta que os parece en la otra: esforzaros a esto, para que enseñéis a aquélla por obra, lo que por palabra por ventura no lo entenderá, ni le aprovechará, ni castigo.

7. Y esto de hacer una lo que ve resplandecer de virtud en otra, se pega mucho. Éste es buen aviso, no se olvide. ¡Oh qué bueno, y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas, dejando su provecho por el de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes, y guardar con gran perfección su regla! Mejor amistad será ésta, que todas las ternuras que se pueden decir: que éstas no se usan, ni se han de usar en esta casa, tal como mi vida, mi alma, mi bien, y otras cosas semejantes, que a las unas llaman uno, y a las otras otro. Estas palabras regaladas déjenlas para su Esposo, pues tanto han de estar con él, y tan a solas, que de todo se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre, y muy usadas acá, no enternecen tanto con el Señor, y sin esto no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo hijas mías lo fuédes en nada, ni lo pareciédes, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor les hará tan varoniles, que espanten a los hombres: y qué fácil es a su Majestad, pues nos hizo de nada.

8. Es también muy buena muestra de amor en procurar quitarlas de trabajo, y tomarle ella para sí en los oficios de casa, y también de holgarse, y alabar mucho al Señor del acrecentamiento que viere en sus virtudes. Todas estas cosas, dejado el bien que traen consigo, ayudan mucho a la paz, y conformidad de unas con otras, como ahora lo vemos por experiencia por la bondad de Dios. Plega a su Majestad llevarlo siempre adelante, porque sería cosa terrible ser al contrario, y muy recio de sufrir, pocas, y mal avenidas. No lo permita Dios. Mas, o se ha de perder todo el bien que va principiado por manos del Señor, o no habrá tan gran mal. Si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luego, y hagan grande oración; y en cualquiera destas cosas, que dure, o bandillos, o deseo de ser más, o puntito de honra (que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el

principal mal de los monasterios) cuando esto hubiese, dense por perdidas; piensen, y crean haber echado a su Esposo de casa, y que en cierta manera le necesitan ir a buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen a su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar, y comulgar tan a menudo, teman si hay algún Judas. Mire mucho la priora, por amor de Dios, en no dar lugar a esto, atajando mucho los principios, que aquí está todo el daño, o remedio: y la que entendiere lo alborota, procuren se vaya a otro monasterio, que Dios la dará con qué la doten. Echen de sí esta pestilencia; corten como pudieren las ramas, o si no bastare, arranquen la raíz. Y cuando no pudiesen esto, no salga de una cárcel quien destas cosas tratare, mucho más vale, antes que pegue a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh que es gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entra! Yo más querría entrarse en éste un fuego que nos abrasase a todas. Porque en otra parte creo diré algo más desto, como en cosa que nos va tanto, no me alargo más aquí, sino que quiero más que se quieran, y amen tiernamente, y con regalo, aunque no sea tan perfecto, como el amor que queda dicho, como sea en general, que no que haya punto de discordia. No lo permita en Señor, por quien su Majestad es. Amén. Suplico a nuestro Señor, y pídanse mucho, hermanas, que nos libre de esta inquietud, que de su mano ha de venir.

## CAPITULO VIII

*Trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado, interior, y exteriormente*

1. Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfección. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con solo el Criador, y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde las virtudes, de manera, que trabajando nosotras poco a poco lo que es en nosotras, no ternemos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios, y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensáis, hermanas, que es poco bien, procurar este bien de darnos todas a él todo, sin hacernos partes, pues en él están todos los bienes, como digo? Alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, donde no se trata de otra cosa sino esto; y así no sé para qué lo digo, pues todas las que aquí estáis me podéis enseñar a mí, que confieso en este caso tan importante no tener la perfección, como la deseo, y entiendo conviene. De todas las virtudes, y de lo que aquí va, digo lo mismo, que es más fácil de escribir, que de obrar: y aun a esto no atinara, porque algunas veces consiste en experiencia el saberlo decir, y así si en algo acierto, debo de atinar por el contrario destas virtudes que he tenido. Cuanto a lo exterior, ya se ve cuán apartadas estamos aquí de todo. Parece nos quiere el Señor apartar de todo a las que aquí nos trajo, para llegarnos más sin embarazo su Majestad a sí. ¡Oh Criador, y Señor mío! ¿Cuándo merecí yo tan gran dignidad, que parece habéis andado rodeando cómo os llegar más a nosotras? Plega a vuestra bondad no lo perdamos por nuestra culpa. ¡Oh hermanas mías!, entended por amor de Dios la gran merced que el Señor ha hecho a las que trajo aquí, y cada una lo piense bien en sí, pues en solas doce quiso su Majestad fuédes una. Y qué dellas, qué multitud dellas mejores que yo sé que tomaran este lugar de buena gana, diómele el Señor a mí, mereciéndole tan mal. Bendito seáis vos mi Dios, y alaben os los ángeles, y todo lo criado, que esta merced tampoco se puede servir, como otras muchas que me habéis hecho, que darme estado de monja fue grandísima, y como lo he sido tan ruin, no os fiasteis Señor de mí; porque a

donde había muchas buenas juntas, no se echara de ver así mi ruindad, hasta que me acabara la vida, y yo la encubriera, como hice muchos años. Mas vos, Señor, trajístesme a donde por ser tan pocas, parece imposible dejarse de entender, y porque ande con más cuidado, quitaisme todas las ocasiones. Ya no hay disculpa para mí, Señor, yo lo confieso, y así he más menester vuestra misericordia, para que perdonéis lo que tuviere.

2. Lo que os pido mucho es, que la que viere en sí que no es para llevar lo que aquí se acostumbra, lo diga antes que profese. Otros monasterios hay a donde se sirve al Señor, no turben estas poquitas que aquí su Majestad ha juntado: en otras partes hay libertad para consolarse con deudos, aquí si alguno se admite, es para consuelo de ellos mismos. La monja que deseare ver deudos para su consuelo, y no se cansare a la segunda vez, si no son espirituales, téngase por imperfecta; crea que no está desasida, no está sana, no terná libertad de espíritu, no terná entera paz, menester ha médico. Y digo, que si no se le quita, y sana, que no es para esta casa. El remedio que veo mejor es, no los ver hasta que se vea libre, y lo alcance del Señor con mucha oración. Cuando se vea de manera, que lo tome por cruz, véalos alguna vez enhorabuena, para aprovecharlos en algo, que cierto los aprovechará, y no hará daño a sí. Mas si les tiene amor, si le duelen mucho sus penas, y escucha sus sucesos del mundo de buena gana, crea que a sí se dañará, y a ellos no les hará ningún provecho.

## CAPITULO IX

*Que trata del gran bien que hay en huir los deudos, los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hallan*

1. ¡Oh si entendiésemos las religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, cómo huiríamos de ellos! Yo no entiendo, qué consolación es ésta que dan, aun dejado lo que toca a Dios, sino solo para nuestro sosiego, y descanso. Que de sus recreaciones no podemos, ni es lícito gozar: sentir su trabajo sí. Ninguno dejamos de llorar, y algunas veces más que los mismos. A osadas, que si algún regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu. Deso estáis aquí bien quitadas que como todo es común, y ninguna puede tener regalo particular, así la limosna que las hacen es general, y queda libre de contentarlos por esto, que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto.

2. Espantada estoy el daño que hace tratarlos, no creo lo creerá, sino quien lo tuviere por experiencia; y qué olvidada parece que está el día de hoy en las religiones, o al menos en las más, esta perfección. No sé yo qué es lo que dejamos del mundo, las que decimos, que todo lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Viene ya la cosa a estado, que tienen por falta de virtud, no querer, y tratar mucho los religiosos a sus deudos; y como que lo dicen ellos, y alegan sus razones. En esta casa, hijas mías, mucho cuidado de encomendarlos a Dios (después de lo dicho, que toca a su iglesia) que es razón; en lo demás apartarlos de la memoria lo más que podamos, porque es cosa natural asirse a ellos nuestra voluntad más que a otras personas. Yo he sido querida mucho dellos, a lo que decían, y yo los quería tanto, que no los dejaba olvidarme: y tengo por experiencia en mí, y en otras, que dejados padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos (y es razón con ellos, cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos que no nos hace daño a lo principal, no seamos extrañas, que con desasimiento

se puede hacer, y con hermanos) en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido quien menos me han ayudado en ellos; y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios.

3. Creedme, hermanas, que sirviéndole vosotras, como debéis, que no hallaréis mejores deudos, que los que su Majestad os enviare. Yo sé que es ansí, y puestas en esto, como lo vais entendiendo, que en hacer otra cosa faltáis al verdadero amigo, y Esposo vuestro, creed que muy en breve ganaréis esta libertad, y que de los que por sólo él os quisieren, podéis fiar más que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán, y en quien no penséis hallaréis padres, y hermanos. Porque como éstos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras: los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres, y que en nada les podemos aprovechar, cánsanse presto, que aunque esto no sea en general, es lo más usado en el mundo, porque en fin es mundo. Quien os dijere otra cosa, y que es virtud hacerla, no los creáis, que si dijese todo el daño que traen consigo, me había de alargar mucho. Y porque otros que saben lo que dicen mejor, han escrito en esto, baste lo dicho. Parece, que pues con ser tan imperfecta lo he entendido tanto, ¿qué harán los que son perfectos? Todo este decirnos, que huyamos del mundo, que nos aconsejan los santos, claro está que es bueno. Pues creed, que como he dicho, lo que más se apega dél, son los deudos, y lo más malo de desapegar.

4. Por eso hacen bien los que huyen de sus tierras, si les vale digo, que no creo va en huir el cuerpo, sino en que determinadamente se abraze el alma con el buen Jesús, Señor nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo. Aunque ayuda es muy grande apartamos, hasta que ya tengamos conocida esta verdad, que después podrá ser que quiera el Señor, por darnos cruz en lo que solíamos tener gusto, que tratemos con ellos.

## CAPITULO X

*Trata cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mismas, y cómo están juntas esta virtud, y la humildad*

1. Desasiéndonos del mundo, y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho, y que no hay que pelear con nada. ¡Oh hermanas mías!, no os aseguréis, ni os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabéis, que no hay peor ladrón, que el de casa, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado, y cada una (como en negocio más importante que todos) no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que pueda volar a su Hacedor, sin ir cargada de tierra, y de plomo.

2. Grande remedio es para esto, traer muy contino en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar las aficiones de las cosas que son tan baladíes, y ponerla en lo que nunca se acaba (que aunque parece flaco medio, viene a fortalecer mucho al alma) y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado, en aficionándonos a alguna, procurar apartar el pensamiento della, y volverle a Dios, y su Majestad ayuda; y

hanos hecho gran merced, que en esta casa lo más está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras mismas, y ser contra nosotras, es recia cosa, porque estamos muy juntas, y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad; porque esta virtud, y estotra, paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas, que no hay para qué las apartar. No son éstos los deudos de que yo aviso se aparten, sino que los abracen, y los amen, y nunca se vean sin ellos.

3. ¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos, y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir, y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo, y sus ocasiones: no haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos: no tiene a quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida: sólo teme descontentar a su Dios, y suplícale las sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es, que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y valas perfeccionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen; luego se da a entender a los que los tratan, sin querer ellos.

4. Mas ¡qué desatino ponerme yo a loar humildad, y mortificación, estando tan loadas del rey de la gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues hijas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que en hallándolas, hallaréis el maná: todas las cosas os sabrán bien, por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces. Ahora pues, lo primero que hemos de procurar, es quitar de nosotras el amor deste cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que dan, a monjas en especial, y aun a las que no lo son, estas dos cosas. Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos: cada una lo procura como puede. Aquí a la verdad poco lugar hay deso con la obra, mas no querría yo hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar, y guardar la Orden, y tanto enhorabuena se quiere guardar la Orden con procurar la salud para guardarla, y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día. Pues no sé yo a qué venimos, no hayan miedo nos falte discreción en este caso por maravilla, que luego temen los confesores, que nos hemos de matar con penitencias, y es tan aborrecida de nosotras esta falta de discreción, que así lo cumpliésemos todo.

5. A las que lo hicieren al contrario, sé que no se les dará nada de que diga esto, ni a mí de que digan, que juzgo por mí, que dicen verdad: creo, y selo cierto. Tengo para mí que así quiere el Señor seamos más enfermas: al menos a mí hízome el Señor gran misericordia en serlo, porque como me había de regalar así como así, quiso que fuese con causa, pues es cosa donosa las que andan con este tormento, que ellas mismas se dan. Algunas veces dales un frenesí de hacer penitencias sin camino, ni concierto, que duran dos días, a manera de decir: después pónelos el demonio en la imaginación, que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron. No guardamos unas cosas muy bajas de la regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido a la imaginación que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir

al coro, que tampoco nos mata. Un día, porque nos dolió; y otro porque no nos ha dolido; y otros tres, porque no nos duela, y queremos inventar y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza, para que no podamos hacer lo uno, ni lo otro; y a las veces es poco el mal, y nos parece que no estamos obligadas a hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.

6. Diréis, que ¿por qué la da la priora? A saber lo interior, por ventura no lo haría; mas como le hacéis información de necesidad, y no falta un médico que ayuda por la mesma que vos le hacéis, y una amiga, o parienta que llora al lado, aunque la pobre priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo si falta en la caridad; quiere más que faltéis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. ¡Oh este quejar, válame Dios, entre monjas, él me perdone, que temo es ya costumbre! Éstas son cosas que puede ser que pasen alguna vez, y porque os guardéis dellas, las pongo aquí, porque si el demonio nos comienza a amedrentar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada. El Señor nos dé luz para acertar en todo. Amén.

## CAPITULO XI

*Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades*

1. Cosa imperfectísima me parece, hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males; si podéis sufrirlo, no lo hagáis. Cuando es grave el mal, él mesmo se queja, es otro quejido, y luego se parece. Mirad que sois pocas, y si una tiene esta costumbre, es para traer fatigadas a todas, si os tenéis amor, y caridad, sino que la que estuviere de mal, que sea de veras mal, lo diga, y tome lo necesario; que si perdéis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo que no hayáis miedo que le toméis sin necesidad, ni os quejéis sin causa; cuando la haya, sería muy bueno decirla, y mejor mucho que tomarle sin ella, y muy malo si no se apiadasen; mas deso a buen seguro que a donde hay oración y caridad, y tan pocas, que os veréis unas a otras la necesidad, que nunca falte el regalo, ni el cuidado de curaros. Mas unas flaquezas, y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas, que algunas veces pone el demonio imaginación de estos dolores; quítanse, y pónense, si no se pierde la costumbre de decirlo, y quejaros del todo, si no fuere a Dios, nunca acabaréis.

2. Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa, y que es cosa que tiene muy relajados los monasterios; y este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado, y como tiene algún buen color, por poca que sea la necesidad, engaña a la pobre del alma, para que no medre. Acordaos, qué de pobres enfermos habrá que no tengan a quién se quejar: pues pobres, y regaladas, no lleva camino. Acordaos también de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte, que con graves males, por no dar enfado a sus maridos, no se osan quejar, y con graves trabajos; pues pecadora de mí, sé que no venimos aquí a ser más regaladas que ellas. ¡Oh que estáis libres de grandes trabajos del mundo! Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. Pues es una mujer mal casada, y porque no lo sepa su marido, no lo dice, ni se queja, pasa mucha mala ventura sin

descansar con nadie; ¿y no pasaremos algo entre Dios, y nosotras de los males que nos da por nuestros pecados? Cuanto más que es nonada lo que se aplaca el mal.

3. En todo esto que he dicho, no trato de males recios, cuando hay calentura mucha, aunque pido que haya moderación, y sufrimiento siempre, sino unos malecillos que se pueden pasar en pie, sin que matemos a todos con ellos. Mas ¿qué fuera si esto se hubiera de ver fuera desta casa? ¿Qué dijeran todas las monjas de mí? Y que de buena gana, si alguna se enmendara lo sufriera yo; porque por una que haya desta suerte, viene la cosa a términos, que por la mayor parte no creen a ninguna por graves males que tenga. Acordémonos de nuestros santos padres pasados ermitaños, cuya vida pretendemos imitar, ¿qué pasarían de dolores, y qué a solas, y qué de fríos, y hambre, y sol, y calor, sin tener a quién se quejar, sino a Dios? ¿Pensáis que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Y creed hijas, que en comenzando a vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto: hartas habrá que miren lo que es menester, descuidaos de vosotras, si no fuere a necesidad conocida. Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte, y la falta de salud, nunca haremos nada: procurad de no temerla, y dejáros todas en Dios, venga lo que viniere<sup>(27)</sup>. ¿Qué va en que muramos? ¿De cuántas veces nos ha burlado el cuerpo, no burlaríamos alguna dél? Y creed, que esta determinación importa más de lo que podemos entender. Porque de muchas veces, que poco a poco lo vamos haciendo con el favor del Señor, quedaremos señoras dél. Pues vencer un tal enemigo, es gran negocio, para pasar en la batalla desta vida: hágalo el Señor como puede. Bien creo que no entiende la ganancia, sino quien ya goza de la vitoria, que es tan grande, a lo que creo, que nadie sentiría pasar trabajo, por quedar en este sosiego, y señorío.

## CAPITULO XII

*Trata de cómo ha de tener en poco la vida, y la honra el verdadero amador de Dios*

1. Vamos a otras cosas, que también importan harto, aunque parecen menudas: trabajo grande parece todo, y con razón, porque es guerra contra nosotras mismas; mas comenzando a obrar, obra Dios tanto en el alma, y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco, cuanto se puede hacer en esta vida: y pues las monjas hacemos lo más, que es dar la libertad por amor de Dios, poniéndola en otro poder, y pasar tantos trabajos, ayunos, silencio, encerramiento, servir el coro, que por mucho que nos queramos regalar, es alguna vez: y por ventura es sola yo, en muchos monasterios que he visto. Pues ¿por qué nos hemos de detener en mortificar lo interior, pues en esto está el ir todo estotro bien concertado, y muy más meritorio, y perfecto, y después obrarlo con más suavidad, y descanso?

2. Esto se adquiere con ir poco a poco, como he dicho, no haciendo nuestra voluntad, y apetito, aun en cosas muy menudas, hasta acabar de rendir el cuerpo al espíritu. Torno a decir, que está el todo, o gran parte, en perder cuidado de nosotras mismas, y nuestro regalo; que quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida, pues le ha dado su voluntad. ¿Qué temen en dar ésta? Que si es verdadero religioso, o verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, sé que no ha de volver las espaldas a desear morir por él, y pasar cruz. Pues ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida

del buen religioso, y del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque para compararle a los que de presto los degollaban, puédese llamar largo, mas toda la vida es corta, y algunas cortísimas. Y qué sabemos si seremos de tan corta, que desde una hora, o momento que nos determinemos a servir del todo a Dios, se acabe. Posible sería, que en fin todo lo que tiene fin, no hay que hacer caso dello, y de la vida mucho menos, pues no hay día seguro; y pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?

3. Pues creedme, que pensar esto es lo más seguro: por eso mostrémonos a contradecir en todo nuestra voluntad, que aunque no se haga de presto, si traéis cuidado con oración, como he dicho, sin saber cómo, poco a poco os hallaréis en la cumbre. Mas ¡qué gran rigor parece decir, que no nos hagamos placer en nada, como no se dice los gustos, y deleites que trae consigo esta contradicción, y lo que se gana con ella, aun en esta vida! Aquí como todas lo usáis, estase lo más hecho: unas a otras se despiertan, y ayudan; y así ha de procurar cada una ir adelante de las otras. En los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre por su Pasión de decir, ni pensar para detenerse en ello, si soy más antigua en la Orden, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor.

4. Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza, que si se detienen en ellos, o los ponen en plática, es pestilencia, y de donde nacen grandes males en los monasterios. Si tuvieren prelada, que consiente cosas destas, por poca que sea, crean que por sus pecados ha permitido Dios la tengan, para comenzar a perderse, y clamen a él, y toda su oración sea, porque dé el remedio, porque están en peligro. Podrá ser que digan, que para qué pongo tanto en esto, y que va con rigor, que regalos hace Dios a quien no está tan desasido. Yo lo creo, que con su sabiduría infinita ve que conviene para traerlos a que lo dejen todo por él. No llamo dejarlo, entrar en religión, que impedimentos puede haber, y en cada parte puede el alma perfecta estar desasida, y humilde: ello a más trabajo suyo, que gran cosa es el aparejo. Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra, o de hacienda (y esto también puede haberlo en los monasterios, como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones, y mayor sería la culpa) aunque tengan muchos años de oración, o por mejor decir, consideración (porque oración perfecta en fin quita estos resabios) nunca medran mucho, ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración.

5. Mirad si os va algo, hermanas, en estas que parecen nadería, pues no estáis aquí a otra cosa. vosotras no quedáis más honradas, y el provecho perdido, para lo que podríais más ganar: ansí que deshonra, y pérdida cabe aquí junto, cada una mire en sí lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada. Paréceme, que el verdadero humilde, aun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría; porque como es tan sagaz, teme el golpe. Es imposible si una es humilde, que no gane más fortaleza en esa virtud, y aprovechamiento, si el demonio le tienta por ahí; porque está claro que ha de dar vuelta sobre su vida, y mirar lo poco que ha servido, con lo mucho que debe al Señor, y la grandeza, que él hizo en abajarse a sí, para dejarnos ejemplo de humildad, y mirar sus pecados, y a dónde merecía estar por ellos. Y con estas consideraciones sale el alma tan gananciosa, que no osa tornar otro día, por no ir quebrada la cabeza.

6. Este consejo tomad de mí, y no se os olvide, que no sólo en lo interior, que sería gran mal no quedar con ganancia, mas en lo exterior procurad que la saquen las hermanas de

vuestra tentación, si queréis vengaros del demonio, y libraros más presto de la tentación: y que así como os venga, os descubráis a la prelada, y le roguéis, y pidáis, que os mande hacer algún oficio bajo, o como pudiéredes lo hagáis vos, y andéis estudiando en esto, como doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá, y con mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa, y con esto durará poco la tentación, y procurad mucho que dure poco. Dios nos libre de personas que le quieren servir, acordarse de honra, o temer deshonra: mirad que es mala ganancia, y como he dicho, la misma honra se pierde con desearla, especial en las mayorías, que no hay tósigo en el mundo que así mate, como estas cosas la perfección.

7. Diréis, que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso dellas; no os burléis con eso, que crece como espuma en los monasterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro, como son estos puntos de honra, y mirar si nos hicieron agravio. Sabéis por qué (sin otras hartas cosas) por ventura en una comienza por poco, y no es casi nada, y luego mueve el demonio a que a la otra le parezca mucho, y aun pensará es caridad decirle, que como consiente aquel agravio, que Dios le dé paciencia, que se lo ofrezca, que no sufriera más un santo.

8. Finalmente, pone el demonio un caramillo en la lengua de la otra, que ya que acabáis con vos de sufrir, quedáis aún tentada de vanagloria, de lo que no sufristes con la perfección que se había de sufrir. Y esta nuestra naturaleza es tan flaca, que aun quitándonos la ocasión, con decirnos, que no hay que sufrir, pensamos que hemos hecho algo, y lo sentimos, cuanto más ver que lo sienten por nosotras. Hácenos crecer la pena, y pensar que tenemos razón, y pierde el alma todas las ocasiones que había tenido para merecer, y queda más flaca, y abierta la puerta al demonio, para que otra vez venga con otra cosa peor. Y aun podría acaecer (aun cuando vos queráis sufrirlo) que vengan a vos, y os digan, que si sois bestia, que bien es que se sientan las cosas. ¡Oh por amor de Dios, hermanas mías, que a ninguna la mueve indiscreta caridad, para mostrar lástima de la otra, en cosa que toque a estos fingidos agravios, que es como la que tuvieron los amigos del santo Job, con él, y su mujer!

### CAPITULO XIII

*Prosigue en la mortificación, y cómo la religiosa ha de huir de los puntos, y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón*

1. Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se olvide, que en esta casa, y aun toda persona que quisiere ser perfecta, se huya mil leguas de razón tuve, hicieronme sinrazón, no tuvo razón quien esto hizo conmigo; de malas razones nos libre Dios. ¿Paréceos que había razón, para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieran muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, a donde no le guardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto, que no debáis más? ¿Qué razón es ésta? Por cierto yo no la entiendo. Cuando nos hicieren alguna honra, o regalo, o buen tratamiento, saquemos esas razones, que cierto es contra razón nos le hagan en esta vida; mas cuando agravios (que así los nombran, sin hacernos

agravio) yo no sé qué hay que hablar. O somos esposas de tan gran Rey, o no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay, que no participe de las deshonras que a su esposo hacen, aunque no lo quiera por su voluntad? En fin, de honra, o deshonra participan ambos. Pues tener parte en su reino, y gozarle, y de las deshonras, y trabajos querer quedar sin ninguna parte, es disbarate. No nos lo deje Dios querer, sino que la que le pareciere que es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada. Y verdaderamente así lo es, si lo lleva como lo ha de llevar, que no le faltará honra en esta vida, ni en la otra, créanme esto a mí.

2. Mas qué disbarate he dicho, que me crean a mí, diciéndolo la verdadera sabiduría. Parezcámonos hijas mías en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas, que por mucho que nos parezca, que nos humillamos, quedamos bien cortas, para ser hijas de tal madre, y esposas de tal Esposo. Ansí, que si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, por ventura mañana será pecado venial, y es de tan mala digestión, que si os dejáis no quedará solo: es cosa muy mala para congregaciones. En esto habíamos de mirar mucho las que estamos en ella, por no dañar a las que trabajan por hacernos bien, y darnos buen ejemplo. Y si entendiésemos cuán gran daño se hace en que se comience una mala costumbre, más querríamos morir, que ser causa dello; porque ésa es muerte corporal, y pérdidas en las almas es gran pérdida, y que me parece, que no se acaba de perder, porque muertas unas vienen otras, y a todas por ventura les cabe más parte de una mala costumbre que pusimos, que de muchas virtudes. Porque el demonio no la deja caer, y las virtudes la mesma flaqueza natural las hace perder, si la persona no tiene la mano, y pide favor a Dios.

3. ¡Oh qué grandísima caridad haría, y qué gran servicio a Dios la monja que así viese que no puede llevar las costumbres que hay en esta casa, en conocerlo, e irse antes que profesase, y dejar a las otras en paz! Y aun en todos los monasterios (al menos si me creen a mí) no la ternán, ni darán profesión, hasta que de muchos años esté probado a ver si se enmienda. No llamo faltas en la penitencia, y ayunos, porque aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño. Mas unas condiciones, que hay de suyo amigas de ser estimadas, y tenidas, y mirar las faltas ajenas, y nunca conocer las suyas, y otras cosas semejantes, que verdaderamente nacen de poca humildad, si Dios no favorece con darle gran espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que queden en vuestra compañía. Entended, que ni ella sosegará, ni os dejará sosegar a todas.

4. Esto me lastima de los monasterios, que muchas veces por no dar el dinero del dote, dejan el ladrón que les robe el tesoro, o por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya aventurada, y perdida la honra del mundo (porque las pobres no son honradas) no tan a vuestra costa queráis que los sean los otros. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios: quien pensare, que desto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa, que para esto ordenaron nuestros padres la probación de un año, y aquí quisiera yo que no se diera en diez la profesión, que a la monja humilde poco se le diera en no ser profesada; bien supiera, que si era buena no la habían de echar: y si no lo es, ¿para qué quiere hacer daño a este colegio de Cristo? Y no llamo no ser buena, cosa de vanidad, que con el favor de Dios creo estará lejos desta casa: llamo no ser buena, no estar mortificada, sino con asimiento de cosas del mundo, o de sí, en estas cosas que he dicho. Y la que en mucho en

sí no la viere, créame ella mesma, y no haga profesión, si no quiere tener un infierno acá, y plega a Dios no sea otro allá; porque hay muchas cosas en ella para ello, y mire que le cumple, si no quiere tener un infierno acá, y plega a Dios no sea otro allá, y por ventura ella, y las demás no lo entenderán como yo. Créanme esto, y si no el tiempo les doy por testigo, que el estilo que pretendemos llevar, es no sólo de ser monjas, sino ermitañas, como nuestros padres santos pasados, y ansí se desasen de todo lo criado. Y a quien el Señor ha escogido para aquí, particularmente vemos que la hace esta merced, y aunque ahora no sea en toda perfección, vese que va ya a ella, por el gran contento que le da, y alegría de ver que no ha de tornar a tratar con cosa de la vida, y el favor que siente de todas las de la religión.

5. Torno a decir, que si se inclina a cosas del mundo, y no se ve ir aprovechando, que no es para estos monasterios; puédese ir a otro, si quiere ser monja, y si no verá cómo le sucede. No se queje de mí (que comencé éste) porque no la aviso. Es esta casa un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar a Dios nuestro Señor, y no hace caso de contento suyo, y tiene muy buena vida: en queriendo algo más, lo perderá todo, porque no lo puede tener. Y alma descontenta, es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar le da en rostro; y lo que los sanos comen con gran gusto, le hace asco en el estómago. En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco a poco llegue a la perfección, que aquí no pudo sufrir, por tomarse por junto; que aunque en lo interior se aguarde tiempo para del todo desasirse, y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad, por el daño que puede hacer a las otras. Y si aquí viendo que todas lo hacen, y andando en tan buena compañía siempre, no aprovecha en un año, temo que no aprovechará en muchos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda, que va cobrando salud, que luego se ve cuando el mal no es mortal.

#### CAPITULO XIV

*En que trata lo mucho que importa no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas*

1. Bien creo que favorece el Señor mucho, a quien bien se determina, y por eso se ha de mirar, qué intento tiene la que entra, no sea sólo por remediarse, como acaece ahora a muchas, puesto que el Señor puede perfeccionar este intento, si es persona de buen entendimiento; que si no, en ninguna manera se tome, porque ni ella se entenderá cómo entra, ni después a las que la quieren poner en lo mejor. Porque por la mayor parte, quien esta falta tiene, siempre le parece que atina más lo que le conviene, que los más sabios. Y es mal que le tengo por incurable, porque por maravilla deja de traer consigo malicia: a donde hay muchas, podrase tolerar, y entre tan pocas no se podrá sufrir. Un buen entendimiento, si se comienza a aficionar al bien, ásele a él con fortaleza, porque ve que es lo más acertado; y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo, y para muchas cosas, sin cansar a nadie: cuando éste falta, yo no sé para qué puede aprovechar en comunidad, y podría dañar harto. Esta falta no se ve muy en breve, porque muchas hablan bien, y entienden mal; y otras hablan corto, y no muy cortado, y tienen entendimiento, para mucho. Bien que hay unas simplicidades santas, que saben

poco para negocios, y estilo de mundo, y mucho para tratar con Dios. Por eso es menester gran información para recibirlas, y larga probación para hacerlas profesas. Entienda una vez el mundo, que tenéis libertad para echarlas, que en monasterio donde hay asperezas, muchas ocasiones hay; y como se use, no lo ternán por agravio.

2. Digo esto, porque son tan desventurados estos tiempos, y tanta nuestra flaqueza, que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados, para que dejemos de mirar lo que han tomado por honra los presentes, para no agraviar los deudos, sino que por no hacer un agravio pequeño, por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvidar las virtuosas costumbres. Plega a Dios no lo paguemos en la otra vida las que las admiten, que nunca falta un color con que nos hacemos entender, que se sufre hacerlo: y éste es un negocio que cada una por sí le había de mirar, y encomendar a Dios, y animar a la prelada, pues es cosa que tanto importa a todas; y ansí suplico a Dios, en ello os dé luz. Y tengo para mí, que cuando la prelada sin afición, ni pasión mira lo que está bien a la casa, nunca la dejará Dios errar; y en mirar estas piedades, y puntos necios, creo que no deja de haber yerro.

## CAPITULO XV

*Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa*

1. Confusión grande me hace lo que os voy a persuadir, que no os disculpéis, que es costumbre perfectísima, y de gran mérito, porque había de obrar lo que os digo en esta virtud. Es ansí, que yo confieso haber aprovechado muy poco en ella. Jamás me parece que me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito, y sería mal no lo hacer: no tengo discreción, o por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa, y callar: y es gran imitación del Señor, que nos quitó todas las culpas. Y ansí os ruego mucho traigáis en esto cuidado, porque trae consigo grandes ganancias, y en procurar nosotras mismas librarnos de culpa, ninguna veo, si no es, como digo, en algunos casos que podría causar enojo no decir la verdad. Esto quien tuviere mayor discreción que yo, lo entenderá, creo que va mucho en acostumbrarse a esta virtud, o en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que de aquí debe venir; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado, aunque no haya hecho porqué. Si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni ayuda de nadie, sino de Dios.

2. Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo fuese nuestro estudio, y nuestra penitencia, que en otras grandes, y demasiadas penitencias, ya sabéis os voy a la mano, porque pueden hacer daño a la salud, si son sin discreción. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores, no quitan las fuerzas del cuerpo para servir a la religión, sino fortalecen el alma, y en cosas muy pequeñas se pueden (como he dicho otras veces) acostumbrar para salir con vitoria en las grandes. Mas qué bien se escribe esto, y qué mal lo hago yo: a la verdad en cosas grandes, nunca he yo podido hacer esta prueba, porque nunca oí decir nada de mí que fuese malo, que no viese claro que quedaban cortos; porque aunque no eran las mismas cosas, tenía ofendido a Dios

nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habían hecho harto en dejar aquéllas, que siempre me huelgo yo más, que digan de mí lo que no es, que no las verdades. Ayuda mucho a traer consideración cada uno de lo mucho que se gana por todas vías, y por ninguna pierde, a mi parecer: gana lo principal en seguir en algo al Señor. Digo en algo, bien mirado nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenas dellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentira decir, que no tenemos pecado. Ansí, que aunque no sea en lo mesmo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús.

3. ¡Oh Señor mío! Cuando pienso por qué de maneras padecistes, y cómo por ninguna lo merecíades, no sé que me diga de mí, ni dónde tuve el seso, cuando no deseaba padecer, ni a dónde estoy cuando me disculpo. Sabéis vos Bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos, sino por las vuestras. Pues, ¿qué os va más, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mío, ni querría yo que sufriédes vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues mirá, Señor, que los míos están ciegos, y se contentan de muy poco, dadme vos luz, y haced con verdad yo desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpadas de todas ellas, si delante de vos, Señor, estamos sin culpa?

4. ¡Oh hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y ansí nunca acabaremos de estar en la cumbre de la perfección, si mucho no la andamos considerando, y pensando, que es lo que es, y que es lo que no es! Pues cuando no hubiese otra ganancia, sino la confusión que le quedará a la persona que os hubiere culpado, de ver que vos sin ella os dejáis condenar, es grandísima. Más levanta una cosa destas a las veces el alma, que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol, y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos en las palabras. Nunca penséis ha de estar secreto el mal, o el bien que hiciéredes, por encerradas que estéis. ¿Y pensáis, hijas, que aunque vosotras no os disculpéis, ha de faltar quien torne por vosotras? Mirad cómo respondió el Señor por la Madalena en casa del fariseo, y cuando su hermana la culpaba. No os llevará por el rigor que a sí, que ya al tiempo que tuvo un ladrón que tornase por él, estaba en la cruz. Ansí que su Majestad moverá a quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester.

5. Esto yo lo he visto, y es ansí (aunque no querría se os acordase, sino que os holgádes de quedar culpadas) y el provecho que veréis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo; porque se comienza a ganar libertad, y no se da más que digan mal, que bien, antes parece es negocio ajeno; y es como cuando están hablando dos personas, que como no es con nosotras mesmas, estamos descuidadas de la respuesta: ansí es acá con la costumbre que está hecha, de que no hemos de responder, no parece hablan con nosotras. Parecerá esto imposible a los que somos muy sentidos, y poco mortificados: a los principios dificultoso es, mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad, y negación, y desasimiento de nosotras mesmas con el favor del Señor.

## CAPITULO XVI

*De la diferencia que ha de haber en la perfección de la vida de los contemplativos, a los que se contentan con oración mental: y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfecta contemplación, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo, y el que viene cabe él*

1. No os parezca mucho todo esto, que voy entablado el juego, como dicen. Pedítesme os dijese el principio de oración: yo hijas, aunque no me llevó Dios por este principio, porque aún no le debo tener destas virtudes, no sé otro. Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque no sabrá dar mate. Aun si me habéis de reprender, porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dio Dios, que hasta esta vanidad sabia; mas dicen que es lícito algunas veces, y cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego, y cuán presto si mucho lo usamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que ansí le haga rendir como la humildad. Ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella la traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas. Y cree, que quien más tuviere, más le terná, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, como haya, ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad. Ni es posible estar estas dos virtudes en su perfección, sin gran desasimiento de todo lo criado.

2. Diréis mis hijas, que ¿para qué os hablo de virtudes, que hartos libros tenéis que os las enseñen, que no queréis sino contemplación? Digo yo, que aun si pidiérades meditación, pudiera hablar della, y aconsejar a todas la tuvieran, aunque no tengan virtudes; porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos; y ninguno, por perdido que sea, si Dios le despierta a tan gran bien, lo había de dejar, como ya tengo escrito en otra parte, y otros muchos que saben lo que escriben, que yo por cierto no lo sé, Dios lo sabe. Mas contemplación es otra cosa, hijas, que éste es el engaño que todos traemos, que en llegándose uno un rato cada día a pensar sus pecados (que lo debe hacer si es cristiano de más que nombre) luego dicen es muy contemplativo, y luego le quieren con tan grandes virtudes, como está obligado a tener el muy contemplativo, y aun él se quiere; mas yerra. En los principios no supo entablar el juego, pensó bastaba conocer las piezas para dar mate, y es imposible, que no se da en este modo de que hablamos este Rey, sino a quien se le da del todo.

3. Ansí que, hijas, si queréis que os diga el camino para llegar a la contemplación, sufrid que sea un poco larga en cosas, aunque no os parezcan luego tan importantes. A mi parecer no lo dejan de ser, y si no las queréis oír, ni obrar, quedaos con vuestra oración mental toda vuestra vida que yo os aseguro a vosotras, y a todas las personas que pretendieren este bien (ya puede ser que yo me engañe, porque juzgo por mí que lo procuré veinte años) que lleguéis a verdadera contemplación.

4. Quiero ahora declarar, porque algunas no lo entenderéis, qué es oración mental; y plega a Dios que ésta tengamos, como se ha de tener: mas también he miedo que se tiene con harto trabajo, si no se procuran las virtudes, aunque no en tan alto grado como para la contemplación son menester. Digo que no verná el Rey de la gloria a nuestra alma (digo a

estar unido con ella) si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes. Quiérola declarar, porque si en alguna cosa que no sea verdad me tomáis, no creeréis cosa, y terníades razón, si fuese con advertencia; mas no me dé Dios tal lugar, será no saber más, o no lo entender. Quiero pues decir, que algunas veces querrá Dios a personas que estén en mal estado, hacerles tan gran favor, que las suba a la contemplación, para sacarlas por este medio de las manos del demonio.

5. ¡Oh Señor mío, qué de veces os hacemos andar a brazos con el demonio! ¿No bastara que os dejastes tomar en ellos, cuando os llevó al pináculo, para enseñarnos a vencerle? Mas, ¿qué sería hijas, ver junto a aquel sol con las tinieblas, y qué temor llevaría aquel desventurado sin saber de qué? Que no permitió Dios lo entendiése. Bendita sea tanta piedad, y misericordia, que vergüenza habíamos de haber los cristianos, de hacerle andar cada día a brazos, como he dicho, con tan sucia bestia. Bien fue menester, Señor, los tuviédes tan fuertes. Mas ¿cómo no os quedaron flacos de tantos tormentos como pasastes en la cruz? ¡Oh que todo lo que se pasa con amor torna a soldarse! Y así creo, que si quedárades con la vida, el mesmo amor que nos tenéis tornará a soldar vuestras llagas, que no fuera menester otra medicina. ¡Oh Dios mío, y quién la pusiese tal en todas las cosas que me diesen pena, y trabajo, que de buena gana las desearía, si tuviese cierto ser curada con tal saludable unguento!

6. Tornando a lo que decía, hay almas que entiende Dios, que por este medio las puede granjear para sí, ya que las ve del todo perdidas, quiere su Majestad que no quede por él, y aunque estén en mal estado, y faltas de virtudes, dales gustos, y regalos, y ternura, que las comienza a mover los deseos, y aun pónelas en contemplación algunas veces, pocas, y dura poco: y esto (como digo) hace, porque las prueba, si con aquel favor se querrán disponer a gozarle muchas veces. Mas si no se disponen, perdonen (o perdonadnos vos Señor, por mejor decir) que harto mal es que os lleguéis vos a un alma de esta suerte, y se llegue ella después a cosa de la tierra para atarse a ella. Tengo para mí, que hay muchos con quien Dios nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen para gozar desta merced. Que cuando el Señor la hace, y no queda por nosotros, tengo por cierto, que nunca cesa de dar, hasta llegar a muy alto grado. Cuando no nos damos a su Majestad, con la determinación que él se da a nosotras, harto hace en dejarnos en oración mental, y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña; mas estotros son hijos regalados, no los querría quitar de cabe sí, ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar; síntalos a su mesa, dales de lo que come, hasta quitar, como dicen, el bocado de la boca para dárselo.

7. ¡Oh dichoso cuidado, hijas mías! ¡Oh bienaventurada dejación de cosas tan pocas, y tan bajas, que llega a tan gran estado! Mirad qué se os dará estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo. Poderoso es para libraros de todo, que una vez que mandó hacer el mundo, fue hecho, su querer es obrar: pues no hayáis miedo, que si no es para más bien del que le ama, consienta hablar con vos: no quiere tan poco a quien le quiere. Pues ¿por qué mis hermanas, no le mostraremos nosotras, en cuanto podemos el amor? Mirad que es hermoso truco, dar nuestro amor por el suyo: mirad que lo puede todo, y acá no podemos nada, sino lo que él nos hace poder. Pues, ¿qué es esto que hacemos por vos, Señor, hacedor nuestro? Que es tanto como nada, una determinacioncilla. Pues si

con lo que no es nada, quiere su Majestad que merquemos el todo, no seamos desatinadas.

8. ¡Oh Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos! Que si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas, y tropezones, y erramos el camino, por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca se anduvo, según se nos hace nuevo: cosa es para lastimar por cierto, lo que algunas veces pasa; por esto digo, que no parecemos cristianos, ni leímos la Pasión en nuestra vida. Pues tocar en un puntico de ser menos, no se sufre, ni parece se ha de poder sufrir; luego dicen, no somos santos. Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfecto, de decir, no somos ángeles, no somos santas. Mirad que aunque no lo seamos, es gran bien pensar, si nos esforzamos lo podríamos ser, dándonos Dios la mano, y no hayáis miedo que quede por él, si no queda por nosotras. Y pues no venimos aquí a otra cosa, manos a la labor, como dicen, no entendamos cosa en que se sirva más el Señor, que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad, y tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes, y no es aceptador de personas. Mucho me he divertido, quiero tornar a lo que decía. Conviene saber, qué es oración mental, y qué contemplación: impertinente parece, mas para vosotras todo pasa; y podrá ser que lo entendáis mejor por mi grosero estilo, que por otros elegantes. El Señor me dé favor para ello. Amén.

## CAPITULO XVII

*De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor*

1. Parece que voy entrando en oración, y faltame un poco de decir, que importa mucho, porque es de la humildad, y es necesaria en esta casa; porque es el ejercicio principal de oración, y como he dicho, cumple mucho que tratéis de entender cómo ejercitaros mucho en la humildad; y éste es un gran punto della, y muy necesario para todas las personas que se ejercitan en oración. ¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar, que es tan bueno como los que llegan a ser contemplativos? Que Dios le puede hacer tal, sí, por su bondad, y misericordia, mas de mi consejo siempre se siente en el más bajo lugar, que ansí nos dijo el Señor lo hiciésemos, y nos lo enseñó por la obra. Dispóngase para si Dios le quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir a las siervas del Señor, y alabarle; porque mereciendo ser sierva de los demonios en el infierno, la trajo su Majestad entre ellas. No digo esto sin gran causa, porque como he dicho, es cosa que importa mucho entender, que no a todos lleva Dios por un camino, y por ventura el que le parece que va más bajo, está más alto en los ojos del Señor.

2. Ansí, que no porque en esta casa todas traten de oración, han de ser todas contemplativas, es imposible, y será grande consolación para la que no lo es, entender esta verdad, que es cosa que lo da Dios: y pues no es necesario para la salvación, ni nos lo pide de premio, no piense que lo pedirá nadie, que por eso no dejará de ser muy perfecta, si hace lo que queda dicho. Antes podrá ser que tenga mucho más mérito,

porque es a más trabajo suyo, y la lleva el Señor como a fuerte, y la tiene guardado junto todo lo que aquí no goza. No por eso desmaye, ni deje la oración, y de hacer lo que todas, que a las veces viene el Señor muy tarde, y paga también, y tan por junto, como en muchos años ha ido dando a otros. Yo estuve más de catorce, que nunca podía tener aun meditación, sino junto con lección. Habrá muchas personas desta arte, y otras, que aunque sea con la lección no puedan tener meditación, sino rezar vocalmente, y aquí se detienen más. Hay pensamientos tan ligeros, que no pueden estar en una cosa, sino siempre desasosegados, y en tanto extremo, que si le quieren detener a pensar en Dios, se les va a mil disbarates, y escrúpulos, y dudas.

3. Yo conozco una persona bien vieja, de harto buena vida (que pluguiera a Dios fuera mi vida como la suya) penitente, y muy sierva de Dios, gastar hartas horas, y hartos años en oración vocal, y en mental no haber remedio, cuando más puede, poco a poco en las oraciones vocales se va deteniendo. Y otras muchas personas hay desta manera, y si hay humildad, no creo yo que saldrán peor libradas al cabo, sino muy en igual de los que llevan muchos gustos; y con más seguridad en parte, porque no sabemos si los gustos son de Dios, o si los pone el demonio; y si no son de Dios, es más peligro, porque en lo que el demonio trabaja aquí, es en poner soberbia, que si son de Dios, no hay que temer, consigo traen la humildad, como escribí muy largo en el otro libro.

4. Estotros que no reciben gustos, andan con humildad sospechosos, que es por su culpa, siempre con cuidado de ir adelante, no ven a otros llorar una lágrima, que si ellos no la tienen, no les parezca estar muy atrás en el servicio de Dios, y deben estar por ventura muy más adelante; porque no son las lágrimas (aunque son buenas) todas perfectas. En la humildad, y mortificación, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay más seguridad: no hay que temer, ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfección, como los muy contemplativos. Santa era santa Marta, aunque no dicen que era contemplativa; pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa, y darle de comer, y servirle, y comer a su mesa? Si se estuviera como la Madalena, embebida, no hubiera quien diera de comer a este divino huésped. Pues pensad que es esta congregación la casa de santa Marta, y que ha de haber de todo; y las que fueren llevadas por la vida activa, no murmuren de las que mucho se embebieren en la contemplación, pues saben que ha de tornar el Señor por ellas, aunque calle la mayor parte, las hace descuidar de sí, y de todo. Acuérdense, que es menester quien le guise la comida, y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta. Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer dellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos.

5. Pues si contemplar, y tener oración mental, y vocal, y curar enfermos, y servir en las cosas de casa, y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al huésped, que se viene a estar, y a comer, y a recrearse con nosotras, ¿qué más se nos da servirles en lo uno, que en lo otro? No digo yo que quede por nosotras, sino que lo probéis todo, porque no está esto en vuestro escoger, sino en el del Señor: mas si después de muchos años quisiere a cada una para su oficio, gentil humildad será querer vosotras escoger: dejad hacer al Señor de la casa, sabio es, y poderoso, entiende lo que os conviene, y lo que le conviene a él también.

6. Estad seguras, que haciendo lo que es en nosotras, y aparejándoos para contemplación, con la perfección que queda dicha, que si él no os la da, (y a lo que creo, no dejará de dar, si es de veras el desasimiento, y humildad) que tiene guardado este regalo, para dároslo junto en el cielo, y que como otra vez he dicho, os quiere llevar como a fuertes, dándonos acá cruz, como siempre su Majestad la trajo. ¿Y qué mejor amistad, que querer lo que quiso para sí, para vos? Y pudiera ser que no tuviéades tanto premio en la contemplación. Juicios son suyos, no hay que meternos en ellos. Harto bien es, que no quede a nuestro escoger, que luego como nos parece más descanso, fuéramos todos grandes contemplativos. ¡Oh gran ganancia, no querer ganar por nuestro parecer, para no temer pérdida! Pues nunca permite Dios que la tenga el bien mortificado, sino para ganar más.

## CAPITULO XVIII

*Que prosigue en la misma materia, y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos, que de los activos. Es de mucha consolación para ellos*

1. Pues yo os digo, hijas, a las que no lleva Dios por este camino, que a lo que he visto, y entendido de los que van por él, que no llevan la cruz más liviana, y que os espantaríades por las vías, y maneras que la da Dios. Yo sé de unos, y de otros, y sé claro, que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos: y son de tal suerte, que si no les diese aquel manjar de gustos, no se podrían sufrir. Y está claro, que pues lo es, que a los que Dios mucho quiere lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores, no hay por qué creer que tiene aborrecidos los contemplativos, pues por su boca los alaba, y tiene por amigos. Pues creer que admite a su amistad a gente regalada, y sin trabajos, es disbarate: tengo por muy cierto, que se los da Dios mucho mayores. Y así como los lleva por camino barrancoso, y tan áspero, que a las veces les parece que se pierden, y han de comenzar de nuevo a tornarle a andar; así ha menester su Majestad darles mantenimiento, y no de agua, sino de vino, para que embriagados con este vino de Dios, no entiendan lo que pasan, y lo puedan sufrir. Y así pocos veo verdaderos contemplativos, que no los vea animosos, y determinados a padecer: que lo primero que hace el Señor, si son flacos, es ponerles ánimo, y hacerlos que no teman trabajos. Creo que piensan los de la vida activa, por un poquito que los ven regalados, que no hay más que aquellos: pues yo digo, que por ventura un día de los que pasan no los pudiédeses sufrir. Así, que el Señor como conoce a todos para lo que son, da a cada uno su oficio, el que más ve que conviene a su alma, y al mismo Señor, y al bien de los prójimos. Y como no quede por no haberos dispuesto, no hayáis miedo se pierda vuestro trabajo.

2. Mirad que digo, que todas lo procuremos, pues no estamos aquí a otra cosa, y no un año, ni dos solos, ni aun diez, porque no parezca que los dejamos de cobardes. Y es bien que el Señor vea, que no queda por nosotras, como los soldados, que aunque mucho hayan servido, siempre han de estar a punto, para que el capitán los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos, pues les ha de dar su sueldo muy bien pagado: y ¿cuán mejor pagado lo pagará nuestro Rey, que los de tierra? Pues como el capitán los ve presentes, y con gana de servir, y tiene ya entendido para lo que es cada uno, reparte los oficios como

ve las fuerzas, y si no estuviesen presentes, no les daría nada, ni mandaría en qué sirviesen.

3. Ansí, que hermanas oración mental, y quien ésta no pudiere, vocal, y lección, y coloquios con Dios, como después diré: no deje las horas de oración, que no sabe cuándo llamará el Esposo (no le acaezca como a las Vírgines locas) y la querrá dar más trabajo disfrazado con gusto, y si no se le diere, entiendan que no es para ello, y que le conviene lo otro. Y aquí entra el merecer con la humildad, creyendo con verdad, que aun para lo que hacen, no son. Andar alegres sirviendo en lo que les mandan, como he dicho; y si es de veras esta humildad, bienaventurada tal sierva de vida activa, que no murmurará sino de sí, deje a las otras con su guerra, que no es pequeña. Porque aunque en las batallas el alférez no pelea, no por eso deja de ir en gran peligro; y en lo interior debe de trabajar más que todos, porque como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos, no la ha de dejar de las manos: ansí los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad, y sufrir cuantos golpes les dieren, sin dar ninguno, porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, sin que muestren flaqueza en padecer, para eso les dan tan honroso oficio.

4. Miren lo que hacen, porque si el alférez deja la bandera, perderse ha la batalla: y ansí creo que se hace gran daño en los que no están tan adelante, si a los que tienen ya en cuenta de capitanes, y amigos de Dios, les ven no ser sus obras conforme al oficio que tienen. Los demás soldados vanse como pueden, y a las veces se apartan de donde ven el mayor peligro, y no los echa nadie de ver, ni pierden honra: estotros llevan todos los ojos en ellos, no se pueden bullir. Bueno es el oficio, y honra grande, y merced hace el rey a quien le da, mas no se obliga a poco en tomarle.

5. Ansí que hermanas más no nos entendemos, ni sabemos lo que pedimos, dejemos hacer al Señor, que nos conoce mejor que nosotras mismas; y la humildad es, contentarnos con lo que nos dan, que hay algunas personas que por justicia parece quieren pedir a Dios regalos. Donosa manera de humildad: por eso hace bien el Conocedor de todos, que pocas veces creo los da a éstos: ve claro, que no son para beber el cáliz suyo. Pues para entender hijas si estáis aprovechadas, será en si entendiere cada una es la más ruin de todas, y que se entienda en sus obras que lo conoce ansí, para aprovechamiento, y bien de las otras; y no en la que tiene más gustos en la oración, y arrobamientos, y visiones, y mercedes que le hace el Señor desta suerte, que hemos de aguardar al otro mundo, para ver su valor. Estotro es moneda que corre, es renta que no falta, son juros perpetuos, y no censo de al quitar (que estotro quítase, y pónese) una virtud grande de humildad, y mortificación, de gran obediencia en no ir un punto contra lo que manda el prelado, que sabéis verdaderamente que os lo manda Dios, pues está en su lugar.

6. En esto de obediencia es en lo que más había de decir, y por parecerme, que si no la hay, es no ser monjas, no digo nada dello, porque hablo con monjas (y a mi parecer buenas, al menos que lo desean ser) en cosa tan sabida, e importante, no más de una palabra porque no se olvide. Digo, que quien estuviere por voto debajo de obediencia, y faltare, no trayendo todo cuidado en cómo cumplirá con mayor perfección este voto, que no sé para qué está en el monasterio. Al menos yo la aseguro, que mientras aquí faltare, que nunca llega a ser contemplativa, ni aun buena activa. Esto tengo por muy cierto, y

aunque no sea persona que tiene a esto obligación, si quiere, o pretende llegar a contemplación, ha menester para ir muy acertada dejar su voluntad con toda determinación en un confesor que sea tal. Porque esto es ya cosa muy sabida, que aprovechan más desta suerte en un año, que sin esto en muchos: y porque para vosotras no es menester; no hay que hablar dello.

7. Concluyo con que estas virtudes son las que yo deseo que tengáis, hijas mías, y las que procuréis, y las que santamente envidiéis. Estotras devociones no curéis de tener pena por no tenerlas, es cosa incierta. Podrá ser que en otras personas sean de Dios, y en vos permitirá su Majestad sea ilusión del demonio, y que os engañe, como ha hecho a otras personas. En cosa dudosa ¿para qué queréis servir al Señor, teniendo tanto en qué seguro? ¿Quién os mete en esos peligros? Heme alargado en esto tanto, porque sé que conviene, que esta nuestra naturaleza es flaca, y a quien Dios quisiere dar la contemplación, su Majestad le hará fuerte. A los que no, heme holgado de dar estos avisos, por donde también se humillarán los contemplativos. El Señor por quien es nos dé luz para seguir en todo su voluntad, y no habrá de qué temer.

## CAPITULO XIX

*Que comienza a tratar de la oración, habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento*

1. Ha tantos días que escribí lo pasado, sin haber tenido lugar para tornar a ello, que si no lo tornase a leer, no sé lo que decía: por no ocupar tiempo habrá de ir como saliere, sin concierto. Para entendimientos concertados, y almas que están ejercitadas, y pueden estar consigo mismas hay tantos libros escritos, y tan buenos, y de personas tales, que sería yerro que hiciédes caso de mi dicho en cosa de oración. Pues como digo, tenéis libros tales, a donde van por días de la semana, repartidos los misterios de la vida del Señor, y de su Pasión, y meditaciones del Juicio, e infierno, y nuestra no nada; y lo mucho que debemos a Dios, con excelente doctrina, y concierto para principio, y fin de la oración.

2. Quien pudiere, y tuviere costumbre de llevar este modo de oración, no hay que decir, que por tan buen camino el Señor le sacará a puerto de luz, y con tan buenos principios el fin lo será. Y todos los que pudieren ir por él llevan descanso, y seguridad, porque atado el entendimiento vase con descanso: mas de lo que quería tratar, y dar algún remedio, si el Señor quisiese que acertase, y si no al menos que entendáis hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os fatiguéis las que le tuviédes.

3. Hay unas almas, y entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien los haga parar, ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego, es su misma naturaleza, o Dios que lo permite. Heles mucha lástima, porque me parece como unas personas que han mucha sed, y ven el agua de muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien los defienda el paso al principio, y medio, y fin. Acaece, que cuando ya con su trabajo, y con harto trabajo, han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer, y quieren más morir de sed, que beber agua, que tanto ha de costar. Acabóseles el esfuerzo, faltoles ánimo, y ya que algunos le tienen para vencer, también

los segundos enemigos, a los terceros se les acaba la fuerza, y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva, que dijo el Señor a la Samaritana, que quien la bebiere no terná sed. Y con cuánta razón, y verdad, como dicho de la boca de la misma verdad, que no la terná de cosa desta vida, aunque crece de las cosas de la otra muy mayor de lo que acá podemos imaginar por esta sed natural. Mas con qué sed se desea tener esta sed, porque entiende el alma su gran valor; y es sed penosísima que fatiga, trae consigo la misma satisfacción con que se mata aquella sed; de manera, que es una sed que no ahoga, sino a las cosas terrenas, antes da hartura, de manera, que cuando Dios la satisface, una de las mayores mercedes que puede hacer el alma, es dejarla con la misma necesidad, y mayor queda siempre de tornar a beber esta agua.

4. El agua tiene tres propiedades, que ahora se me acuerda que me hacen al caso, que muchas más terná. La una es, que enfría, que por calor que hayamos, en llegando al agua se quita: y si hay gran fuego, con ella se mata, salvo si no es de alquitrán, que se enciende más. ¡Oh válame Dios, qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso, y no sujeto a los elementos, pues éste con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer! Mucho valiera aquí poder hablar, quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello, y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender. De que Dios, hermanas, os traiga a beber este agua, y las que ahora bebéis, gustaréis desto, y entenderéis cómo el verdadero amor de Dios si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo; y como el agua procede de la tierra, no hayáis miedo que mate a este fuego de amor de Dios, no es de su jurisdicción, aunque son contrarios, es ya señor absoluto, no le está sujeto, y así no os espantéis hermanas de lo mucho que he puesto en este libro, para que procuréis esta libertad.

5. ¿No es linda cosa, que una pobre monja de san José pueda llegar a señorear toda la tierra, y elementos? Y ¿qué mucho que los santos hiciesen dellos lo que querían con el favor de Dios? A san Martín el fuego, y las aguas le obedecían; y a san Francisco las aves, y los peces; y así a otros muchos santos, que se veía claro ser tan señores de todas las cosas del mundo, por haber bien trabajado de tenerle en poco, y sujetándose de veras con todas sus fuerzas al Señor dél. Ansí que como digo, el agua que nace en la tierra, no tiene poder contra este fuego, sus llamas son muy altas, y su nacimiento no comienza en cosa tan baja. Otros fuegos hay de pequeño amor de Dios, que cualquier suceso los amatará, mas a éste no: aunque toda la mar de tentaciones venga, no le harán que deje de arder, de manera que no se enseñoree él dellas. Pues si es agua de la que llueve del cielo, muy menos le amatará, mas que esotra le aviva; no son contrarios, sino de una tierra, no hayáis miedo se hagan mal el un elemento al otro, antes ayuda el uno al otro a su efecto; porque el agua de las lágrimas verdaderas, que son las que proceden en verdadera oración, vienen dadas del Rey del cielo, que le ayuda a encender más, y a hacer que dure, y el fuego, ayuda al agua a enfriar.

6. ¡Oh válame Dios, qué cosa tan hermosa, y de tanta maravilla, que el fuego enfría, y aun hiela todas las afecciones del mundo cuando se junta con el agua viva del cielo, que es la fuente de donde proceden las lágrimas, que quedan dichas, que son dadas, y no adquiridas por nuestra industria! Ansí que a buen seguro, que no deja calor en ninguna

cosa del mundo, para que se detenga en ellas, si no es para si puede pegar este fuego, que es natural suyo, no se contentar con poco, sino que si pudiese abrasaría todo el mundo.

7. Es la otra propiedad limpiar cosas no limpias. Si no hubiese agua para lavar, ¿qué sería del mundo? ¿Sabéis qué tanto limpia esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que cae del cielo? Que de una vez que se beba, tengo por cierto que deja el alma clara, y limpia de todas las culpas. Porque como tengo escrito, no da Dios lugar a que beban desta agua (que no está en nuestro querer, por ser cosa muy sobrenatural esta divina unión) si no es para limpiarla, y dejarla limpia, y libre del lodo, y miseria en que por las culpas estaba metida: porque otros gustos que vienen por medianería del entendimiento, por mucho que hagan, traen el agua corriendo por la tierra, no la beben junto a la fuente, nunca falta en este camino cosas lodosas en que se detenga, y no va tan puro, ni tan limpio. No llamo yo esta oración (que como digo va discurriendo con el entendimiento) agua viva: conforme a mi entender, digo, que por mucho que queramos hacer, siempre se pega a nuestra alma (ayudada deste nuestro cuerpo, y bajo natural) algo de camino de lo que no querríamos.

8. Quiérome declarar más. Estamos pensando, qué es el mundo, y cómo se acaba todo para menospreciarlo, y casi sin entendernos nos hallamos metidos en cosas que amamos dél, y deseándolas huir, por lo menos nos estorba un poco pensar cómo fue, y cómo será, y qué hice, y qué haré. Y para pensar lo que hace al caso para librarnos, a las veces nos metemos de nuevo en el peligro. No porque esto se ha de dejar, mas hase de temer: es menester no ir descuidados. Acá lleva este cuidado el mesmo Señor, que no quiere fiarnos de nosotros: tiene en tanto nuestra alma, que no la deja meter en cosas que la puedan dañar, por aquel tiempo que quiere favorecerla, sino pónela de presto junto cabe sí, y muéstrale en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años. Porque no va libre la vista, ciéganos el polvo como vamos caminando: acá llévanos el Señor al fin de la jornada, sin entender cómo. La otra propiedad del agua es, que harta, y quita la sed: porque sed me parece a mí, quiere decir, deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta, nos mata. Extraña cosa es, que si nos falta, nos mata: y si nos sobra, nos acaba la vida, como se ve morir muchos ahogados.

9. ¡Oh Señor mío, y quién se viese tan engolfada en esta agua viva, que se le acabase la vida! Mas ¿no puede ser esto? Sí, que tanto puede crecer el amor, y el deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el sujeto natural, y así ha habido personas que han muerto. Yo sé de una, que si no la socorriera Dios presto, era esta agua viva tan en gran abundancia, que casi la sacaba de sí con arrobamientos. Digo, que casi la sacaban de sí, porque aquí descansa el alma. Parece que ahogada de no poder sufrir el mundo resucita en Dios, y su Majestad la habilita, para que pueda gozar lo que estando en sí no pudiera sin acabársele la vida. Entiéndase de aquí, que como en nuestro sumo Bien no puede haber cosa, que no sea cabal, todo lo que él da es para nuestro bien; y por mucha abundancia que haya desta agua, no hay sobra, que no puede haber demasía en cosa suya: porque si da mucho, hace, como he dicho, hábil al alma, para que sea capaz de beber mucho: como un vidriero que hace la vasija de la manera que ve que es menester, para que quepa lo que quiere echar en ella. En el desearlo, como es de nosotros, nunca va sin falta, si alguna cosa buena lleva, es lo que en él ayuda del Señor; mas somos tan indiscretos, que como es pena suave, y

gustosa, nunca nos pensamos hartar desta pena: comemos sin tasa, ayudamos como acá podemos a este deseo, y así algunas veces mata: dichosa tal muerte. Mas por ventura con la vida ayudará a otros para morir por deseo desta muerte. Y esto creo hace el demonio, porque entiende el daño que ha de hacer con vivir, y así tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud, y no le va poco en ello. Digo, que quien llegó a tener esta sed tan impetuosa, que se mire mucho, porque crea que terná esta tentación; y aunque no muera de sed, acabará la salud, y dará muestras exteriores, aunque no quiera, que se han de excusar por todas vías. Algunas veces aprovechará poco nuestra diligencia, que no podremos todo lo que se quiere encubrir: mas estemos con cuidado cuando vienen estos ímpetus tan grandes de crecimiento deste deseo, para no añadir en él, sino con suavidad cortar el hilo con otra consideración, que podrá ser que nuestra naturaleza a veces obre tanto como el amor; que hay personas, que cualquier cosa, aunque sea mala, desean con gran vehemencia. Éstas no creo serán las muy mortificadas, que para todo aprovecha la mortificación. Parece desatino, que cosa tan buena se ataje, pues no lo es, que yo no digo que se quite el deseo, sino que se ataje, y por ventura será con otro que se merezca tanto. Quiero decir algo, para darme mejor a entender. Da un gran deseo de verse ya con Dios, y desatado desta cárcel, como le tenía san Pablo, pena por tal causa, y que debe en sí ser muy gustosa: no será menester poca mortificación para atajarla, y del todo no podrá. Mas cuando viere que aprieta tanto, que casi va a quitar el juicio, como yo vi a una persona no ha mucho, y aunque de su natural impetuosa, pero tan amostrada a quebrantar su voluntad, que me parece lo ha ya perdido, porque se ve en otras cosas: digo que por un rato la vi como desatinada, de la gran pena, y fuerza que se hizo en disimularla, y que en caso tan excesivo, aunque fuese espíritu de Dios, tengo por humildad temer; porque no hemos de pensar que tenemos tanta caridad, que nos pone en tan gran aprieto. Digo, que no terné por malo, si puede (aunque por ventura todas veces no podrá) que mude el deseo, pensando que si vive servirá más a Dios, y podrá ser que dé a luz a algún alma que se había de perder, y que con servir más merecerá por donde pueda gozar más de Dios, y témase lo poco que ha servido: y éstos son buenos consuelos para tan gran trabajo, y aplacará su pena, y ganará mucho, pues por servir al mismo Señor se quiere acá pasar, y vivir con su pena. Es como si uno tuviese un gran trabajo, o grave dolor, consolarle con decir tenga paciencia, y se deje en las manos de Dios, y que cumpla en él su voluntad, que dejarnos en ellas, es lo más acertado en todo. Y que si el demonio ayudó en alguna manera a tan gran deseo, que sería posible, como cuenta, creo, Casiano de un ermitaño de asperísima vida, que le hizo entender, que se echase en un pozo, porque vería más presto a Dios. Yo bien creo que no debía haber vivido con humildad, ni bien; porque fiel es el Señor, y no consintiera su Majestad que se cegara en cosa tan manifiesta; mas está claro, que si el deseo fuera de Dios, no le hiciera mal. Trae consigo la luz, y la discreción, y la medida (esto es claro) sino que este adversario enemigo nuestro, por donde quiera que fuere procura dañar: y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotras. Éste es punto importante para muchas cosas, así para acortar el tiempo de la oración, por gustosa que sea, cuando se vienen a acabar las fuerzas corporales, o hacer daño a la cabeza: en todo es muy necesario discreción. ¿Para qué pensáis, hijas mías, que he pretendido declarar el fin, y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar a beber desta fuente celestial, y desta agua viva? Para que no os congojéis del trabajo, y contradicción que hay en el camino, y vais con ánimo, y no os canséis; porque como he dicho, podrá ser que después de

llegadas, que no os falte sino bajaros a beber en la fuente, lo dejéis todo, y perdáis este bien, pensando no tendréis fuerza para llegar a él, y que no sois para ello. Mirad que convida el Señor a todos, pues es la misma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos; y aunque nos llamara, no nos dijera: «Yo os daré de beber». Pudiera decir: «Venid todos, que en fin no perderéis nada, y a los que a mí me pareciere yo les daré de beber»: mas como dijo, sin esta condición, a todos, tengo por cierto, que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva. Denos el Señor, que la promete, gracia para buscarla como se ha de buscar, por quien su Majestad es.

## CAPITULO XX

*Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas desto sean sus pláticas siempre*

1. Parece que me contradigo en este capítulo pasado de lo que había dicho; porque cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije, que tenía el Señor diferentes caminos por donde iban a él, así como había muchas moradas. Así lo torno ahora a decir, porque como entendió su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es; mas no dijo, por este camino vengan unos, y por éste otros, antes fue tan grande su misericordia, que a nadie quitó que procurarse venir a esta fuente de vida a beber. ¡Bendito sea por siempre, y con cuánta razón me lo hubiera quitado a mí! Y pues no me mandó lo dejase cuando lo comencé, y hizo que me echasen en el profundo, a buen seguro que no lo quite a nadie, antes públicamente nos llama a voces: mas como es tan bueno no nos fuerza, antes da de muchas maneras a beber a los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed: porque desta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes, y otros pequeños, y algunas veces charquitos, para niños, que aquellos les basta, y más, sería espantarlos ver mucha agua; éstos son los que están en los principios. Así que hermanas, no hayáis miedo que muráis de sed. En este camino nunca falta agua de consolación, tan faltada que: no se puede sufrir: y pues esto es así, tomad mi consejo, y no os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes, hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa, sino a pelear. Y con ir siempre con esta determinación de antes morir, que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en esta vida, en la que es para siempre os dará con toda abundancia de beber, y sin temor que os ha de faltar. Plega al Señor no le faltemos nosotras. Amén. Ahora para comenzar este camino, que queda dicho, de manera que no se yerre desde el principio, tratemos un poco de cómo se ha de principiar esta jornada, porque es lo que más importa. Digo, que importa el todo para todo. No digo que quien no tuviere la determinación que aquí diré, deje de comenzar, porque el Señor le irá perfeccionando; y cuando no hiciese más de dar un paso, tiene en sí tanta virtud, que no haya miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien pagado. Es, digamos, como quien tiene una cuenta de perdones, que si la reza una vez, gana, y mientras más veces, más: mas si nunca llega a ella, sino que se la tiene en el arca, mejor fuera no tenerla. Así que aunque no vaya después por el mismo camino, lo poco que hubiere andado dél, le dará luz para que vaya bien por los otros; y si más anduviere, más. En fin, tenga por cierto no le hará daño el haberle comenzado para cosa ninguna, aunque le deje, porque el bien nunca hace mal. Por eso a todas las personas que os

trataren, hijas, habiendo disposición, y alguna amistad, procurad quitarles el miedo de comenzar tan gran bien. Y por amor de Dios os pido, que vuestro trato sea siempre ordenado a algún bien de aquel con quien habláredes, pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas: y esto habéis siempre de pedir al Señor. Mal parecería, hermanas, no lo procurar de todas maneras. Si queréis ser buen deudo, ésta es la verdadera amistad; si buena amiga, entended que no lo podéis ser sino por este camino. Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditación, y veréis claro el amor que somos obligados a tener a los prójimos. No es ya tiempo, hermanas, de juego de niños (que no parece otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas) ni haya en vosotras tal plática, que si me queréis, o no me queréis, ni con deudos, ni con nadie, si no fuere yendo fundadas en un gran fin, y provecho de aquel ánima: que puede acaecer, que para que os escuche vuestro deudo, o hermano, o persona semejante una verdad, y la admita, sea menester de disponerle con estas pláticas, y muestras de amor, que a la sensualidad siempre contentan, y acaecerá tener en más una buena palabra (que así la llaman) y disponer más que muchas de Dios, para que después éstas sepan bien; y así yendo con advertencia de aprovechar, no las quito, mas si no es para esto, ningún provecho pueden traer, y podrán hacer daño sin entenderlo vosotras. Ya saben que sois religiosas, y que vuestro trato es de oración, no se os ponga delante, no quiero que me tengan por buena, porque es provecho, o daño común el que en vos vieren, y es gran mal, que a las que tanta obligación tienen de no hablar, sino en Dios, como las monjas, les parezca bien la disimulación en este caso, si no fuese alguna vez para más bien. Éste es vuestro trato, y lenguaje: quien os quisiere tratar, depréndale, o si no guardaos de deprender vosotras el suyo, que será infierno. Si os tuvieren por groseras, poco va en ello; si por hipócritas, menos. Ganaréis de aquí, que no os verá sino quien se entendiere por esta lengua, porque no lleva camino uno que no sabe algarabía, gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje: y así, ni os cansarán, ni dañarán, que no sería poco daño comenzar a hablar nueva lengua, y todo el tiempo se os iría en eso. Y no podéis saber, como yo que lo he experimentado, el gran mal que es para el alma, que por saber la una, se olvide la otra, y es un perpetuo desasosiego, del que en todas maneras habéis de huir; porque lo que mucho conviene para este camino, que comenzamos a tratar, es paz, y sosiego en el alma. Si los que os trataren quisieren deprender vuestra lengua (ya que no es vuestro de enseñar) podéis decir las riquezas que se ganan en deprenderla, y desto no os canséis, sino con piedad, y amor, y oración, porque le aproveche, para que entendiendo la gran ganancia, vaya a buscar maestro que le enseñe; que no sería poca merced, que os hiciese el Señor despertar a alguna alma para este bien. Mas ¿qué de cosas se ofrecen en comenzando a tratar deste camino, aun a quien tan mal ha andado por él como yo? Plega al Señor os lo sepa, hermanas, decir mejor que lo he hecho. Amén.

## CAPITULO XXI

*Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone*

1. No os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por el gran tesoro, no es mucho que cueste mucho a nuestro parecer; tiempo verná que se entienda cuán nonada es

todo para tan gran precio. Ahora tornando a los que quieren ir por él, y no parar hasta el fin, que es llegar a beber desta agua viva, como han de comenzar, digo, que importa mucho, y el todo, una grande, y determinada determinación, de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, si quiera llegue allá, si quiere se muera en el camino, o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, si quiera se hunda el mundo: como muchas veces acaece con decirnos, hay peligros, fulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro que rezaba mucho cayó, hacen daño a la virtud, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadezas, basta el *Pater noster*, y *Ave María*. Esto es así lo digo hermanas, y como si basta: siempre es gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razón, que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca, y nuestra devoción tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones, ni eran menester otros libros. Y así me ha parecido ahora (pues, como digo, hablo con almas que no pueden recogerse en otros misterios, que les parece son artificios, y hay algunos ingenios tan ingeniosos, que nada les contenta) ir fundando por aquí unos principios, y medios, y fines de oración; aunque en cosas subidas no me deterné. Y no os podrán quitar libros, que si sois estudiosas, y teniendo humildad, no habéis menester otra cosa. Siempre yo he sido aficionada, y me han recogido más las palabras de los Evangelios, que libros muy concertados, en especial si no era el autor muy aprobado, no los había gana de leer. Allegada, pues, a este maestro de la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideración que os contente. No digo que diré declaración destas oraciones divinas, que no me atrevería, y hartas hay escritas; y que no las hubiera, fuera disbarate, sino consideración sobre las palabras del *Pater noster*; porque algunas veces con muchos libros, parece se nos pierde la devoción, en lo que tanto nos va tenerla. Que está claro, que el mesmo maestro cuando enseña una cosa, toma amor con el discípulo, y gusta de que le contente lo que le enseña, y le ayuda mucho a que lo deprenda, y así hará el Maestro celestial con nosotras; y por eso ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es, que quiera yo ir por un camino a donde hay tantos ladrones, sin peligros, y ganar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo, para que os lo dejen tomar en paz, sino que por un maravedí de interese se pornán a no dormir muchas noches, y a desasosegaros cuerpo, y alma. Pues cuando yéndole a ganar, o a robar (como dice el Señor que le ganan los esforzados) por camino real (y por camino seguro, por el que fue nuestro Rey, por el que fueron todos sus escogidos, y santos) os dicen hay tantos peligros, y os ponen tantos temores: los que van a su parecer a ganar este bien sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán? ¡Oh hijas mías, qué muchos más sin comparación, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano, y pierden del todo el agua, sin beber poca, ni mucha, ni de charco, ni de arroyo! Pues ya veis, sin gota desta agua, ¿cómo se pasará camino donde hay tantos con quien pelear? Está claro, que al mejor tiempo morirán de sed, porque queramos, que no, hijas mías, todos caminamos para este fuente, aunque de diferentes maneras; pues creedme vosotras, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración. Y no hablo ahora en que sea mental, o vocal para todos, para vosotras digo, que lo uno, y lo otro habéis menester. Éste es el oficio de los religiosos: quien os dijere, que esto es peligro, tenedle a él por el mesmo peligro, y huid dél, y no se os olvide, que por ventura habréis menester este consejo. Peligro será no tener humildad, y las otras virtudes: ¿mas camino de oración,

camino de peligro? Nunca Dios tal quiera, que el demonio parece ha inventado poner estos miedos, y así ha sido mañoso a hacer caer a algunos que tenían oración. Y miren tan gran ceguedad, que no miran el mundo de millares, como dicen, que han caído en herejía, y en grandes males sin tener oración, ni saber qué cosa era, y entre muchos destos, si el demonio por hacer mejor su negocio ha hecho caer a algunos bien contados que tenían oración, ha hecho poner tanto temor en las cosas de virtud a algunos. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden, porque huyen del bien, por librarse del mal. Nunca tan mala invención he visto, parece del demonio. ¡Oh Señor mío, tornad por vos! Mirad que entienden al revés vuestras palabras: no permitáis semejantes flaquezas en vuestros siervos. Hay un gran bien, que siempre veréis algunos que os ayuden, porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, a quien su Majestad ha dado luz del verdadero camino, que por estos temores le crece más el deseo de no parar. Entiende claro por dónde va a dar el golpe el demonio, y húrtales el cuerpo, y quíébrale la cabeza; más siente él esto, que cuantos placeres otros le hacen, le contentan. Cuando en un tiempo de alboroto, en una cizaña que ha puesto, que parece lleva a todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que les abra los ojos, y diga, que miren les ha puesto niebla en ellos el demonio para no ver el camino: ¡qué grandeza de Dios, que puede más a las veces un hombre solo, o dos, que digan verdad, que muchos juntos! Torna poco a poco a descubrir el camino, dales Dios ánimo. Si dicen que hay peligro en la oración, procura se entienda cuán buena es la oración, si no por palabras, por obras. Si dicen, que no es bien a menudo las comuniones, entonces las frecuenta más: así que como haya uno, o dos que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco a poco a ganar lo perdido. Así que hermanas, dejaos destos miedos, nunca hagáis caso de cosas semejantes de la opinión del vulgo; mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viéredes van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia, y menosprecio de todas las cosas del mundo, y creer firmemente lo que tiene la santa madre Iglesia, y a buen seguro que vais buen camino. Dejaos, como he dicho, de temores a donde no hay que temer. Si alguno os los pusiere, declaradle con humildad el camino, decid que tenéis regla, que os manda orar sin cesar, que así nos lo manda, y que la habéis de guardar. Si os dijeren que sea vocalmente, preguntad ¿qué si ha de estar el entendimiento, y corazón en lo que decís? Si os dijeren que sí (que no podrán decir otra cosa) veis a donde confiesan, que forzado habéis de tener oración mental, y aun contemplación, si os la diere Dios allí. Sea bendito para siempre.

## CAPITULO XXII

### *En que declara, qué es oración mental*

1. Sabed, hijas, que no está la falta para ser, o no ser oración mental, en tener cerrada la boca: si hablando estoy enteramente entendiendo, y viendo que hablo con Dios, con más advertencia que en las palabras que digo, junto está oración mental, y vocal. Salvo si no os dicen que estéis hablando con Dios rezando, el *Pater noster*, y pensando en el mundo, aquí callo; mas si habéis de estar, como es razón se esté hablando con tan gran Señor, es bien estéis mirando con quién habláis, y quién sois vos, si quiera para hablar con crianza. Porque, ¿cómo podéis hablar, y llamar al rey Alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar a un grande, si no entendéis bien qué estado tiene, y qué estado tenéis vos?

Porque conforme a esto se ha de hacer acatamiento, y conforme al uso; porque aun esto es menester también que sepáis, si no enviaros han para simple, y no negociaréis cosa. Pues ¿qué es esto Señor mío? ¿Qué es esto mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? Rey sois Dios mío sin fin, que no es reino prestado el que tenéis. Cuando en el Credo se dice, «vuestro reino no tiene fin», casi siempre me es particular regalo. Aláboos Señor, y bendígoos para siempre; en fin vuestro reino durará para siempre. Pues nunca vos Señor permitáis se tenga por bueno, que quien fuere a hablar con vos sea sólo con la boca. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Los que decís no es menester oración mental, entendéis os? Cierto que pienso que no os entendéis, y así queréis desatinemos todos, ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación, porque si lo supiédeses, no condenaríades por un cabo, lo que alabáis por otro. Yo he de poner siempre junta oración mental, con la vocal, cuando se me acordare, porque no os espanten hijas, que yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado algún trabajo en este caso; y ansí no querría que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo a algún caminante, que va errado, y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por dónde ha de ir, se cansa, y gasta el tiempo, y llega más tarde. ¿Quién puede decir que es mal, si comienza uno a rezar las Horas, o el rosario, que comience a pensar con quién va a hablar, y quién es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal, que vais a rezar, ocupéis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar a hablar a un príncipe con el descuido que a un labrador, o como a un pobre, como nosotras, que como quiera que nos hablen va bien. Razón es, que ya que por la humildad deste Rey, si como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oír, ni me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardas (porque saben bien los ángeles que están allí la condición de su Rey, que gusta más desta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera, más dijera, que de los muy sabios letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad) ansí, que no porque él sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos. Si quiera para agradecerle el mal olor que sufre en consentir cabe sí una como yo, es bien que procuremos conocer su limpieza, y quién es. Es verdad, que se entiende luego en llegando como con los señores de acá; con que nos digan quién fue su padre, y los cuentos que tiene de renta, y el dictado, no hay más que saber, porque acá no se hace cuenta de las personas, para hacerlas honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡Oh miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas mías, que habéis dejado cosa tan ruin, a donde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros, y vasallos; y si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerle honra. Cosa donosa es ésta, para que os holguéis, cuando hayáis todas de tomar alguna recreación, que éste es buen pasatiempo, entender cuán ciegameente pasan su tiempo los del mundo. ¡Oh Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría sin principio, sin fin, sin haber término en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprehender, un piélagos sin suelo de maravillas, una hermosura, que tiene en sí todas las hermosuras, la misma fortaleza! ¡Oh válame Dios, quién tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada) para este caso dar a entender alguna de las muchas cosas, que podemos considerar para conocer algo de quién es este Señor, y bien nuestro! Sí, llegaos a pensar, y entender

en llegando con quién vais a hablar o con quién estáis hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor, que los ángeles tiemblan delante dél, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar. Pues razón será, hijas mías, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. ¡Oh váleme Dios! Pues acá cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quién es, y qué tiene: nosotras ya desposadas, antes de las bodas, que nos ha de llevar a su casa, ¿no pensáramos en nuestro Esposo? Pues acá no quitan estos pensamientos a las que están desposadas, ¿por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre, y quién es su padre, y qué tierra es ésta a donde me ha de llevar, y qué bienes con los que promete darnos, qué condición tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer, y estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya? Pues si una mujer, ha de ser bien casada, no le avisan otra cosa, sino que procure esto, aunque sea hombre muy bajo su marido. Pues Esposo mío, ¿en todo han de hacer menos caso de vos, que de los hombres? Si a ellos no les parece bien esto, dejemos vuestras esposas, que han de hacer vida con vos. Es verdad, que es buena vida, si un esposo es tan celoso, que quiere no trate con nadie su esposa, linda cosa es, que no piense cómo le harán este placer, la razón que tiene de sufrirle no querer que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer. Ésta es oración mental, hijas mías, entender estas verdades. Si queréis ir entendiendo esto, y rezando vocalmente, muy enhorabuena, no me estéis hablando con Dios, y pensando en otras cosas, que esto hace no entender qué cosa es oración mental: creo va dado a entender, plega al Señor, lo sepamos obrar. Amén.

### CAPITULO XXIII

*Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con gran determinación*

1. Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinación, por tantas causas, que sería alargarme mucho si las dijese, solas dos, o tres os quiero, hermanas, decir. La una es, que no es razón que a quien tanto nos ha dado, y contino da, que una cosa que queremos determinar a darle, que es este cuidadito (no cierto sin interese, sino con tan grandes ganancias) no se le dar con toda determinación, sino como quien presta una cosa para tornarla a tomar. Esto no me parece a mí dar, antes siempre queda con algún disgusto, a quien han emprestado una cosa, cuando se la tornan a tomar; en especial si la ha menester, y la tenía ya como por suya. O que si son amigos, y a quien la prestó debe muchas dadas sin ningún interese, con razón le parecerá poquedad, y muy poco amor, que aun una cosa suya no quiere dejar en su poder, si quiera por señal de amor. ¿Qué esposa hay, que recibiendo muchas joyas de valor de su esposo, no le dé si quiera una sortija, no por lo que vale, que ya todo es suyo, sino por prenda que será suya hasta que muera? Pues ¿qué menos merece este Señor, para que burlemos dél, dando, y tomando una nonada que le damos? Sino que este poquito de tiempo que nos determinamos de darle, de cuanto gastamos con otros, y con quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, démosle libre el pensamiento, y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás se lo tornar a tomar, por trabajos que por ello nos vengán, ni por contradicciones, ni por sequedades; sino que ya como cosa no mía tenga aquel

tiempo, y piense me le pueden pedir por justicia, cuando del todo no se le quisiere dar. Llamo del todo, porque no se entiende, que dejarlo algún día, o algunos, por ocupaciones justas, o por cualquier indisposición, es tomársele ya. La intención esté firme, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias, ansí terná qué os agradecer, es dar algo. Lo demás, bueno es a quien no es franco, sino tan apretado, que no tiene corazón para dar, harto es que preste. En fin haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro; a todo hace como le queremos; para tomarnos cuenta, no es nada menudo, sino generoso; por grande que sea el alcance, tiene él en poco perdonarle, para pagarnos. Es tan mirado, que no hayáis miedo, que un alzar de ojos, con acordarnos dél, deje sin premio. Otra causa, es porque el demonio no tiene tanta mano para atentar; ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya él experiencia que le hacen gran daño, y quanto él ordena para dañarlas, viene en provecho dellas, y de otras, y que sale él con pérdida. Y ya que no hemos nosotros de estar descuidados, ni confiar en esto, porque lo habemos con gente traidora, y a los apercebidos no osa tanto acometer, porque es muy cobarde, y si viese descuido, haría gran daño; mas si conoce a uno por mudable, y que no está firme en el bien, y con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol, ni a sombra, miedos le porná, e inconvenientes, que nunca acabe. Yo lo sé esto muy bien por experiencia, y ansí lo he sabido decir, y digo, que no sabe nadie lo mucho que importa. La otra cosa que hace mucho al caso es, que pelea con más ánimo; ya sabe, que venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen, no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir después; pelea con más determinación, y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la vitoria, y que le va la vida en vencer. Es también necesario comenzar con seguridad, de que si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa: esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquen, saldrán muy ricos. No hayáis miedo que os deje morir de sed el Señor, que nos llama a que bebamos desta fuente. Esto queda ya dicho, y querríalo decir muchas veces, porque acobarda mucho a personas que aún no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque le conocen por fe. Mas es gran cosa haber experimentado con el amistad, y regalo que trata a los que van por este camino, y cómo casi les hace toda la costa. Y los que esto no han probado, no me maravillo que quieran seguridad de algún interese. Pues ya sabéis que es ciento por uno, aun en esta vida; y que dice el Señor: «Pedí, y daros han»: si no creéis a su Majestad en las partes de su Evangelio, que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza a decirlo. Todavía digo, a quien tuviere alguna duda, que poco se pierde en probarlo, que eso tiene bueno este viaje, que se da más de lo que se pide, ni acertaremos a desear. Esto es sin falta, yo lo sé, y a las de vosotras que lo sabéis por experiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

## CAPITULO XXIV

*Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección, y cuán junta anda con ella la mental*

1. Ahora, pues, tornemos a hablar con las almas que he dicho, que no se pueden recoger, ni atar los entendimientos en oración mental, ni tener consideración. No nombremos aquí estas dos cosas, pues no sois para ellas, que hay muchas personas en hecho de verdad,

que sólo el nombre de oración mental, o contemplación, parece que las atemoriza; y por si alguna viene a esta casa, que también, como he dicho, no van todos por un camino. Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y aun puedo decir enseñaros, porque como madre en el oficio de priora que tengo es lícito) es cómo habéis de rezar vocalmente, porque es razón entendáis lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios, puede ser que oraciones largas también la cansen, tampoco me quiero entrometer en ellas, sino en las que forzado habemos a rezar (pues somos cristianos) que es el *Pater noster*, y Ave María; porque no puedan decir por nosotras, que hablamos, y no nos entendemos. Salvo si nos parece basta irnos por la costumbre con sólo pronunciar las palabras, y que esto basta. Si basta, o no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán; lo que yo quería que hiciésemos nosotras, hijas, es, que no nos contentemos con sólo eso, porque cuando digo Credo, razón me parece será que entienda, y sepa lo que creo, y cuando Padre nuestro, amor será entender quién es este Padre nuestro, y quién es el maestro que nos enseñó esta oración. Si queréis decir que ya os lo sabéis, y que no hay para qué se os acuerde, no tenéis razón, que mucho va de maestro a maestro; pues aun de los que acá nos enseñan, es gran desgracia no nos acordar, en especial si son santos, y son maestros del alma, es imposible si somos buenos discípulos. Pues de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oración, y con tanto amor, y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera, que no nos acordemos dél muchas veces, cuando decimos la oración, aunque por ser flacos no sean todos. Pues cuanto a lo primero, ya sabéis que enseña su Majestad, que sea a solas, que así lo hacía él siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios, y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando, y escuchando por otra parte lo que están hablando, o pensar en lo que se le ofrece, sin más irse a la mano. Salvo si no es algunos tiempos, que o de malos humores (en especial si es persona que tiene melancolía) o flaqueza de cabeza, que aunque más lo procura, no puede, o permite Dios días de grandes tempestades en sus siervos, para más bien suyo; y aunque se afligen, y procuran quietarse, no pueden, ni están en lo que dicen, aunque más hagan, ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tiene frenesí, según anda desbaratado; y en la pena que da a quien lo tiene, verá que no es la culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso a quien por entonces no le tiene, que es su entendimiento, sino rece como pudiere, y aun no rece, sino como enferma procure dar alivio a su alma, y entienda en otra obra de virtud. Esto es ya para personas que traen cuidado de sí, y tienen entendido no han de hablar a Dios, y al mundo junto. Lo que podemos hacer nosotras es, procurar estar a solas, y plega a Dios que baste, como digo, para que entendamos con quién estamos, y lo que nos responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que se está callando, aunque no le oímos? Bien habla al corazón cuando le pedimos de corazón, y bien es que consideremos, qué somos cada una de nosotras, a quien enseñó esta oración, y que nos la está mostrando. Pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo, que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo que entendáis vosotras os conviene, para rezar bien el *Pater noster*; no os apartar de cabe el Maestro, que os lo mostró. Diréis, que ya esto es consideración, que no podéis, ni aun queréis sino rezar vocalmente; porque también hay personas mal sufridas, y amigas de no se dar pena, que como no lo tienen de costumbre, es la recoger el pensamiento al principio, y por no cansarse un poco, dicen que no pueden más, ni lo saben, sino rezar vocalmente. Tenéis razón en decir, que es oración mental, mas yo os digo cierto, que no sé cómo lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal, y entendiendo con

quién hablamos; y aun es obligación que procuremos rezar con advertencia, y aun plega a Dios que con estos remedios vaya bien rezado el *Pater noster*, y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, y el mejor remedio que hallo es, procurar tener el pensamiento en quien enderezo las palabras. Por esto tened paciencia, y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

## CAPITULO XXV

*En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales*

1. Y porque no penséis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfección, os digo, que es muy posible, que estando rezando el *Pater noster*, os ponga el Señor en contemplación perfecta, o rezando otra oración vocal, que por estas vías muestra su Majestad, que oye al que le habla, y le habla su grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede habla, si no es con mucha pena. Entiende, que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro divino, suspendiendo las potencias; porque entonces antes dañarían, que aprovecharían, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan: está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo ama: conoce que goza de lo que ama, y no sabe cómo lo goza: bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento a desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo; mas en pudiendo entender algo, ve que no es éste bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra: es don del Señor della, y del cielo, que en fin, da como quien es. Ésta, hijas, es contemplación perfecta, ahora entenderéis la diferencia que hay della a la oración mental, que es lo que queda dicho, pensar, y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto, y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido, y lo mucho que estamos obligados a servir, es oración mental. No penséis es otra algarabía, ni os espante el nombre, rezar el *Pater noster*, y Ave María, o lo que quisiéredes, es oración vocal; pues mirad qué mala música hará sin lo primero, aun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios: en la contemplación que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya, sobre nuestro natural. Como está dado a entender esto de contemplación muy largamente, y lo mejor que yo lo supe declarar en la relación de mi vida, que tengo dicho escribí, para que viesen mis confesores, que me lo mandaron, no lo digo aquí, ni hago más de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas, que el Señor os llegue a estado de contemplación, si le pudiédes haber, puntos tiene, y avisos que el Señor quiso que acertase a decir, que os consolarían mucho, y aprovecharían, a mi parecer, y al de algunos que le han visto, que le tienen para hacer caso dél (que vergüenza es deciros yo que hagáis caso del mío) y el Señor sabe la confusión con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea, que así me sufre. Las que, como digo, tuvieren oración sobrenatural, procúrenle después de yo muerta; las que no, no hay para qué, sino esforzarse a hacer lo que en éste va dicho, ganando por cuantas vías pudieren, y haciendo diligencia, para que el Señor se la dé, suplicándosele a él, y ayudándose ellas, y dejen al Señor, que es quien la ha de dar, y no os la negará, si no os quedáis en el camino, sino que os esforcéis hasta llegar a la fin.

## CAPITULO XXVI

*En que va declarando el modo para recoger el pensamiento: pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración*

1. Ahora, pues, tornemos a nuestra oración vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razón, la examinación de la conciencia, y decir la confesión, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero: luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo maestro que enseñó la oración que vais a rezar? Representad al mismo Señor junto con vos, y mirad con qué amor, y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre: ayudaros ha en todos vuestros trabajos: tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas! Las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbraos: mirad que sé yo que podéis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y eslo muy grande, mas sí, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad a pedirselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en más; no nos duela el tiempo en cosa que también se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse a ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penséis en él, ni que hagáis grandes, y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento, no os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podéis más, a este Señor? Pues podéis mirar cosas muy feas, ¿y no podéis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, ¿y es mucho, que quitados los ojos destas cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice a la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallaréis: tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya. Ansí como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre: mirad de qué sujeción os habéis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras: que él se hace sujeto, y quiere que seáis vos la señora, y andar él a vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad, y con qué hermosura, con qué majestad, qué vitorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla a donde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos. Pues ¿es mucho, que a quien tanto os da, volváis una vez los ojos a mirarle? Si estáis con trabajos, o triste, miradle camino del huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, la dice, y se queja della; y miradle atado a la columna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama; perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar; o

miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Miraros ha él con unos ojos tan hermosos, y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con él a consolar, y volváis la cabeza a mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mío! (le podéis vos decir, si os ha enternecido el corazón de verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene él en muy mucho) ¿tan necesitado estáis, Señor mío, y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante, que os habéis consolado conmigo? Pues ¿cómo, Señor es posible que os dejan sólo los ángeles, y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, e imitaros en algo: juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes, tengo de pasar. Tomad, hijas de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagáis caso de lo que os dijeren, haceos sordas a las murmuraciones, tropezando, y cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz, ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo a los que vos padecéis, por grandes que los queráis pintar, y por mucho que los queráis sentir, saldréis consolada dellos, porque veréis son cosa de burla, comparados a los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto; que si le viéades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciéades de buena gana, y le miráades siempre. No lo creáis, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí a este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado) muy menos se pusiera al pie de la cruz con la Madalena, que veía la muerte al ojo. Mas ¿qué debía pasar la gloriosa Virgen, y esta bendita Santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué descomedimientos? Pues con qué gente lo habían tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debía de ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentían el suyo. Así que, hermanas, no creáis fuérades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas: ejercitándoos en ellas podéis venir a otros mayores. Lo que podéis hacer para ayuda desto, procurar traer una imagen, y retrato deste Señor, que sea a vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará qué le decir. Como habláis con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis, al menos yo no os creeré si lo usáis, porque si no, si faltaran, que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo; porque deudo, y amistad se pierde con la falta de la comunicación. También es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos, y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta, que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma, y pensamiento a andar a su placer, o pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es así, y poco a poco, nunca haremos nada. Y tórnoos a certificar, que si con cuidado os acostumbráis a lo que he dicho, que sacaréis tan gran

ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas a deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien, y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

## CAPITULO XXVII

*En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del Pater noster, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje, las que de veras quieren ser hijas de Dios*

1. «Padre nuestro, que estás en los cielos». ¡Oh, Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seáis vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y hacéis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento, para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh con cuánta razón se entraría el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí misma a que le diese este santo Hijo a entender, qué cosa es el lugar a donde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Oh Hijo de Dios, y Señor mío! ¿Cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja, y miserable, cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos a él, como al hijo pródigo. Hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto, hacernos participantes, y herederos con vos. Mirad, Señor mío, que ya que vos con el amor que nos tenéis, y con vuestra humildad no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estáis en la tierra, y vestido della, pues tenéis nuestra naturaleza, parece tenéis alguna causa para mirar nuestro provecho) mas mirad que vuestro Padre está en el cielo, vos lo decís, es razón que miréis por su honra; ya que estáis vos ofrecido a ser deshonor por nosotros, dejad a vuestro Padre libre, no le obliguéis a tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar tan malas gracias. ¡Oh buen Jesús, qué claro habéis mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío, qué cosa es el amor que nos tenéis! Habéis andado rodeando, y encubriendo al demonio, que sois Hijo de Dios, y con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, no se os pone cosa delante, por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podía hacer, sino vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado como Hijo regalado, por vos, y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo, lo que vos decís en la tierra. Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. Pues ¿pareceos, hijas, que es buen maestro éste? ¿Para aficionamos a que

deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced? Pues ¿paréceos ahora que será razón, que aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo, que no procure saber quién es su padre, cuando le tiene bueno, y de tanta majestad, y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara; no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que si el padre es más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca, plega a Dios, haya acuerdo de cosa destas, sería infierno, sino que la que fuere más, tome menos a su padre en la boca, todas han de ser iguales. ¡Oh colegio de Cristo, que tenía más mando san Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que san Bartolomé, que era hijo de rey! Sabía su Majestad lo que había de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes, o para tapias. ¡Válame Dios, qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en su Majestad, que sí hará. Cuando algo desto en alguna hubiere, póngase luego remedio, y ella tema no estar Judas entre apóstoles: denla penitencias hasta que entienda, que aun tierra muy ruin no mereció ser. Buen padre os tenéis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro padre, para tratar dél. Y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con él, y echaros en sus brazos. Ya sabéis que no os echará de sí, si sois buenas hijas; pues ¿quién no procurará no perder tal Padre? ¡Oh válame Dios!, y que hay aquí en qué os consolar, que por no me alargar más lo quiero dejar a vuestros entendimientos, que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo, y tal Padre, de fuerza ha de estar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad, y os la ate con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese.

## CAPITULO XXVIII

*En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella*

1. Ahora mirad que dice vuestro Maestro: «Que estás en los cielos». ¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo, y a dónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo, que para entendimientos derramados, que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma. Ya sabéis que Dios está en todas partes, pues claro está, que a donde está el rey, está la corte; en fin, que a donde está Dios, es el cielo: sin duda lo podéis creer, que a donde está su Majestad, está toda la gloria. Pues mirad que dice san Agustín, que le buscaba en muchas partes, y que le vino a hallar dentro de sí mismo. Pensáis, ¿qué importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar a voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá, ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre; contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan es humildad. Sí, que no está la humildad, en que si el rey os hace una merced, no

la toméis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, ¿qué me tenga yo al Emperador del cielo, y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad, ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo? ¿Y que estándome diciendo, y rogando le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme?

2. No os curéis, hijas, destas humildades, sino tratad con él como padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo, a veces de una manera, a veces de otra, que él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedidle la palabra, que vuestro esposo es, que os trate como tal. Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro, y a darla oración de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo misma puede pensar en la Pasión, y representar allí al Hijo, y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al huerto, y a la columna.

3. Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, a donde está el que le hizo a él, y a la tierra, y se acostumbraren a no mirar, ni estar a donde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tárdanse más. Éstos están ya, como dicen, puestos en la mar; aunque del todo no han dejado la tierra, aquel rato hacen lo que pueden por librarse della, recogiendo sus sentidos.

4. Ansimesmo, si es verdadero el recogimiento, siéntese muy claro, porque acaece alguna operación (no sé cómo lo dé a entender, quien lo tuviere si entenderá) en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es las cosas del mundo. Álzase al mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dales de tal manera de mano, que sin entenderse se les cierran los ojos por no las ver, porque más se despierte la vista a los del alma. Ansí, quien va por este camino, casi siempre que reza, tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza a no mirar las de acá; esto al principio, que después no es menester, mayor se la hace, cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse, y esforzarse el alma a costa del cuerpo, y que le deja solo, y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él.

5. Y aunque al principio no se entienda esto, por no ser tanto, que hay más, y menos en este recogimiento, si se acostumbra (aunque al principio da trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que él mesmo se corta la cabeza en no darse por vencido) mas si se usa algunos días, y nos hacemos esta fuerza, verse ha claro la ganancia, y entenderán en comenzando a rezar, que se vienen las abejas a la colmena, y se entran en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro, porque ha querido el Señor, que por el tiempo que le han tenido, se haya merecido estar el alma, y voluntad

con este señorío, que en haciendo una seña no más, de que se quiere recoger, la obedezcan los sentidos, y se recojan a ella. Y aunque después tornen a salir, es gran cosa haberse ya rendido; porque salen como cautivos, y sujetos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer, y en tornando a llamar la voluntad, vienen con más presteza, hasta que a muchas entradas destas, quiere el Señor se queden ya del todo en contemplación perfecta.

6. Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque aunque parece oscuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Ansí que caminan por mar, y pues tanto nos va no ir tan despacio, hablemos un poco de cómo nos acostumbremos a tan buen modo de proceder. Están más seguros de muchas ocasiones: pégase más presto el fuego del amor divino, porque con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mesmo fuego, con una centellita que les toque se abrasará todo: como no hay embarazo de lo exterior, estase sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro, y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como a la verdad lo es, que es ansí, que no hay edificio de tanta hermosura como una alma limpia, y llena de virtudes; y mientras mayores, más resplandecen las piedras) y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

7. Parecerá esto al principio cosa impertinente (digo hacer esta ficción para darlo a entender) y podrá ser aproveche mucho, a vosotras en especial; porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad, que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras, que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos vacía en lo interior; y plega a Dios sean solas mujeres las que andan con este descuido, que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto a las cosas del mundo; porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. Pues ¿qué más hace una alimaña, que en viendo lo que le contenta a la vista, harta su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha de haber dellas a nosotras.

8. Reiranse de mí, por ventura, y dirán, que bien claro se está esto: y ternán razón, porque para mí fue oscuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma, mas lo que merecía esta alma, y quién estaba dentro della (porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida, para verlo) no lo entendía. Que a mi parecer, si como ahora entiendo, que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con él, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas ¡qué cosa de tanta admiración, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequeña! Ansí quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña, para tener en sí cosa tan grande, no se da a conocer, hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que es menester para lo que pone en ella. Por esto digo, que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinación, y le desembaracemos, para que pueda poner, y quitar como en cosa propia. Ésta es su condición, y tiene razón su Majestad, no se lo neguemos. Y como él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se

da a sí del todo, hasta que nos damos del todo a él (esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces) ni obra en el alma, como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé cómo ha de obrar: es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja, y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor con su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo. ¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo: «Que estás en los cielos»? Pues un tal Rey a osadas que no le dejen solo los cortesanos, sino que están con él rogándole por nosotros, para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penséis que es como acá, que si un señor, o prelado favorece a alguno, por algunos fines, o porque quiere, luego hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada, que le cuestan caros los favores.

## CAPITULO XXIX

*Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento: dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los prelados*

1. Por amor de Dios, hijas, no curéis de daros nada por estos favores, procure cada una hacer lo que debe, que si el prelado no se lo agradeciere, segura puede estar lo pagará, y agradecerá el Señor. Sí, que no venimos aquí a buscar premio en esta vida: siempre el pensamiento en lo que dura, y de lo de acá ningún caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable; que hoy está bien con la una, mañana si ve una virtud más en vos, estará mejor con vos, y si no, poco va en ello. No deis lugar a estos pensamientos, que a las veces comienzan por poco, y os pueden desasosegar mucho, sino atajadlos, con que no es acá vuestro reino, y cuán presto tiene todo fin. Mas aun esto es bajo remedio, y no mucha perfección; lo mejor es, que dure, y vos desfavorecida, y abatida, y lo queráis estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en vos, y miraos interiormente, como queda dicho, hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará: mientras menos consolación exterior tuviéredes, mucho más regalo os hará. Es muy piadoso, y a personas afligidas, y desfavorecidas, jamás falta, si confían en él sólo. Así lo dice David, que está el Señor con los afligidos. O creéis esto, o no; si lo creéis, ¿de qué os matáis?

2. ¡Oh Señor mío, que si de veras os conociésemos, no se nos daría nada de nada, porque dais mucho a los que de veras se quieren fiar de vos! Creed amigas, que es gran cosa entender, que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, cuando desvían algo el alma de andar dentro de sí. ¡Oh válame Dios, quién os hiciese entender esto! No yo por cierto, que sé que con deber yo más que ninguno, no acabo de entenderlo como se ha de entender.

3. Pues tornando a lo que decía, quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro acompañador santo de los santos, sin impedir a la soledad, que él, y su esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios, y cierra la puerta tras sí a todo lo del mundo. Digo que quiere; porque entended, que esto no es cosa sobrenatural del todo, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios, que sin esto no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sino encerramiento dellas en sí mismas. Vase ganando esto de muchas maneras, como está escrito en algunos

libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente a Dios; y aun en las mismas ocupaciones retirarnos a nosotros mismos, aunque sea por un momento solo. Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

4. Lo que pretendo, solo es que veamos, y estemos con quien hablamos, sin tenerle vueltas a las espaldas, que no me parece otra cosa estar hablando con Dios, y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino lejos, y cuán lejos si le vamos a buscar el cielo. ¡Pues rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle, estando tan cerca de nosotros! No parece nos oyen los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran, ¿y cerramos los ojos para no mirar, que nos miréis vos? ¿Cómo habemos de entender, si habéis oído lo que os decimos? Solo esto es lo que querría dar a entender, que para irnos acostumbrando con facilidad a ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla, y con quien habla, es menester recoger estos sentidos exteriores a nosotros mismos, y que les demos en qué se ocupar; pues ansí, que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando a gustar, de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará a sentir cómo está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque a poco tiempo que forcemos a nosotras mismas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, por señas; de manera, que si habíamos de decir muchas veces el *Pater noster*, se nos dará por entendido de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos más de una vez, como entendamos que estamos con él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros; no es amigo de que nos quebrems las cabezas, hablándole mucho. El Señor lo enseñe a las que no lo sabéis, y de mí os confieso, que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción, hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyo con que quien lo quisiere adquirir (pues como digo está en nuestra mano) que no se canse de acostumbrarse a lo que queda dicho, que es señorearse poco a poco de sí mismo, no se perdiendo en balde, sino ganarse a sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mismo: si oyere, acordarse ha que ha de oír a quien más cerca le habla. En fin, traer cuenta, que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo a su Padre, que está necesitada dél. Si pudiere muchas veces en el día, si no sea pocas, como lo acostumbrare saldrá con ganancia, o presto, o más tarde. Después que se lo dé el Señor, no lo trocaría por ningún tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes; y yo sé que si lo tenéis un año, y quizá en medio saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo, para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento, para si quisiere el Señor levantaros a grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega a su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amén.

## CAPITULO XXX

*Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata destas palabras del Pater noster: Santificetur nomen tuum. Aplícalas a oración de quietud, y comiéntala a declarar*

1. Ahora vengamos a entender cómo va delante nuestro buen Maestro, y comienza a pedir a su Padre santo para nosotros: y ¿qué le pide, qué es bien lo entendamos? ¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide a una persona grave, no lleva pensado cómo le ha de pedir para contentarle, y no serle desabrido, y qué le ha de pedir, y para qué ha menester lo que le ha de dar, en especial si pide cosa señalada, como nos enseña que pidamos nuestro buen Jesús? Cosa me parece para notar. ¿No pudiéades, Señor mío, concluir con una palabra, y decir: «Dadnos Padre lo que nos conviene», pues a quien tan bien lo entiende todo, parece que no era menester más? ¡Oh Sabiduría eterna! Para entre vos, y vuestro Padre esto bastaba, que así lo pedistes en el huerto: mostrastes vuestra voluntad, y temor mas dejastes os en la suya; mas a nosotros conoceisnos, Señor mío, que no estamos tan rendidos, como lo estábades vos a la voluntad de vuestro Padre, y que era menester pedir cosas señaladas, para que nos detuviésemos en mirar si nos estaba bien lo que pedimos, y si no, que no lo pidamos. Porque según somos, si no nos dan lo que queremos, con este libre albedrío que tenemos, no admitiremos lo que el Señor nos diere, porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca nos pensamos ver ricos.

2. ¡Oh válame Dios!, qué hace tener tan dormida la fe, para lo uno, y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto ternemos el castigo, ni cuán cierto el premio. Por eso es bien, hijas, que entendáis lo que pedís en el *Pater noster*, porque si el Padre Eterno os lo diere, no se lo tornéis a los ojos, y que penséis muy bien siempre qué pedís, si os está bien lo que pedís, y si no, no lo pidáis, sino pedí, que os dé su Majestad luz, porque estamos ciegos, y con hastío, para no poder comer los manjares que os han de dar vida, sino los que os han de llevar a la muerte; ¡y qué muerte tan peligrosa, y tan para siempre! Pues dice el buen Jesús, que digamos estas palabras, en que pedimos, que venga a nosotros un tal reino: «Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino».

3. Ahora mirad, hijas, qué sabiduría tan grande de nuestro Maestro: considero yo aquí, y es bien que entendamos, qué pedimos en este reino. Como vio su Majestad, que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre Eterno, conforme a lo poquito que podemos nosotros: de manera, que se hiciese como es razón, si no nos proveía su Majestad con darnos acá su reino: así lo puso el buen Jesús, lo uno cabe lo otro. Porque entendamos esto, hijas, que pedimos, y lo que nos importa importunar por ello, y hacer cuanto pudiéremos para contentar a quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo: si no os contentare, pensad vosotras otras consideraciones, que licencia nos dará nuestro Maestro, como en todo nos sujetemos a lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre: y aun esto no os daré a leer, hasta que lo vean personas que lo entiendan.

4. Ahora pues, el gran bien que me parece a mí hay en el reino del cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra, sino un sosiego, y gloria en sí mismos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mismos, que les viene de ver que todos santifican, y alaban al Señor, y bendicen su nombre, y no le ofende nadie. Todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa,

sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce; y así le amaríamos acá, aunque no en esta perfección, ni en un ser, mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos.

5. Parece que voy a decir, que hemos de ser ángeles, para pedir esta petición, y rezar bien vocalmente; bien lo quisiera nuestro divino Maestro, pues tan alta petición nos manda pedir, y a buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles; ¿y qué posible sería, con el favor de Dios, venir a esto un alma puesta en este destierro, aunque no en la perfección, que están salidas de esta cárcel, porque andamos en mar, y vamos este camino? Mas hay ratos, que de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias, y quietud del alma, que como por señas les da claro a entender a qué sabe lo que se da a los que el Señor lleva a su reino; y a los que se le da acá, como le pedimos, les da prendas, para que por ellas tengan gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que acá les da a sorbos.

6. Si no dijédeses que trato de contemplación, venía aquí bien en esta petición, hablar un poco de principio de pura contemplación, que los que la tienen la llaman oración de quietud: mas como digo que trato de oración vocal, parecerá que no viene lo uno con lo otro aquí. No lo sufriré, yo sé que viene: perdonadme que lo quiero decir, porque sé que muchas personas que rezan vocalmente, como ya queda dicho, los levanta Dios (sin entender ellas cómo) a subida contemplación, por eso pongo tanto, hijas, en que recéis bien las oraciones vocales.

7. Conozco una persona que nunca pudo tener sino oración vocal, y asida a ésta lo tenía todo; y si no rezaba, íbasele el entendimiento tan perdido, que no lo podía sufrir; mas tal tengamos todas la mental. En ciertos *Pater noster* que rezaba, a las veces que el Señor derramó sangre, se estaba, y en poco más, rezando dos, o tres horas. Vino una vez a mí muy congojada, que no sabía tener oración mental, ni podía contemplar, sino rezar vocalmente. Preguntele qué rezaba: y vi, que asida al *Pater noster*, tenía pura contemplación, y la levantaba el Señor a juntarla consigo en unión. Y bien se parecía en sus obras, porque gastaba muy bien su vida; y así alabé al Señor, y hube envidia a su oración vocal. Si esto es verdad, como lo es, no penséis los que sois enemigos de contemplativos, que estáis libres de serlo, si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar, teniendo limpia conciencia.

## CAPITULO XXXI

*Que prosigue en la misma materia: declara qué es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar*

1. Pues todavía, quiero, hijas, declarar cómo lo he oído platicar (o el Señor ha querido dármelo a entender, por ventura, para que os lo diga) esta oración de quietud, a donde a mí me parece comienza el Señor a dar a entender que oyó la petición, y comienza ya a darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos, y santifiquemos, y procuremos lo hagan todos, que es ya cosa sobrenatural, y que no la podemos adquirir nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su

presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeón, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma por una manera muy fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junto cabe su Dios, que con poquito más llegará a estar hecha una cosa con él por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo, ni del alma: tampoco no veía el justo Simeón más del glorioso Niño pobrecito, que en lo que llevaba envuelto, y la poca gente con él que iba en la procesión, más pudiera juzgarle por hijo de gente pobre, que por Hijo del Padre celestial; mas dióselo el mesmo Niño a entender, y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende, más de que se ve en el reino (al menos cabe el Rey que se le ha de dar) y parece que la mesma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir.

2. Es como un amortecimiento interior, y exteriormente, que no querría el hombre exterior (digo el cuerpo, porque mejor me entendáis) digo que no se querría bullir, sino como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa para poder mejor tornar a caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y grande satisfacción en el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta, no le parece hay más que desear; las potencias sosegadas, que no querrían bullirse, todo parece le estorba a amar. Aunque no están perdidas, porque pueden pensar en cabe quién están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cautiva; y si alguna pena puede tener estando así, es de ver, que ha de tornar a tener libertad. El entendimiento no querría entender más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más; aquí ven que esta sola es necesaria, y todas las demás la turban. El cuerpo no querrían se menease, porque les parece han de perder aquella paz, y así no se osan bullir. Dales pena el hablar; en decir «Padre nuestro» una vez, se les pasará una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cabe su Rey, y ven que les comienza ya a dar aquí su reino.

3. Aquí vienen unas lágrimas sin pesadumbre algunas veces, y con mucha suavidad. Parece no están en el mundo, ni le querrían ver, ni oír, sino a su Dios. No les da pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura, con la satisfacción, y deleite, que en sí tiene, están tan embebidas, y absortas, que no se acuerdan, que hay más que desear, sino que de buena gana dirían con san Pedro: «Señor, hagamos aquí tres moradas.»

4. Algunas veces en esta oración de quietud, hace Dios otra merced bien dificultosa de entender, si no hay gran experiencia; mas si hay alguna, luego lo entenderéis la que la tuviere, y daros ha mucha consolación saber qué es; y creo muchas veces hace Dios esta merced junto con estotra. Cuando es grande, y por mucho tiempo, esta quietud, paréceme a mí, que si la voluntad no estuviese asida a algo, que no podría durar tanto en aquella paz, porque acaece andar un día, o dos, que nos vemos con esta satisfacción, y no nos entendemos: digo los que la tienen. Y verdaderamente ven que no están enteros en lo que hacen, sino que les falta lo mejor, que es la voluntad, que a mi parecer está unida con Dios, y deja las otras potencias libres, para que entiendan en cosas de su servicio: y para esto tienen entonces mucha más habilidad; mas para tratar cosas del mundo, están torpes, y como embobados a veces. Es gran merced ésta a quien el Señor la hace, porque vida activa, y contemplativa es junta. De todo se sirve entonces el Señor; porque la voluntad estase en su obra, sin saber cómo obra, y en su contemplación, las otras dos potencias sirven en lo que Marta; así que ella, y María andan juntas.

5. Yo sé de una persona, que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntolo a un gran contemplativo, y dijo: que era muy posible, que a él le acaecía. Así que pienso, que pues el alma está tan satisfecha en esta oración de quietud, que lo más contino debe estar unida la potencia de la voluntad, con el que sólo puede satisfacerla. Paréceme que será bien dar aquí algunos avisos, para las que de vosotras, hermanas, el Señor ha llegado aquí por sola su bondad, que sé que son algunas.

6. El primero es, que como se ven en aquel contento, y no saben cómo les vino (al menos ven que no le pueden ellas por sí alcanzar) dales esta tentación, que les parece podrán detenerle, y aun resollar no querrían. Es bobería, que así como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos que deje de anochecer. No es ya obra nuestra, que es sobrenatural, y cosa muy sin poderla nosotros adquirir. Con lo que más deternemos esta merced, es con entender claro, que no podemos quitar, ni poner en ella, sino recibirla como indignísimos de merecerla, con hacimiento de gracias; y éstas no con muchas palabras, sino con un no alzar los ojos como el Publicano.

7. Bien es procurar más soledad, para dar lugar al Señor, y dejar a su Majestad que obre como en cosa suya, y cuanto más una palabra, de rato en rato, suave, como quien da un soplo en la vela cuando ve que se ha muerto, para tornarla a encender; mas si está ardiendo, no sirve más de matarla. A mi parecer digo, que sea suave el soplo, porque por concertar muchas palabras con el entendimiento, no ocupe la voluntad. Y notad mucho, amigas, este aviso que ahora quiero decir, porque os veréis muchas veces que no os podáis valer con esotras dos potencias. Que acaece estar el alma con grandísima quietud, y andar el entendimiento tan remontado, que no parece es en su casa aquello que pasa; y así lo parece entonces, que no está sino como en casa ajena por huésped, y buscando otras posadas a donde estar, que aquélla no le contenta, porque sabe poco, que cosa es estar en su ser. Por ventura es sólo el mío, y no deben ser así otros. Conmigo hablo, que algunas veces me deseo morir, de que no puedo remediar esta variedad del pensamiento; otras parece hace asiento en su casa, y acompaña a la voluntad, que cuando todas tres potencias se conciertan, es una gloria, como dos casados que se aman, y que el uno quiere lo que el otro; mas si uno es mal casado, ya se ve el desasosiego que da a su mujer.

8. Así que la voluntad cuando se ve en esta quietud, no haga caso del entendimiento, o pensamiento, o imaginación (que no sé lo que es) más que de un loco, por si le quiere traer consigo forzado, ha de ocupar, e inquietar algo; y en este punto de oración todo será trabajar, y no ganar más, sino perder lo que le da el Señor sin ningún trabajo suyo. Y advertid mucho a esta comparación que me puso el Señor estando en esta oración, y cuádrame mucho, y me parece lo da a entender. Está el alma como un niño, que aún mama, cuando está a los pechos de su madre, y ella sin que él paladee échale la leche en la boca para regalarle: así es acá, que sin trabajo del entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor, que sin pensar lo entienda que está con él, y que sólo trague la leche que su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que conozca le está el Señor haciendo aquella merced, y se goce de gozarla. Mas no quiera entender cómo la goza, y qué es lo que goza, sino descuídese entonces de sí, que sé quien está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque si va a pelear con el entendimiento, para darle parte, trayéndole consigo, no puede a todo, forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde aquel mantenimiento divino.

9. En esto se diferencia esta oración de cuando está toda el alma unida con Dios, porque entonces a un sólo este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí lo halla sin entender cómo le pone el Señor. Aquí parece que quiere trabaje un poquito el alma, aunque es con tanto descanso, que casi no se siente. Quien la atormenta es el entendimiento, o imaginación, lo que no hace cuando es unión de todas tres potencias, porque las suspende el que las crió; porque con el gozo que da, todas las ocupa sin saber ellas cómo, ni poderlo entender. Ansí, que como digo, en sintiendo en sí esta oración, que es un contento quieto, y grande de la voluntad, sin saberse determinar de qué es señaladamente, aunque bien se determina, que es diferentísimo de los contentos de acá, que no bastaría señorear el mundo con todos los contentos dél, para sentir en sí el alma aquella satisfacción, que es lo interior de la voluntad. Que otros contentos de la vida, paréceme a mí que los goza lo exterior de la voluntad, como la corteza della, digamos. Pues cuando se viere en este tan subido grado de oración (que es como he dicho, ya muy conocidamente sobrenatural) si el entendimiento, o pensamiento, por más me declarar, a los mayores desatinos del mundo se fuere, ríase dél, y déjele para necio, y estese en su quietud, que él irá, y verná, que aquí es señora, y poderosa la voluntad, ella se le traerá sin que os ocupéis. Y si quiere a fuerza de brazos traerle, pierde la fortaleza que tiene para contra él, que le viene de comer, y admitir aquel divino sustentamiento, y ni el uno, ni el otro ganarán nada, sino perderán entrambos.

10. Dicen, que quien mucho quiere apretar junto, lo pierde todo; ansí me parece será aquí. La experiencia dará esto a entender, que quien no la tuviere, no me espanto le parezca muy oscuro esto, y cosa no necesaria. Mas ya he dicho, que con poca que haya lo entenderá, y se podrá aprovechar dello, y alabarán al Señor, porque fue servido se acertase a decir aquí. Ahora pues concluyamos, con que puesta el alma en esta oración, ya parece le ha concedido el Padre Eterno su petición, de darle acá su reino.

11. ¡Oh dichosa demanda, que tanto bien en ella pedimos sin entenderlo! Dichosa manera de pedir. Por eso quiero, hermanas, que miremos cómo rezamos esta oración del *Pater noster*, y todas las demás vocales; porque hecha por Dios esta merced, descuidarnos hemos de las cosas del mundo, porque llegando el Señor dél todo lo echa fuera. No digo que todos los que la tuvieren, por fuerza estén desasidos del todo del mundo, al menos querría que entiendan lo que les falta, y se humillen, y procuren irse desasiendo del todo, porque si no, quedarse han aquí.

12. El alma a quien Dios le da tales prendas, es señal que la quiere para mucho, si no por su culpa irá muy adelante. Mas si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa, se torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga este favor, y breve espacio. Ya puede ser yo me engañe en esto, mas véolo, y sé que pasa ansí, y tengo para mí que por eso no hay muchos más espirituales, porque como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, ni tornan a aparejarse a recibirla, sino antes a sacar al Señor de las manos la voluntad, que ya tiene por suya, y ponerla en cosas bajas, vase a buscar a donde le quieran para dar más, aunque no del todo quita lo dado, cuando se vive con limpia conciencia.

13. Mas hay personas, y yo he sido una dellas, que está el Señor enterneciéndolas, y dándolas inspiraciones santas, y luz de lo que es todo, y en fin dándoles este reino, y poniéndolas en esta oración de quietud, y ellos haciéndose sordas; porque son tan amigas

de hablar, y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, como tienen ya por sí de decirlas cada día, que aunque como digo, les ponga el Señor su reino en las manos, no le admiten, sino que ellas con su rezar piensan que hacen mejor, y se divierten. Esto no hagáis, hermanas, sino estad sobre aviso, cuando el Señor os hiciere esta merced, mirad que perdéis un gran tesoro, y que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del *Pater noster*, que con decirle muchas veces apriesa. Está muy junto a quien pedís, no os dejará de oír, y creed que aquí es el verdadero alabar, y santificar de su nombre, porque ya como cosa de su casa glorificáis al Señor, y alabaisle con más afición, y deseo, y parece no podéis dejarle de conocer mejor, porque habéis gustado cuán grave es el Señor. Ansí, que en esto os aviso, que tengáis mucho aviso, porque importa muy mucho.

## CAPITULO XXXII

*Que trata destas palabras del Pater noster: Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra, y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo pagará el Señor*

1. Ahora que nuestro buen Maestro nos ha pedido, y enseñado a pedir cosa de tanto valor, que encierra en sí todas las cosas que acá podemos desear, y nos ha hecho tan gran merced, como hacernos hermanos suyos, veamos qué quiere que demos a su Padre, y qué le ofrece por nosotros, y qué es lo que nos pide, que razón es le sirvamos con algo tan grandes mercedes. ¡Oh buen Jesús! Que tan poco dais (poco de nuestra parte) ¿cómo pedís mucho para nosotros? Dejado que ello en sí es nonada, para donde tanto se debe, y para tan gran Señor; mas cierto, Señor mío, que no nos dejéis con nada, y que damos todo lo que podemos, si lo damos como lo decimos: digo sea hecha tu voluntad, como es hecha en el cielo, ansí se haga en la tierra.

2. Bien hicistes, nuestro buen Maestro, de pedir la petición pasada, para que podamos cumplir lo que dais por nosotros. Porque cierto, Señor, si ansí no fuera, imposible me parece: mas haciendo vuestro Padre lo que vos le pedís, de darnos acá su reino, yo sé que os sacaremos verdadero en dar lo que dais por nosotros. Porque hecha la tierra cielo, será posible hacer en mí vuestra voluntad; mas sin esto, y en tierra tan ruin como la mía, y tan sin fruto, yo no sé, Señor, cómo sería posible. Es gran cosa lo que ofrecéis. Cuando yo pienso esto, gusto de las personas, que no osan pedir trabajos al Señor, que piensan está en esto el dárselos luego: no hablo en los que lo dejan por humildad, pareciéndoles no serán para sufrirlos, aunque tengo para mí, que quien les da amor para pedir este medio tan áspero para mostrarle, le dará para sufrirlos. Querría preguntar a los que por temor de que luego se los han de dar no los piden, ¿lo que dicen cuando suplican al Señor, cumpla su voluntad en ellos? O es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo. Esto, hermanas, no sería bien; mirad que parece aquí el buen Jesús nuestro embajador, y que ha querido entreenir entre nosotros, y su Padre, y no a poca costa suya, y no sería razón, que lo que ofrece por nosotros dejásemos de hacerlo verdad, o no lo digamos. Ahora quiérollo llevar por otra vía. Mirad, hijas, ello se ha de cumplir, que queramos, que no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo, y en la tierra, tomad mi parecer, y creedme, y haced de la necesidad virtud.

3. ¡Oh Señor mío, qué gran regalo es éste para mí, que no dejádes en querer tan ruin como el mío, el cumplirse vuestra voluntad, o no! Buena estuviera yo, Señor, si estuviera en mi mano el cumplirse vuestra voluntad en el cielo, y en la tierra. Ahora la mía os doy libremente, aunque a tiempo que no va libre de interese; porque ya tengo probado, y gran experiencia dello, la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. ¡Oh amigas, qué gran ganancia hay aquí! ¡Oh qué gran pérdida de no cumplir lo que decimos al Señor en el *Pater noster* en esto que le ofrecemos!

4. Antes que os diga lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofrecéis, no os llaméis después a engaño, y digáis que no lo entendistes: no sea como algunas religiosas, que no hacemos sino prometer, y como no lo cumplimos, hay este reparo de decir, que no se entendió lo que se prometía. Ya puede ser, porque decir que dejaremos nuestra voluntad en otra, parece muy fácil, hasta que probando se entiende, que es la cosa más recia que se puede hacer; si se cumple, como se ha de cumplir, es fácil de hablar, y dificultoso de obrar; y si pensaron que no era más lo uno, que lo otro, no lo entendieron. Hacedlo entender a las que acá hicieren profesión, por larga prueba, no piensen que ha de haber solas palabras, sino obras también. Mas no todas veces nos llevan con rigor los preladados, de que nos ven flacos; y a las veces flacos, y fuertes llevan de una suerte: acá no es así, que sabe el Señor lo que puede sufrir cada uno, y a quien ve con fuerza, no se detiene en cumplir en él su voluntad.

5. Pues quiero os avisar, y acordar, qué es su voluntad; no hayáis miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que dais, y quiere os lo pagar bien, pues os da su reino, aun viviendo. ¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto: como fue dicho con determinación, y de toda voluntad, mirad si la cumplió bien en él, en lo que le dio de trabajos, dolores, injurias, y persecuciones: en fin hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz. Pues veis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dio, por dónde se entiende cuál es su voluntad. Así que éstos son sus dones en este mundo. Va conforme al amor que nos tiene. A los que ama más da estos dones; mas a los que menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno, y el amor que tiene a su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por él; al que amare poco, dará poco. Tengo yo para mí, que la medida de poder llevar gran cruz, o pequeña, es la del amor.

6. Así que hermanas, si le tenéis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que su Majestad quisiere. Porque si de otra manera dais voluntad, es mostrar la joya, e ir a dar, y rogar que la tomen; y cuando extienden la mano para tomarla, tornáosla vos a guardar muy bien. No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por nosotros; aunque no hubiera otra cosa, no es razón que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el *Pater noster*. Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas acometemos a dársela. Es verdad, que no nos da primero para que se la demos. Los del mundo hartos harán si tienen de verdad determinación de cumplirlo: vosotras, hijas, diciendo, y haciendo, palabras, y obras, como a la verdad parece hacemos los religiosos. Sino que a las veces, no sólo acometemos a dar la joya, sino ponémosla en la mano, y tornámosela a tomar. Somos tan francos de presto, y después tan escasos, que valiera en parte más que nos hubiéramos

detenido en el dar. Porque todo lo que os he avisado en este libro, va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador, y poner nuestra voluntad en la suya, y desasirnos de las criaturas, y ternéis ya entendido lo mucho que importa, no digo más en ello; sino diré para lo que pone aquí nuestro buen Maestro estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su Eterno Padre, porque nos disponemos cumpliéndolas, para que con mucha brevedad nos veamos acabado de andar el camino, y bebiendo del agua viva de la fuente que queda dicha.

7. Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja de beber desta agua. Esto es contemplación perfecta, lo que dijistes os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester más, porque todo lo demás estorba, e impide, sino decir: *Fiat voluntas tua*; cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad, de todos los modos, y maneras que vos Señor mío quisiéredes: si queréis con trabajos, dadme esfuerzo, y vengan: si con persecuciones, y enfermedades, y deshonras, y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, sino que me hagáis vos merced de darme vuestro reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me le pidió: disponed en mí como en cosa vuestra conforme a vuestra voluntad.

8. ¡Oh hermanas mías, qué fuerza tiene este don! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos en sí, y hacer una unión del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas, y si tenéis buen Maestro, que como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, enséñanos cómo, y con qué le hemos de servir. Y mientras más determinación tiene el alma, y más se va entendiendo por las obras, que no son palabras de cumplimiento, más nos llega el Señor a sí, y nos levanta de todas las cosas de acá, y de nosotros mismos, para habilitarnos a recibir grandes mercedes. Que no acaba de pagar en esta vida este servicio, en tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué pedirnos, y su Majestad nunca se cansa de dar, porque no contento con tener hecha esta tal alma una cosa consigo, por haberla ya unido a sí mismo, comienza a regalarse con ella, y a descubrirle secretos, y a holgarse de que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada (esto es arrobamiento) y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su voluntad, mas dale la suya con ella; porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que manden a veces, como dicen, y cumplir él lo que ella le pide, como ella hace lo que él manda, y mucho mejor; porque es poderoso, y puede cuanto quiere, y no deja de querer. La pobre alma, aunque quiera, no puede lo que querría, ni puede nada sin que se lo den; y ésta es su mayor riqueza, quedar mientras más sirve, más adeudada, y muchas veces fatigada de verse sujeta a tantos inconvenientes, y embarazos, y ataduras, como trae el estar en la cárcel de este cuerpo, porque querría pagar algo de lo que debe. Y es harto boba en fatigarse, porque aunque haga lo que es en sí, ¿qué podemos pagar los que, como digo, no tenemos qué dar, si no lo recibimos? Sino conocernos, y esto que podemos con su favor, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente. Todo lo demás para el alma que el Señor ha llegado aquí, la embaraza, y hace daño, y no provecho.

9. Miren qué digo, para el alma que ha querido el Señor juntarla consigo por unión, y contemplación perfecta; que aquí sola humildad es la que puede algo, y ésta no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad, que comprende en un momento, lo que en mucho tiempo no pudiera alcanzar trabajando la imaginación, de lo muy nada que somos, y lo muy mucho que es Dios. Doy os un aviso, que no penséis por fuerza vuestra, ni diligencia allegar aquí, que es por demás, antes si teníades devoción, quedaréis frías, sino con simplicidad, y humildad, que es la que lo acaba todo, decir: *Fiat voluntas tua*.

### CAPITULO XXXIII

*En que trata la gran necesidad que tenemos, de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del Pater noster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*

1. Pues entendiendo, como he dicho, el buen Jesús cuán dificultosa cosa era ésta que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza, que muchas veces nos hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos, y él tan piadoso, vio que era menester remedio, y ansí pídenos al Padre Eterno este pan soberano. Porque dejar de dar lo dado, vio que en ninguna manera nos convenía, porque está en ello toda nuestra ganancia; pues cumplirlo sin este favor, vio ser dificultoso. Porque decir a un regalado, y rico, que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato, para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender esto, sino a su propósito. Pues decir a un murmurador, que es la voluntad de Dios, querer tanto para su prójimo como para sí, no le puede poner a paciencia, ni bastar razón para que lo entienda. Pues decir a un religioso, que está mostrado a libertad, y regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras, con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado, y prometido, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo, que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante; y que ha prometido pobreza, y que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay remedio aun ahora de quererlo algunos, ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que usó? No hubiera sino muy poquitos, que cumplieran esta palabra, que por nosotros dijo al Padre: *Fiat voluntas tua*.

2. Pues viendo el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable a donde nos mostró el extremo de amor que nos tiene; y en su nombre, y en el de sus hermanos dio esta petición: *El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor*. Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello; y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir. Paréceme ahora a mí (debajo de otro mejor parecer) que visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros, y cómo nos importa tanto darlo, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales, y tan inclinados a cosas bajas, y de tan poco amor, y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez sino cada día, que aquí se debió determinar de quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave, y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del Eterno Padre; porque aunque son una mesma cosa, y sabía que lo que él hiciese en la tierra, lo haría Dios en el cielo, y lo tenía por bueno, pues su voluntad, y la de su Padre era una, todavía era tanta la humildad del

buen Jesús, en cuanto hombre, que quiso como pedir licencia, aunque ya sabía era amado del Padre, y que se deleitaba en él. Bien entendió que pedíamos en esto, que pidió en lo demás; porque ya sabía la muerte que le habían de dar, y las deshonras, y afrentas que había de padecer.

3. Pues ¿qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentir que se quedara entre nosotros a padecer nuevas injurias? Por cierto ninguno, Señor, sino el vuestro: bien sabéis a quién pedís. ¡Oh váleme Dios, qué gran amor del Hijo, y qué gran amor del Padre! Aun no me espanto tanto del buen Jesús, porque como había ya dicho, *Fiat voluntas tua*, habíalo de cumplir como quien es. Sé que no es como nosotros, pues como sabe la cumplía con amarnos como a sí mismo, así andaba a buscar a cómo cumplir con mayor cumplimiento, aunque fuese a su costa este mandamiento. Mas vos Padre Eterno, ¿cómo lo consentistes? ¿Por qué queréis cada día ver en tan ruines manos a vuestro Hijo, ya que una vez quisistes lo estuviese, y lo consentistes? Ya veis cómo le pararon, ¿cómo puede vuestra piedad cada día verle hacer injurias? ¡Y cuántas le deben hoy hacer a este santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué desacato destos herejes!

4. ¡Oh Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo la consentís? No miréis su amor, que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Vuestro es mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante, ¿por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa? ¿Por qué calla a todo, y no sabe hablar por sí, sino por nosotros? Pues, ¿no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo cómo en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero, y pide que nos deis este pan cada día, y torna a decir: *Dáenoslo hoy, Señor*. Es como decirle, que ya una vez nos le dio, que no nos le torne a quitar, hasta que se acabe el mundo, que le deje servir cada día. Esto os enternezca el corazón, hijas mías, hijas mías, para amar a vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga lo que es, y que el buen Jesús parece se honra dello.

5. ¡Oh Padre eterno!, ¿qué mucho merece esta humildad, con qué tesoro compramos a vuestro Hijo? Venderlo, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Y como se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza. Y como Señor de su voluntad lo acuerda a su Padre, que pues es suya, que nos la puede dar; y así dice: *Pan nuestro*, no hace diferencia de sí a nosotros, mas hácenos a nosotros unos consigo, para que juntando cada día su Majestad nuestra oración con la suya, alcance la nuestra delante de Dios lo que pidiéremos.

#### CAPITULO XXXIV

*Prosigue en la misma materia: es muy bueno para después de haber recibido el santísimo Sacramento*

1. Pues en esta petición de cada día, parece que es para siempre. He estado yo pensando, porqué después de haber dicho el Señor *cada día*, tornó a decir: *Dáenoslo hoy*. Quiero os decir mi bobería; si lo fuere quédese por tal, que harto lo es meterme yo en esto. Cada día

me parece a mí, porque acá le poseemos en la tierra, y le poseeremos también en el cielo, si nos aprovechamos bien de su compañía. Pues no se quedó para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos, y animarnos, y sustentarnos a hacer esta voluntad, que hemos dicho se cumpla en nosotros.

2. El decir *hoy*, me parece es para un día, que es mientras durare el mundo, y no más; y bien un día para los desventurados que se condenan, que no lo gozarán en la otra. No es a culpa del Señor, si se dejan vencer, que él no los deja de animar hasta el fin de la batalla: no ternán con qué disculparse, ni de qué quejarse del Padre Eterno, porque se le tomó al mejor tiempo. Y así le dice su Hijo; que pues no es más de un día, se le deje ya pasar entre los suyos, y puesto a los desacatos de algunos malos, que pues su Majestad ya nos le dio, y envió al mundo por sola su voluntad, y bondad, que él quiere ahora por la suya no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos, y pena de sus enemigos; que no pide más de *hoy* ahora nuevamente, que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre cierto lo tenemos. Su Majestad nos le dio, como he dicho, este mantenimiento, y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el santísimo Sacramento sabor, y consolación. No hay necesidad, ni trabajo, ni persecución, que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos.

3. Pedid vosotras hijas con este Señor al Padre, que os deje hoy a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin él, que baste para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan, y vino, que es harto tormento, para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo; mas suplicadle, que no os falte, y os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan no tengáis cuidado las que de muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios: digo que en estos tiempos de oración, que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros, para que trabajéis, y ganéis de comer, mas no con el cuidado. No curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo, sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma: dejad ese cuidado, como largamente queda dicho, a vuestro Esposo, que él le terná siempre. No hayáis miedo que os falte, si no faltáis vosotras en lo que habéis dicho, de dejaros en la voluntad de Dios. Y por cierto, hijas, de mí os digo, que si deso faltase ahora con malicia, como otras veces lo he hecho muchas, que yo no le suplicase me diese pan, ni otra cosa de comer, déjeme morir de hambre. ¿Para qué quiero vida, si con ella voy ganando cada día más muerte eternal? Ansí, que si de veras os dais a Dios, como lo decía, él terná cuidado de vos.

4. Es como cuando entra un criado a servir, que él tiene cuenta con contentar a su señor en todo, mas el señor está obligado a dar de comer al siervo, mientras está en su casa, y le sirve; salvo si no es tan pobre, que no tiene para sí, ni para él. Acá cesa esto, siempre es, y será rico, y poderoso. Pues ¿sería bien andar el criado pidiendo de comer cada día, pues sabe que tiene cuidado su amo de dárselo, y le ha de tener? Con razón le dirá, que se ocupe él en servirle, y en cómo le contentar, que por andar ocupado el cuidado en lo que no le ha de tener, no hace cosa a derechas. Ansí que hermanas tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan, nosotras pidamos al Padre Eterno, merezcamos pedir el nuestro pan celestial. De manera, que ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle,

por estar tan encubierto, se descubra a los del alma, y se le dé a conocer; que es otro mantenimiento de contentos, y regalos, y que sustenta la vida.

5. ¿Pensáis que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con graves dolores, como con la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos, que no se podían fingir, a mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo pan, en los que dignamente le reciben, son muy notorias, no digo muchas, que pudiera decir desta persona que he dicho, que lo podía yo saber, y sé que no es mentira. Mas a ésta habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir, que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se les daba?

6. Mas sé desta persona, que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más, ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe, para (como creía verdaderamente que entraba este Señor en su pobre posada) desocuparse de todas las cosas exteriores cuanto le era posible, y entrarse con él. Procuraba recoger los sentidos, para que todos entendiesen tan gran bien: digo no embarazasen al alma para conocerle. Considerábase a sus pies, y lloraba con la Madalena, ni más, ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo; y aunque no sintiese devoción, la fe la decía que estaba bien allí, y estábanse allí hablando con él. Porque si no nos queremos hacer bobas, y cegar el entendimiento, no hay que dudar, que esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos al Señor en la cruz, o en otros pasos de la Pasión que le representamos como pasó. Esto pasa ahora, y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos, sino que pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, está con nosotros el buen Jesús, que nos perdamos tan buena sazón, y que nos lleguemos a él.

7. Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje. Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado, o cuando andaba por el mundo. No habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él, porque en ver esta verdad eterna, se vería ser mentira, y burlas todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca dél? Debajo de aquellos accidentes de pan está tratable, porque si el rey se disfraza, no parece que se nos da nada de conversar sin tantos miramientos, y respetos; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó. ¿Quién osaría llegar con tanta tibieza, tan indignamente, con tantas imperfecciones? Como no sabemos lo que pedimos, y como lo miró mejor su sabiduría: porque a los que ve que se han de aprovechar, él se les descubre, que aunque no le vean con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma, por grandes sentimientos interiores, y por diferentes vías.

8. Estaos vos de buena gana con él, no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado. Mirad, que este es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús, que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder, si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa: procurad dejar el alma con el Señor, que si luego lleváis el pensamiento a otra parte, y no hacéis caso, ni tenéis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Este pues es buen tiempo, para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oyamos, y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habéis de pedir, mirando una imagen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la misma persona, por mirar el dibujo. ¿No lo sería, si tuviésemos mucho un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese a ver, dejar de hablar con ella, y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabéis para cuándo es muy bueno, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la misma persona, y quiere darnos a entender que lo está, con muchas sequedades, es gran regalo ver una imagen de quien con tanta razón amamos; a cada cabo que volviere los ojos la querría ver. ¿En qué mejor cosa, ni más gustosa a la vista la podemos emplear, que en quien tanto nos ama, y en quien tiene en sí todos los bienes? ¡Desventurados destos herejes, que han perdido por su culpa esta consolación con otros!

9. Mas acabado de recibir al Señor, pues tenéis la mesma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo, y abrir los del alma, y miraros el corazón, que yo os digo (y otra vez lo digo, y muchas lo querría decir) que si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgáredes, procurando tener tal conciencia, que os sea lícito gozar a menudo deste bien, que no viene tan disfrazado, que como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer, conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo: mas si no hacemos caso dél, sino que en recibéndole nos vamos de con él, a buscar otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hanos de traer por fuerza a que le veamos, que se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien, cuando se dejó ver a todos al descubierto, y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y ansí, harta misericordia nos hace a todos, que quiere su Majestad entendamos, que es él el que está en el santísimo Sacramento; mas que le vean descubiertamente, y comunicar sus grandezas, y dar de sus tesoros no quiere, sino a los que entiende, que mucho le desean, porque éstos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo, que quien no lo fuere, y no llegare a recibirle como tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune, porque se le dé a conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que manda la Iglesia, cuando se va de su casa, y procura echarle de sí. Ansí que este tal con otros negocios, y ocupaciones, y embarazos del mundo, parece que lo más presto que puede se da priesa a que no le ocupe la casa el Señor.

## CAPITULO XXXV

*Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno*

1. Heme alargado tanto en esto, aunque había hablado en la oración del recogimiento de lo mucho que importa este entrarnos a solas con Dios, por ser cosa importante; y cuando no comulgáredes hijas, y oyéredes misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de

grandísimo provecho, y hacer lo mismo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime así el amor deste Señor: porque aparejándonos a recibir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos, es como llegarnos al fuego, que aunque le haya muy grande, si estáis desviadas, y escondéis las manos, mal os podéis calentar, aunque todavía da más calor, que no estar a donde no haya fuego. Mas otra cosa es querer llegar a él, que si el alma está dispuesta (digo que esté con deseo de perder el frío) y se está allí un rato, para muchas horas queda con calor, y una centellica que falte la abrasa toda. Y vanos tanto, hijas, en disponernos para esto, que no os espantéis lo diga muchas veces.

2. Pues mirad, hermanas, que si a los principios no os halláredes bien, no se os dé nada, que podrá ser que os ponga el demonio apretamiento de corazón, y congoja, porque sabe el daño grande que le viene de aquí. Haraos entender que hay más devoción en otras cosas que aquí. Creedme, no dejéis este modo, aquí probará el Señor lo que queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen, y le sigan en los trabajos, pasemos por él algo, que su Majestad os lo pagará. Y acordaos también, qué de personas habrá, que no sólo quieren no estar con él, sino que con descomedimiento le echan de sí. Pues algo hemos de pasar, para que entienda que le tenemos deseo de ver. Y pues todo lo sufre, y sufrirá por hallar sola un alma que le reciba, y tenga en sí con amor, sea ésta la vuestra; porque a no haber ninguna, con razón no le consintiera quedar el Padre Eterno con nosotros, sino que es tan amigo de amigos, y tan señor de sus siervos, que como ve la voluntad de su buen Hijo, no le quiere estorbar obra tan excelente, y a donde tan cumplidamente muestra el amor.

3. Pues Padre santo, que estás en los cielos, ya que lo queréis, y aceptáis (y claro está no habíades de negar cosa que tan bien nos está a nosotros) alguien ha de haber, como dije al principio, que hable por vuestro Hijo. Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento siendo las que somos, mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas a esta obediencia en nombre del buen Jesús, supliquemos a su Majestad, que pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa, haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, quiera su piedad, y se sirva de poner remedio, para que no sea tan mal tratado; y que pues su santo Hijo puso tan buen medio, para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don, para que no vayan adelante tan grandísimo mal, y desacatos como se hacen en los lugares a donde estaba este santísimo Sacramento, entre estos luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, los Sacramentos quitados. Pues ¿qué es esto mi Señor, y mi Dios? O dad fin al mundo, o poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos Padre Eterno, que no lo sufráis ya vos: atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis.

4. Mirad, que aún está en el mundo vuestro Hijo, por su acatamiento cesen cosas tan feas, y abominables, y sucias, y por su hermosura, y limpieza, que no merece estar en casa a donde hay cosas semejantes. No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo, pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir. Pues él alcanzó de vos, que por este día de hoy; que es lo que durare el mundo le dejádeses acá, y porque se acabaría todo, ¿qué sería de nosotros? Que si algo os aplaca,

es tener acá tal prenda: pues algún medio ha de haber, Señor mío, póngale vuestra Majestad.

5. ¡Oh mi Dios, quién pudiera importunaros mucho, y haberos servido mucho, para poderos pedir tan gran merced, en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga! Mas no lo he hecho, Señor, antes por ventura soy la que os he enojado de manera, que por mis pecados vengan tantos males. Pues ¿qué he de hacer, Criador mío, sino presentaros este pan sacratísimo, y aunque nos le distes, tornárosle a dar, y suplicaros por los méritos de vuestro Hijo me hagáis esta merced; pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya Señor, ya. Haced que sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos.

## CAPITULO XXXVI

*Trata destas palabras: Dimitte nobis debita nostra*

1. Pues viendo nuestro buen Maestro, que con este manjar celestial todo nos es fácil, si no es por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre, de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora, que nos perdone nuestras deudas, pues perdonamos nosotros; y ansí prosiguiendo en la oración, dice estas palabras: *Y perdonadnos Señor nuestras deudas, ansí como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Miremos hermanas, que no dice *como perdonaremos*, porque entendamos, que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho. Y ansí dice: *Como nosotros las perdonamos*. Ansí, que quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, *Fiat voluntas tua*, todo lo ha de tener hecho, con la determinación al menos. Veis aquí cómo los santos se holgaban con las injurias, y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar, y tanto hay que se me perdone? Señor mío, ¿habrá algunas personas que me tengan compañía, y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo, que se les acuerde desto, y que no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece que hacemos casas de pajitas, como niños, con estos puntos de honra.

2. ¡Oh váleme Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra, y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con nosotras (que hartó mal sería no tener ya entendido esto) sino conmigo, el tiempo que me precié de honra, sin entender cómo era, íbame al hilo de la gente. ¡Oh de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora! Y no era pues de las que mucho miraban en estos puntos, mas no estaba en el punto principal; porque no miraba yo, ni hacía caso de la honra que tiene algún provecho, porque ésta es la que hace provecho al alma. Y qué bien dijo quien dijo, que honra, y provecho no podían estar juntos, aunque no sé si lo dijo a este propósito; y es al pie de la letra, que el provecho del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca pueden estar juntos. Cosa espantosa es ver, que al revés anda el mundo. Bendito sea el Señor, que nos sacó dél. Plega a su Majestad, que esté siempre tan fuera desta casa, como está ahora, porque Dios nos libre de monasterios a donde hay puntos de honra, nunca en ellos se dará mucho a Dios.

3. Mas mirad hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio, también inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes que suben, y bajan en dignidades, como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto. Los letrados deben de ir por sus letras, que esto no lo sé; el que ha llegado a leer teología, no ha de bajar a leer filosofía, que es un punto de honra, que está en que ha de subir, y no bajar: y aun en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo ternía por agravio, y habría quien tornase dél, y diría que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que aun en la ley de Dios parece lleva razón. Pues entre monjas la que ha sido priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo, un mirar en la que es más antigua; que esto no se nos olvida, y aun a las veces parece merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reír, o para llorar, que lleva más razón: sé que no manda la Orden, que no tengamos humildad. Mándalo, porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden, como de otras cosas della, que por ventura guardaremos imperfectamente: no esté toda nuestra perfección de guardarla en esto, otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinados a subir (aunque no subiremos por aquí al cielo) no ha de haber bajar.

4. ¡Oh Señor! ¿Sois vos nuestro dechado, y maestro? Sí por cierto: ¿pues en qué estuvo vuestra honra, honrado nuestro? No la perdisteis por cierto en ser humillado hasta la muerte. No, Señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! Por amor de Dios, hermanas, que llevamos perdido el camino, porque va errado desde el principio. Y plega a Dios, que no se pierda algún alma, por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra; y vernemos después a pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una cosita destas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada: y muy como quien ha hecho algo, vernemos a que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos mi Dios a entender, que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos, y perdonadnos vos por vuestra misericordia.

5. Mas qué estimado debe ser este amarnos unos a otros; pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras, y decir: *Perdonadnos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho, y ayunamos, y lo hemos dejado todo por vos, y os amamos mucho; y porque perderíamos la vida por vos, y como digo otras cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos.* Por ventura, como nos conoce por tan amigos desta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo, y se la ofrece de nuestra parte.

6. Pues tened mucha cuenta, hermanas mías, con que dice: *Como perdonamos*, ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertid mucho en esto, que cuando destas cosas acaecen a un alma, y en la oración que he dicho de contemplación perfecta, no sale muy determinada, y si se le ofrece lo pone por obra de perdonar cualquier injuria, por grave que sea, no estas naderías, que llaman injurias, no fíe mucho de su oración; que al alma a quien Dios llega a sí en oración tan subida, no llegan, ni se les da más ser estimada, que no. No dije bien, que sí da, que mucha más pena le da la honra, que la deshonra, y el mucho holgar con descanso, que los trabajos. Porque cuando de veras les ha dado el Señor aquí su reino, ya no le quiere en este mundo; y para más subidamente reinar, entiende es éste el verdadero camino, y ha visto por experiencia el bien que le viene, y lo que se adelanta un alma en padecer por Dios. Porque por maravilla llega su Majestad a

hacer tan grandes regalos, sino a personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por él. Porque como dije en otra parte deste libro, son grandes los trabajos de los contemplativos, que ansí los busca el Señor gente experimentada.

7. Pues entendido, hermanas, que como éstos tienen ya entendido lo que es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. Si de primer movimiento da pena una gran injuria, y trabajo, aún no lo ha bien sentido, cuando acude la razón por otra parte, que parece que levanta la bandera por sí, y deja casi aniquilada aquella pena, con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor en cosa en que en un día podrá ganar más delante de su Majestad de mercedes, y favores perpetuos, que pudiera ser que ganara él en diez años, con trabajos que quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario, a lo que yo entiendo, que he tratado muchos contemplativos, que como otros precian oro, y joyas, precian ellos los trabajos, porque tienen entendido, que esto los ha de hacer ricos. Destas personas está muy lejos estima suya de nada, gustan que entiendan sus pecados, y de decirlos cuando ven que tienen estima dellos. Ansí les acaece de su linaje, que ya saben, que en el reino que no se acaba, no han de ganar por aquí; si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no pésales que los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Y el caso debe ser, que a quien Dios hace merced de tener esta humildad, y amor grande a Dios, en cosa que sea servirle más, ya se tiene a sí tan olvidado, que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tiene por injuria.

8. Estos efectos que he dicho a la postre, son de personas, y almas llegadas a más perfección, y a quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarlos a sí por contemplación perfecta. Mas lo primero, que es estar determinado a sufrir injurias, y sufrirlas, aunque sea recibiendo pena, digo, que muy en breve lo tiene, quien tiene ya esta merced del Señor de llegar a unión, y que si no tiene estos efectos, ni sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión del demonio, porque nos tengamos por más honrados. Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no luego el alma quede con esta fortaleza, mas digo que si las continúa a hacer, que en breve tiempo se hace con fortaleza, y ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar sí.

9. No puedo yo creer, que alma que tan junto llega de la misma misericordia, a donde conoce lo que es, y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad, y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió; porque tiene presente el regalo, y merced que le ha hecho, a donde vio señales de grande amor, y alégrese que se le ofrezca en qué le mostrar alguno.

10. Torno a decir, que conozco muchas personas, que las ha hecho el Señor merced de levantarlas a cosas sobrenaturales, dándoles esta oración, o contemplación que queda dicha, y aunque las veo con otras faltas, e imperfecciones, como ésta no he visto ninguna, ni creo la habrá, si las mercedes son de Dios, como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí cómo van creciendo estos efectos, y si no viere en sí ninguno, témase mucho, y no crea que esos regalos son de Dios, que siempre enriquece el alma a donde llega. Esto es cierto, que aunque la merced, y regalo pase presto, que se entiende de espacio en las ganancias con que queda el alma. Y como el buen Jesús sabe muy bien esto, determinadamente dice a su Padre Santo *que perdonamos nuestros deudores*.

## CAPITULO XXXVII

*Dice la excelencia desta oración del Pater noster, y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella*

1. Es cosa para alabar mucho al Señor, cuán subida perfección es esta oración evangelical, bien como ordenada de tan buen Maestro, y ansí podemos, hijas, cada una tomarla a su propósito. Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación, y perfección encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oración, y de alta contemplación, desde los principiantes, a la oración mental, y de quietud, y unión, que a ser yo para saberlo decir, se podía hacer un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento. Ahora ya comienza el Señor a darnos a entender los efectos que deja, cuando son mercedes suyas, como habéis visto.

2. Pensado he yo, cómo no se había su Majestad declarado más en cosas tan subidas, y oscuras, para que todos las entendiésemos: y hame parecido, que como había de ser general para todos esta oración, que porque pudiese pedir cada uno a su propósito, y se consolase, pareciéndonos le damos buen entendimiento, lo dejó ansí en confuso, para que los contemplativos, que ya no quieren cosas de la tierra, y personas ya muy dadas a Dios, pidan las mercedes del cielo, que se pueden, por la gran bondad de Dios, dar en la tierra: y los que aún viven en ella (y es bien que vivan conforme a sus estados) pidan también su pan, que se han de sustentar sus casas, y es muy justo, y santo, y ansí las demás cosas conforme a sus necesidades. Mas miren, que estas dos cosas, que es darle nuestra voluntad, y perdonar, que es para todos. Verdad es, que hay más, y menos en ello, como queda dicho: los perfectos darán la voluntad como perfectos, y perdonarán con la perfección que queda dicha: nosotras, hermanas, haremos lo que pudiéremos, que todo lo recibe el Señor. Porque parece una manera de concierto, que de nuestra parte hace con su Eterno Padre, como quien dice: «Haced vos esto, Señor, y harán mis hermanos estotro».

3. Pues a buen seguro, que no falte por su parte; ¡oh que es muy buen pagador, y paga muy sin tasa! De tal manera podemos decir una vez esta oración, que como entienda no nos queda doblez, sino que haremos lo que decimos, nos deje ricas. Es muy amigo tratemos verdad con él tratando con llaneza, y claridad, que no digamos una cosa, y nos quede otra; siempre da más de lo que le pedimos. Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los que de veras llegasen a perfección en el pedir, habían de quedar tan en alto grado con las mercedes que les había de hacer el Padre Eterno, y entendiendo que los ya perfectos, o que van camino dello (que no temen, ni deben, como dicen, tienen el mundo debajo de los pies, contento el Señor dél) como por los efectos que hace en sus almas, pueden tener grandísima esperanza que su Majestad lo está, y que embebidos en aquellos regalos, no querrían acordarse que hay otro mundo, ni que tienen contrarios. ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh buen Enseñador, y qué gran cosa es, hijas, un buen maestro sabio, temeroso, que previene a los peligros! Es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad.

4. No podría encarecer con palabras lo que importa esto. Ansí, que viendo el Señor, que era menester despertarlos, y acordarlos, que tienen enemigos, y cuán más peligroso es en ellos ir descuidados, y que mucha más ayuda han menester del Padre Eterno, porque caerán de más alto, y para no andar engañados sin entenderse, pide estas peticiones tan necesarias a todos, mientras vivimos en este destierro, que son: «Y no nos traigas, Señor, en tentación, mas líbranos de mal».

## CAPITULO XXXVIII

*Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo, y declara algunas tentaciones. Es de notar*

1. Grandes cosas tenemos aquí que pensar, y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad, hermanas, que tengo muy por cierto los que llegan a la perfección, que no piden al Señor los libre de los trabajos, y de las tentaciones, y peleas, que éste es otro efeto muy cierto, y grande de espíritu, del Señor, y no ilusión en la contemplación, y mercedes que su Majestad les diere; porque como poco ha dije, antes los desean, y los piden, y los aman. Son como los soldados, que están más contentos, cuando hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia: si no la hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación, no ven la hora que pelear. Nunca temen mucho enemigos públicos, ya los conocen, y saben, que con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencidos, y ellos con gran ganancia: nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razón teman siempre, y pidan los libre el Señor dellos, son unos enemigos traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz, vienen disfrazados: hasta que han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre, y acabando las virtudes, y andamos en la misma tentación, y no lo entendemos.

2. Destos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el *Pater noster*, que nos libre el Señor, y que no consienta andemos en tentación; que nos traiga engañadas, que se descubra la ponzoña, que no nos escondan la luz. Y a la verdad, ¡oh con cuánta razón nos enseña nuestro buen Maestro a pedir esto, y lo pide por nosotros! Mirad, hijas, que de muchas maneras dañan, no penséis que es sólo en hacernos entender, que los gustos que pueden fingir en nosotros, y regalos son de Dios. Éste me parece el menos daño en parte que ellos pueden hacer, antes podrá ser que con esto hagan caminar más apriesa, porque cebados de aquel gusto, están más horas en la oración; y como ellos están ignorantes que es el demonio, y como se ven indignos de aquellos regalos, no acabarán de dar gracias a Dios, quedarán más obligados a servirle: esforzarse han a disponerse, para que les haga más mercedes el Señor, pensando que son de su mano.

3. Procurad, hermanas, siempre humildad, y ver que no sois dignas destas mercedes, y no las procuréis. Haciendo esto, tengo para mí, que muchas almas pierde el demonio por aquí, pensando hacer que se pierdan, y que saca el Señor del mal que pretende hacer nuestro bien. Porque mira su Majestad nuestra intención, que es contentarle, y servirle,

estándonos con él en la oración, y fiel es el Señor. Bien es andar con aviso, no haga quiebra en la humildad, con alguna vanagloria, suplicando al Señor os libre en esto. No hayáis miedo, hijas, que os deje su Majestad regalar mucho de nadie, sino de sí. A donde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes, no las teniendo, que esto es pestilencia. Porque en los gustos, y regalos, parece sólo que recibimos, y que quedamos más obligados a servir, acá parece que damos, y servimos, y que está el Señor obligado a pagar, y ansí poco a poco hace mucho daño. Que por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud, que nos parece la tenemos ya ganada. Y sin sentir pareciéndonos vamos seguros, damos con nosotros en un hoyo, que no podemos salir dél, que aunque no sea de conocido pecado mortal, para llevarnos al infierno todas veces, es que nos desjarreta las piernas para no andar este camino, de que comencé a tratar, que no se me ha olvidado.

4. Yo os digo, que es bien peligrosa esta tentación, yo sé mucho desto por experiencia, y ansí os lo sabré decir, aunque no tan bien como quisiera. Pues ¿qué remedio, hermanas? El que a mí me parece mejor, es lo que nos enseña nuestro Maestro, oración, y suplicar al Padre Eterno, que no permita que andemos en tentación. También os quiero decir otro alguno, que si nos parece, que el Señor ya nos ha dado alguna virtud, que entendamos que es bien recibido, y que nos la puede tornar a quitar, como a la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habéis visto por vosotras, hermanas? Pues yo sí, unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad venido a la prueba lo estoy. Otras veces me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día antes burlara yo dello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo, y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro, y probado es ansí, que le tengo para algunas: otro día viene, que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Ansí unas veces me parece que de ninguna cosa que dijese de mí, o me murmurasen, no se me daría nada, y he probado algunas veces ser ansí, que antes me da contento: vienen días que sola una palabra me aflige, y querría irme del mundo, porque me parece me cansa en todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa ansí.

5. Pues si esto es ansí, ¿quién podrá decir de sí, que tiene virtud, ni que está rico, pues al mejor tiempo que haya menester la virtud, se halla della pobre? Que no, hermanas, sino pensemos siempre lo estamos, y no nos adeudemos sin tener de qué pagar, porque de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuándo nos querrá dejar en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada. Y si teniéndonos por buenas, nos hace merced, y honra, que es el emprestar, que digo, quedaranse burlados ellos y nosotras. Verdad es, que sirviendo con humildad, en fin nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay de veras esta virtud, a cada paso, como dicen, os dejará el Señor; y es grandísima merced suya, que es para que la tengáis, y entendáis con verdad, que no tenemos nada, que no lo recibamos.

6. Ahora, pues, notad otro aviso: hácenos entender el demonio, que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos, y hacemos muy continos actos de pasar mucho por Dios, y parécenos en hecho de verdad, que lo sufriríamos; y ansí estamos muy contentas, porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso destas virtudes, ni pensemos las conocemos, sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba. Porque acaecerá, que a una palabra que os digan a vuestro

disgusto, vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufiéredes, alabad a Dios, que os comienza a enseñar esta virtud, y esforzaos a padecer, que es señal que en eso quiere se la paguéis, pues os la da, y no la tengáis, sino como en depósito, como ya queda dicho.

7. Trae otra tentación, y háceos el demonio entender que sois pobre, y tiene alguna razón, porque habéis prometido pobreza con la boca, como el religioso, o porque en el corazón lo queréis ser, como acaece a personas que tienen oración. Ahora bien, prometida la pobreza, o diciendo el que piensa que es pobre, yo no quiero nada, esto tengo, porque no puedo pasar sin ello, en fin, he de vivir para servir a Dios, él quiere que sustentemos estos cuerpos, y otras mil diferencias de cosas que el demonio enseña aquí, como ángel de luz, porque todo es bueno. Y así hácele entender, que ya es pobre, y tiene esta virtud, y que todo está hecho.

8. Ahora vengamos a la prueba, que esto no se conocerá de otra manera, sino andándole siempre mirando a las manos: y si hay cuidado, muy presto da señal, tiene demasiada renta, entiéndese respeto de lo necesario, y no que si puede pasar con un mozo, traiga tres; pónenle un pleito por algo dello, o déjale de pagar el pobre labrador, tanto desasosiego le da, y tanta pena en ello, como sin ello no pudiera vivir. Dirá, que porque no se pierda por mal recaudo, que luego hay una disculpa. No digo yo que lo deje, sino que lo procura, jamás le inquietan, porque nunca piensa le ha de faltar, y que le falte no se le da mucho: tiénelo por cosa accesoria, y no principal: como tiene pensamientos más altos, a fuerza de brazos se ocupa estotro.

9. Pues un religioso, o religiosa, que ya está averiguado lo que es, al menos que lo ha de ser, no posee nada, porque no lo tiene a las veces, mas si hay quien se lo dé, por maravilla le parece le sobra: siempre gusta de tener algo guardado, y si puede tener un hábito de fino paño, no le pide de ruin, alguna cosilla que pueda empeñar, o vender, aunque sean libros, porque si viene una enfermedad, ha menester más regalo del ordinario. Pecadora de mí, que eso es lo que prometistes, descuidar de vos, y dejarlo a Dios, venga lo que viniere; porque si andáis proveyéndoo para lo porvenir, mas sin distraeros tuviéredes renta cierta. Aunque esto se puede hacer sin pecado, es bien nos vamos entendiendo estas imperfecciones, para ver que nos falta mucho para tener esta virtud, y la pidamos a Dios, y la procuremos, porque con pensar que la tenemos, estamos descuidados, y engañados, que es lo peor.

10. Así nos acaece en la humildad, que nos parece no queremos honra, ni se nos da nada; viene la ocasión de tocaros en un punto, luego en lo que sentís, y hacéis, se entenderá que sois humildes; porque si algo os viene para más honra, no lo deshecháis, ni aun los pobres que hemos dicho para más provecho, y plega Dios no lo procuren ellos. Y traen ya tan en la boca, que no quieren nada ni se les da nada de nada (como en hecho de verdad lo piensan así) que aun la costumbre de decirlo les hace más que lo crean. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender esta tentación, así en las cosas que he dicho, como en otras muchas. Porque cuando de veras da el Señor una sola virtud destas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida cosa. Mas tórnoos a avisar, que aunque os parezca la tenéis, temáis que os engaña, porque el verdadero humilde, siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas, y de más valor las que ve en sus prójimos.

## CAPITULO XXXIX

*Prosigue la misma materia, y da avisos de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios, para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, así para los tentados de humildades falsas, como para los confesores*

1. Pues guardaos también, hijas de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud, de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones, y de tener oración particular (por no lo merecer, les pone el demonio) y cuando llegan al santísimo Sacramento, en si se aparejan bien, o no, se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma, que por ser tal, la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata, y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea; dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

2. Mirad mucho, hijas, mirad mucho en este punto que os diré, porque alguna vez podrá ser humildad, y virtud teneros por tan ruin, y otras, grandísima tentación; porque yo he pasado por ella la conozco. La humildad, no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, sino viene con paz, y regalo, y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí, y contento, que no querríamos vernos sin ella: no alborota, ni aprieta el alma, antes la dilata, y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena, todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo pretende el demonio, que pensemos tenemos humildad, y si pudiese a vueltas, que desconfiásemos de Dios. Cuando así os halláredes, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiéredes; y ponedlo en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama, y padeció por nosotros. Y si es tentación, aun esto no podréis hacer, que no os dejará sosegar el pensamiento, ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más; harto será si conocéis es tentación. Así es en penitencias desconcertadas, para hacernos entender, que somos más penitentes que las otras, y que hacéis algo. Si os andáis escondiendo del confesor, o prelado, o si diciéndoos que lo dejéis, no lo hacéis, es clara tentación; procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfección.

3. Pone otra bien peligrosa tentación, que es una seguridad de parecernos, que en ninguna manera tornaríamos a las culpas pasadas, y contentos del mundo; que ya le tengo entendido, y sé que se acaba todo, y que más gusto me dan las cosas de Dios. Ésta si es a los principios, es muy mala, porque con esta seguridad no se les da nada de tornarse a poner en las ocasiones, y hacernos dar de ojos, y plega a Dios que no sea muy peor la recaída: porque como el demonio ve, que es el alma que le puede dañar, y aprovechar a otras, hace todo su poder, para que no se levante. Así, que aunque más gustos, y prendas de amor el Señor os dé, nunca andéis tan seguras, que dejéis de temer que podéis tornar a caer, y guardaos de las ocasiones.

4. Procurad mucho tratar esas mercedes, y regalos con quien os dé luz sin tener cosa secreta, y tened este cuidado, que en principio, y fin de la oración, por subida contemplación que sea, siempre acabéis en propio conocimiento: y si es de Dios, aunque no queráis, ni tengáis este aviso, lo haréis aun más veces, porque trae consigo humildad, y siempre deja con más luz, para que entendamos lo poco que somos. No me quiero detener más, porque muchos libros hallaréis destos avisos: lo que he dicho es, porque he pasado por ello, y vístome en trabajo algunas veces, y todo cuanto se puede decir, no puede dar entera seguridad.

5. Pues Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer, sino acudir a vos, y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentación? Cosas públicas vengan, que con vuestro favor mejor nos libremos, mas esas traiciones, ¿quién las entenderá? Dios mío, siempre hemos menester pedirnos remedio, decidnos, Señor, alguna cosa para que nos entendamos, y aseguremos. Ya sabéis que por este camino no van los muchos, y si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.

6. Cosa extraña es ésta, como si a los que no van por camino de oración, no tentase el demonio, y que se espanten más todos de uno que engaña más llegado a perfección, que de cien mil que ven en engaños, y pecados públicos, que no hay que andar a mirar si es bueno o malo, porque de mil leguas se entiende. Mas a la verdad tienen razón, porque son tan poquísimos a los que engaña el demonio, de los que rezaren el *Pater noster*, como queda dicho, que como cosa nueva, y no usada da admiración. Que es cosa muy de los mortales, pasar fácilmente por lo continuo que ven, y espantarse mucho de lo que es muy pocas veces, o casi ninguna: y los mismos demonios los hacen espantar, porque les está a ellos bien, que pierden muchos por uno que se llega a la perfección. Digo, que es tan de espantar, que no me maravillo se espanten; porque si no es muy por su culpa, van tanto más seguros, que los que van por otro camino, como los que están en el cadahalso mirando el toro, o los que andan poniéndoselo en los cuernos. Esta comparación he oído, y paréceme al pie de la letra. No hayáis miedo, hermanas, de ir por estos caminos, que muchos hay en la oración, porque unas aprovechan en uno, y otras en otro. Camino seguro es; más aína os librareis de las tentaciones estando cerca del Señor, que estando lejos. Suplicáselo, y pedíselo, como hacéis tantas veces cada día en el *Pater noster*.

## CAPITULO XL

*Dice cómo, si procuramos siempre andar en amor, y temor, iremos seguros entre tantas tentaciones*

1. Pues buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio cómo vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dio su Majestad, es amor, y temor; que el amor nos hará apresurar los pasos, el temor nos hará ir mirando a dónde ponemos los pies, para no caer en camino a donde hay tanto en qué tropezar, como caminamos todos los que vivimos, y con esto a buen seguro que no seamos engañadas. Direisme, que en qué veréis que tenéis estas virtudes tan grandes, y tenéis razón, porque cosa muy cierta, y determinada no la puede haber; porque siéndolo de que tenemos amor, lo estaríamos de que estamos en gracia.

2. Mas mirad, hermanas, hay unas señales que parece que los ciegos las ven, no están secretas, aunque no queráis entenderlas, ellas dan voces, que hacen mucho ruido; porque no son muchos los que con perfección las tienen, y así se señalan más. Como quien no dice nada, amor, y temor de Dios. Son dos castillos fuertes, de donde se da guerra al mundo, y a los demonios. Los que de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre, y los favorecen, y defienden; no aman sino verdades, y cosas que sean dignas de amar.

3. ¿Pensáis que es posible los que muy de veras aman a Dios, amar vanidades, ni riquezas, ni cosa del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen contiendas, ni andan con envidias, todo porque no pretenden otra cosa sino contentar al amado: andan muriendo, porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán más. Que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto: si no mirad un san Pablo, una Madalena, en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor (éste fue san Pablo) la Madalena desde el primero día: ¡y cuán bien entendido! Que esto tiene, que hay más, y menos, y así se da a entender; como la fuerza que tiene el amor, si es poco, dase a entender poco; si es mucho: mas poco, o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende. Mas de lo que ahora tratamos (que es de los engaños, e ilusiones que hace el demonio a los contemplativos) no hay poco en ellos, siempre es el amor mucho, o ellos no serán contemplativos; y así no se da a entender mucho, y de muchas maneras. Es fuego grande, no puede sino dar gran resplandor; y si esto no hay, anden con gran recelo, crean que tienen bien que temer, procuren entender qué es, y hagan oraciones, anden con humildad, y supliquen al Señor no los traiga en tentación, que cierto a no haber esta señal, yo temo que andamos en ella; mas andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor, y tratando con él con verdad, y llaneza, como está dicho, fiel es el Señor. Creed, que si no andáis con malicia, ni tenéis soberbia, con lo que el demonio os pensare dar la muerte, os da la vida, aunque más cocos, e ilusiones os quiera hacer.

4. Mas si sentís este amor de Dios, que tengo dicho, y el temor que ahora diré, andad alegres, y quietas, que por haceros turbar el alma, para que no goce tan grandes bienes, os porná el demonio mil temores falsos, y hará que otros os los pongan; porque ya que no puede ganaros, al menos procura hacernos algo perder, y que pierdan los que pudieran ganar mucho, creyendo son de Dios las mercedes tan grandes a una criatura tan ruin, y que es posible hacerlas, que parece algunas veces tenemos olvidadas sus misericordias antiguas.

5. ¿Pensáis que le importa poco al demonio poner estos temores? No, sino mucho, porque hace dos daños: el uno, que atemoriza a los que lo oyen de llegarse a la oración, pensando que han de ser también engañados: el otro, que se llegarían muchos más a Dios, viendo que es tan bueno, como he dicho, que es posible comunicarse ahora tanto con los pecadores. Póneles codicia, y tienen razón, que yo conozco algunas personas, que esto les animó, y comenzaron oración, y en poco tiempo salieron verdaderos, haciéndoles el Señor grandes mercedes. Así que, hermanas, cuando entre vosotras viéredes alguna a quien el Señor las haga, alabadle mucho por ello, y no por eso penséis que está segura,

antes la ayuda con más oración, porque nadie lo puede estar mientras vive, y anda engolfado en los peligros deste mar tempestuoso.

6. Ansí, que no dejaréis de entender este amor a donde está, ni sé cómo se puede encubrir. Pues si amamos acá a las criaturas, dicen ser imposible, y que mientras más hacen por encubrirle, más se descubre, siendo cosa tan baja, que no merece nombre de amor, porque se funda en no nada, y es asco poner esta comparación: y ¿habíase de poder encubrir un amor tan fuerte como el de Dios? ¿Tan justo, que siempre va creciendo, teniendo tanto que amar, que no ve cosa para dejar de amar; fundado sobre tal cimiento, como es ser pagado con otro amor, que ya no puede dudar dél, por estar mostrado tan al descubierto con tan grandes dolores, y trabajos, y derramamiento de sangre, hasta perder la vida, porque no nos quedase ninguna duda deste amor? ¡Oh váleme Dios, qué cosa tan diferente debe ser el un amor del otro, a quien lo ha probado! Plega a su Majestad nos le dé a entender antes que nos saque desta vida: porque será gran cosa a la hora de la muerte, ver que vamos a ser juzgadas, de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguras podremos ir con el pleito de nuestras deudas, no será ir a tierra extraña, sino propia; pues es a la de quien tanto amamos, y nos ama, que esto tiene mejor (con todo lo demás) que los quererres de acá, que en amándole estamos bien seguro que nos ama.

7. Acordaos, hijas mías, aquí de la ganancia que trae este amor consigo, y de la pérdida que es no le tener, que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien, y tan amigas de todo mal. ¿Qué será de la pobre alma, que acabada de salir de tales dolores, y trabajos, como son los de la muerte, cae luego en ellas? ¡Qué mal descanso le viene! ¡Qué despedazada irá al infierno! ¡Qué multitud de serpientes de diferentes maneras! ¡Qué temeroso lugar! ¡Qué desventurado hospedaje! Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son los que más deben de ir allá) pues posada para siempre sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? Que no queramos regalos, hijas, bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada: alabemos a Dios, esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha, y no ha de ir al purgatorio! Como desde acá aun podría ser que comience a gozar de la gloria. No verá en sí temor, sino toda paz; y que no llegemos a esto, siendo posible, gran cobardía será: supliquemos a Dios, si vamos a recibir luego penas, sea a donde con esperanza de salir dellas, las llevemos de buena gana, y a donde no perdamos su amistad, y gracia, y que nos la dé en esta vida, para no andar en tentación, sin que lo entendamos.

## CAPITULO XLI

*Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales*

1. ¿Cómo me he alargado? Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar con tal amor; ¿qué será tenerle? ¡Oh Señor mío!, dádmele vos, no vaya yo desta vida, hasta que no quiera cosa della, ni sepa qué cosa es amar fuera de vos, ni acierte a poner este nombre en nadie, pues todo es falso, pues lo es el fundamento, y ansí no durará el edificio. No sé porqué nos espantamos, cuando oyo decir, aquel me pagó mal, estotro no me quiere, yo me río entremí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? En esto veréis

quién es el mundo, que en ese mismo amor os da después el castigo: y eso que es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayáis traído embebida en juego de niños.

2. Ahora vengamos al temor de Dios, aunque se me hace mal no hablar en este amor del mundo un rato, porque os librárades dél para siempre: mas porque salgo de propósito lo habré de dejar. El temor de Dios es cosa también muy conocida de quien le tiene, y de los que le tratan; aunque quiero entendáis, que a los principios no está tan crecido, si no es en algunas personas, a quien (como he dicho) da el Señor en breve tanto, y las sube a tan altas cosas de oración, que desde luego se entiende bien. Mas a donde no van las mercedes en este crecimiento, que como he dicho, en una llegada deja un alma rica de todas las virtudes, vase creciendo poco a poco, y vase aumentando el valor, y creciendo más cada día. Aunque desde luego se entiende, porque luego se apartan de pecados, y de las ocasiones, y de malas compañías, y se ven otras señales. Mas cuando ya llega el alma a contemplación (que es de lo que más ahora aquí tratamos) el temor de Dios también anda muy al descubierto, como el amor; no va disimulado aun en lo exterior. Aunque con mucho aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas, que por grande que le tengamos en mirarlas, las tiene el Señor de manera, que si gran interese se les ofrece, no harán de advertencia un pecado venial: los mortales temen como al fuego. Y éstas son las ilusiones que yo querría, hermanas, que temiésemos mucho, y supliquémos siempre a Dios, no sea tan recia la tentación que le ofendamos, sino que nos venga conforme a la fortaleza que nos ha de dar para vencerla. Esto es lo que hace al caso, este temor es el que yo deseo, que nunca se quite de nosotras, que es lo que nos ha de valer.

3. ¡Oh, que es gran cosa no tener ofendido al Señor, para que sus esclavos infernales estén atados, que en fin, todos le han de servir, aunque les pese, sino que ellos es por fuerza, y nosotros de toda voluntad! Ansí, que teniéndole contento, ellos estarán a raya, no harán cosa con que nos puedan dañar, aunque más nos traigan en tentación, y nos armen lazos secretos. En lo interior tened esta cuenta, y aviso, que importa mucho; que no descuidéis, hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíades mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que casi haciéndose el pecado venial, y advirtiéndose es todo uno, que no nos podemos entender. Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre dél, que yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento, como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa: cuanto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad, y viendo que nos está mirando, que esto me parece a mí es pecado sobre pensado, y como quien dice: «Señor, aunque os pese haré esto, ya veo que lo veis, y sé que no lo queréis, y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo, y apetito, que no vuestra voluntad». ¿Y qué en cosa desta suerte hay poco? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha, y muy mucha.

4. Mirad, por amor de Dios, hermanas, si queréis ganar este temor de Dios, que va mucho entender, cuán grave cosa es ofensa de Dios, y tratarlo en vuestros pensamientos muy ordinario, que nos va la vida, y mucho más tener arraigada esta virtud en nuestras almas, y hasta que le tengáis, es menester andar siempre con mucho cuidado, y apartarnos de

todas las ocasiones, y compañías, que no nos ayuden a llegarnos más a Dios. Tener gran cuenta con todo lo que hacemos, para doblar en ello vuestra voluntad; y cuenta con que lo que se hablare vaya con edificación: huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios.

5. Ha menester mucho para arraigar, y para que quede muy impreso en este temor, aunque si de veras hay amor, presto se cobra: mas en teniendo el alma visto en sí con gran determinación, como he dicho, por cosa criada no hará una ofensa de Dios, aunque después se caiga alguna vez (porque somos flacos, y no hay que fiar de nosotros, cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza, ha de ser de Dios) no se desanime, sino procure luego pedir perdón. Cuando esto que he dicho entendamos de nosotros, no es menester andar tan encogidos, ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean distraídas; porque las que antes que tuviédes este verdadero temor de Dios, os fueran tósigo, y ayuda para matar el alma, muchas veces después os la harán para amar a Dios, y alabarle, porque os libró de aquello que veis ser de notorio peligro. Y si antes fuéredes parte para ayudar a sus flaquezas, ahora lo seréis, para que se vayan a la mano en ellas, por estar delante de vos, que sin querereros hacer honra acaece esto.

6. Yo alabo al Señor muchas veces, y pensando de dónde verná, porque sin decir palabra, muchas veces un siervo de Dios ataja las palabras que se dicen contra él: debe ser, que así como acá, si tenemos un amigo siempre se tiene respeto, si es en su ausencia, a no hacerle agravio delante dél, que saben que lo es: y como aquí está en gracia, la mesma gracia debe hacer, que por bajo que sea se le tenga respeto, y no le den pena en cosa que tanto entiende ha de sentir como ofender a Dios. El caso es, que yo no sé la causa, mas de que es muy ordinario esto. Así que no os apretéis, porque si el alma se comienza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y a las veces dan en ser escrupulosa, y veisla aquí inhabilitada para sí, y para los otros: ya que no dé en esto será buena para sí, mas no llegará muchas almas a Dios, como ven tanto encogimiento, y apretura. Es tal nuestro natural, que las atemoriza, y ahoga, y aun se les quita la gana (por no verse en semejante apretura) de llevar el camino que vos lleváis, aunque conocen claro ser de más virtud.

7. Y viene otro daño de aquí, que en juzgar a otros (como no van por vuestro camino, sino con más santidad por aprovechar el prójimo, tratan con libertad, y sin esos encogimientos) luego os parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolución; en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa; y aun andar en tentación continua (y muy de mala digestión, porque es un perjuicio del prójimo) y pensar, que si no van todos por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño, que en algunas cosas que habéis de hablar, y es razón habléis, por miedo de no exceder en algo, no osaréis, sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien abominádes.

8. Así que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación, y deseen vuestra manera de vivir, y tratar, y no se atemoricen, y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto, mientras más santas, más conversables con sus hermanas, que aunque sintáis mucha pena (si no van sus pláticas

todas, como vos las querríades hablar) nunca os extrañéis dellas, y ansí aprovecharéis, y seréis amadas. Que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar, y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.

9. Ansí que, hijas mías, procurad entender de Dios en verdad, que no mira tantas menudencias como vosotras pensáis, y no dejéis que se os encoja el ánima, y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta, la voluntad determinada (como tengo dicho) de no ofender a Dios, no dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones, que el demonio le porná por otras vías, y como he dicho, no aprovechará a sí, y a las otras tanto como pudiera. Veis aquí como con estas dos cosas, amor, y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados, y quietos, aunque (como el temor ha de ir siempre delante) no descuidados, que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque sería gran peligro, y ansí lo entendió nuestro Enseñador, que en el fin desta oración dice a su Padre estas palabras, como quien entendió bien, que eran menester.

## CAPITULO XLII

*En que trata destas postreras palabras: Sed libera nos a malo*

1. Paréceme tiene razón el buen Jesús, de pedir al Padre nos libre de mal (esto es, de los peligros, y trabajos desta vida) por lo que toca a esta vida, porque en cuanto vivimos, corremos muchos riesgos; y por lo que toca a sí, porque ya vemos cuán cansado estaba desta vida, cuando dijo en la Cena a sus Apóstoles: «con deseo he deseado cenar con vosotros», que era la postrera cena de su vida, a donde se ve cuán sabrosa le era la muerte. Y ahora no se cansarán los que han cien años, sino siempre con deseo de vivir; mas a la verdad no la pasamos tan mal, ni con tantos trabajos, como su Majestad la pasó, ni tan pobremente. ¿Qué fue toda su vida, sino una continua muerte, siempre trayendo la que le habían de dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo menos, mas tantas ofensas como veía se hacían a su Padre, y tanta multitud de almas como se perdían. Pues si acá, a una que tenga caridad le es esto gran tormento, ¿qué sería en la caridad sin tasa, ni medida deste Señor? Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre, que le librase ya de tantos males, y trabajos, y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero dél. Y ansí añadió «Amén»: que en él entiendo yo, que pues con él se acababan todas las cosas, pidió al Padre el Señor, que seamos librados de todo mal para siempre, pues no me desquito de lo que debo, sino que puede ser por ventura cada día me adeudo más. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni si son aceptos mis deseos delante de vos.

2. ¡Oh Señor, y Dios mío, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme a donde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí aquellos a quien vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo, y tienen viva fe de lo que el Padre Eterno les tiene guardado? El pedir esto con deseo grande, y toda determinación, por gozar de Dios, es un gran efeto para los contemplativos, de que las mercedes que en la oración reciben son de Dios. Ansí, que los que lo tuvieren, ténganlo en mucho: el pedirlo yo, no es por esta vía,

digo que no se tome por esta vía sino que como he tan mal vivido, temo ya de más vivir, y cánsanme tantos trabajos.

3. Los que participan de los regalos de Dios, no es mucho que deseen estar a donde no los gocen a sorbos, y que no quieran estar en vida, a donde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar a donde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo oscuro, cuanto acá después ven, y de cómo viven me espanto. No debe ser contento, quien ha comenzado a gozar, y le han dado ya acá prendas de su reino, a donde no ha de vivir por su voluntad, sino por la del rey.

4. ¡Oh cuán otra vida debe ser ésta para no desear la muerte! ¡Cuán diferentemente se inclina aquí nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere queramos la verdad, nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos a lo que se acaba: quiere queramos cosas grandes, y subidas; acá queremos bajas, y de tierra: querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso. Que es burla, hijas, sino suplicar a Dios nos libre para siempre de todo mal. Y aunque no vamos en el deseo con tanta perfección, esforcémonos a pedir la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso? Vergüenza sería pedir a un gran emperador un maravedí. Y para que acertemos, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los cielos, y en la tierra, y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amén.

5. Ahora mirad, hermanas, cómo el Señor me ha quitado de trabajo, enseñando a vosotras, y a mí, el camino que comencé a deciros, dándome a entender lo mucho que pedimos, cuando decimos esta oración evangelical. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino a mi pensamiento, que había tan grandes secretos en ella, que ya habéis visto que encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio, hasta engolfar Dios el alma, y darla abundantamente a beber de la fuente de agua viva, que dije estaba al fin del camino: y es así, que salida della, digo esta oración, no sé ya más ir adelante. Parece nos ha querido el Señor dar a entender, hermanas, la gran consolación que está aquí encerrada, y que es gran provecho para las personas que no saben leer: si lo entendiesen por esta oración, podían sacar mucha doctrina, y consolarse en ella.

6. Pues deprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este buen Maestro, y suplicadle me perdone, que me he atrevido a hablar en cosas tan altas, pues ha sido por obediencia. Bien sabe su Majestad, que mi entendimiento no es capaz para ello, si él no me enseñara lo que he dicho. Agradecéselo vosotras, hermanas, que debe haberlo hecho por la humildad con que me lo pedistes, y quisistes ser enseñadas de cosa tan miserable. Si el padre presentado fray Domingo Báñez, que es mi confesor (a quien le daré antes que le veáis) viere que es para vuestro aprovechamiento, y os lo diere, consolarme he que os consoléis: si no estuviere para que nadie le vea, tomaréis mi voluntad, que con la obra he obedecido a lo que me mandastes; que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho. Bendito sea, y alabado el Señor por siempre jamás, de donde nos viene todo el bien que hablamos, y pensamos, y hacemos.

Amén

FIN